

La Esfera

1931



José Zamora



Cámara F.º

Pensar es triunfar



UNA idea? Una idea es el tornillo que duplica el rendimiento de una máquina, el principio moral que abre nuevos horizontes...

Una idea es la campaña de publicidad que crea la demanda de un artículo, el cartel que concentra la atención de las muchedumbres. la marca que populariza un producto...

Cuando vea un anuncio que destaque entre los demás, fijese: debe ir firmado así:

PUBLICITAS

LA Sección Técnica de **PUBLICITAS** es un organismo vivo, lleno de modernidad, fecundo en ideas. Pensaremos por usted y trazaremos el plan de campaña que usted necesita.

La Sección Técnica de **PUBLICITAS** crea y desarrolla la publicidad que da en el blanco.

PUBLICITAS, S. A.

Organización Moderna de Publicidad

MADRID.—AVENIDA DE PI Y MARGALL, 9, ENTRESUELO. TELÉFONO 16375. APARTADO 911

BARCELONA.—PLAZA DE CATALUÑA, 9. TELÉFONO 16405. APARTADO 228

J. RUIZ VERNACCI

(ANTIGUA CASA LAURENT)

Carrera de San Jerónimo, 53

TEL. 54646

— MADRID —

MÁS DE 60.000 CLICHÉS DE
ARTE ESPAÑOL ANTIGUO
Y MODERNO

Pintura + Escultura + Ar-
quitectura + Vistas + Cos-
tumbres + Tipos + Tapices
Muebles + Armaduras de la
Real Casa + Ampliaciones
+ + Diapositivas, etc. + +

GRABADOS EN NEGRO Y COLOR
MARCOS
TRICROMÍAS Y LIBRERÍA DE ARTE

Lea usted todos

los
domingos

CRÓNICA

20 cts.

ejemplar

en toda España

LOS MEJORES
RETRATOS Y
AMPLIACIONES

Díaz Casariego

Fernando VI, 5, planta baja

MADRID

SE VENDEN los clichés usa-
dos en esta Re-
vista :-: Dirigirse a esta
Admón., Hermsilla, 57.

Los Peligros de la Vida

Cómo se Enferman los Riñones

Enfermedades del Corazón

Comer Mucho! Beber Demasiado!

Quando hubiere cometido alguna imprudencia o extravagancia, comido demasiado ó bebido mucho Vino, mucha Cerveza, Licores ó cualquier otra Bebida Alcohólica, para no contraer alguna indigestión ú otro Desarreglo del Estómago, del Hígado, del Bazo e intestinos, conviene mucho tomar por la noche, cuando vaya a dormir, Dos ó Tres Cucharaditas (de las de té) de **Ventre-Livre** en Medio Vasó de Agua!

Quien sufre de indigestión, de Desarreglos del Estómago y Fermentaciones Tóxicas en los intestinos está muy arriesgado a contraer las más Dolorosas y Mortales Enfermedades del Corazón, de la Cabeza, de los Nervios, de la Sangre, del Hígado, de los Riñones y la Terrible Arterio-Esclerosis.

Para evitar tan gran Peligro, tenga su Estómago e intestinos siempre bien limpios y bien tonificados usando **Ventre-Livre**

Estómago Sucio

A veces, sin saber porqué, nos sentimos de repente muy incómodos é indispuestos, con Decaimiento y gran Abatimiento General, con Malestar en todo el Cuerpo, con Torpeza y Pereza para hacer cualquier Esfuerzo, y aún con Dolores y Pesadez en el Estómago, en la Cabeza, en el Vientre, en fin, sin gana ni ánimo alguno de trabajar!

Siempre que estas Perturbaciones aparezcan así de repente, la persona puede estar segura de que su Estómago é intestinos están muy Sucios y Llenos de Materias Podridas y Descompuestas y en este mismo día debe comenzar a usar **Ventre-Livre** para evitar que aparezca cualquier Complicación Peligrosa y Enfermedad interna o Externa!

VENTRE-LIVRE es el Mejor Remedio para el Tratamiento del Estreñimiento, indigestión, la Mucha Sed y la Gana Excesiva de Beber Agua, Sequedad de Vientre,

Estómago Sucio, Vómitos, Eructos, Empacho, Dolores, Cólicos, Pesadez, Calor y Ardor del Estómago, Sabor Amargo en la Boca, la Falta de Apetito, Dolores del Vientre, la inflamación de las Hemorroides, los Dolores, Cólicos y Pesadez del Hígado, el Estreñimiento causado por las Enfermedades del Utero, el Estreñimiento Durante la Preñez y luego Después del Parto, el Estreñimiento Durante los Viajes!

Ventre-Livre es también el Mejor Remedio para los Niños en las indigestiones, Dolores de Vientre y otros Desarreglos Peligrosos del Estómago e intestinos! Obra Pronto! **Es muy Sabroso al Paladar**

De Venta en Todas las Farmacias.

Ojo!

Ventre-Livre No es purgante

Los Médicos saben que los Purgantes, y sobre todo las Aguas Purgantes, las Sales Purgantes, los Polvos Purgantes, los Jarabes Purgantes, las Cápsulas Purgantes, las Tinturas, las Pastillas, los Aceites Purgantes y las Píldoras Purgantes, son **violentos irritantes** y empeoran las Enfermedades, causando un Gran Daño a los intestinos, Estómago e Hígado!

Ventre-Livre es un **Vigorizador-Tónico**, el **Mejor Fortificador-Terapéutico** de las Camadas Musculares de los intestinos, Estómago e Hígado!

Es por esta razón que **Ventre-Livre** hace siempre Mucho Bien a los Enfermos!

Use **Ventre-Livre** durante el tiempo que explica el Librito que acompaña cada frasco de este remedio, que los resultados serán positivos y certeros!

No Olvide Nunca:

Ventre-Livre No es purgante

MARSELLA
HOTEL MARIETTE-PACHA
CONFORT 5, PLACE DU 4 SEPTEMBRE PRECIOS MODERADOS
MODERNO SE HABLA ESPAÑOL

ROLDÁN

Camisería
Encajes

Equipos para novias

Ropa blanca

Canastillas

Bordados

FUENCARRAL, 85
Teléfono 13443

MADRID

SE ADMITEN SUSCRIPCIONES

A NUESTRAS REVISTAS

EN LA

**LIBRERIA
DE
SAN MARTIN**

6. Puerta del Sol, 6

Exclusiva de las
publicaciones de Prensa Gráfica

EN LA

**ISLA DE CUBA
CULTURAL, S. A.**

PROPIETARIA DE

LA MODERNA POESÍA, Pi y Margall, 135

Y

LIBRERÍA CERVANTES, Avda. de Italia, 62

H A B A N A

Prensa Gráfica

(S. A.)

FELICITA

a todos sus lectores
y corresponsales, y
les desea un próspero

AÑO NUEVO

INDUMENTOS FEMENINOS BRETAÑA



Es, sin duda, el efecto de la ausencia y la distancia las dos hijas gemelas de la melancolía; pero resulta axiomático que nunca se piensa más en la Patria que cuando se está lejos de ella, y tal me aconteció a mí siempre en mis dos excursiones a la francesa Bretaña.

El traje de la mujer fué el mágico evocador de la tierra nativa. He de hacer una aclaración necesaria. Desde luego voy a referirme a lo que en el país se denomina la Baja Bretaña, más aislada del resto del continente. La Alta, que mira a Inglaterra, ha sido invadida ha tiempo por el turismo sajón, que la ha cósmopolitizado, barriendo casi todo lo tipo que en la meridional perdura, como las flores conservadas en invernadero. Audierne, Donarnenez, Guimper y cien más son verdaderos relicarios.

La mujer bretona es rica de indumento. Para el uso ordinario posee, donde quiera, el mismo traje, como una especie de uniforme reglamentario. Viste siempre de negro, con los cabos del jubón ó de las mangas ó de la falda de terciopelo, también negro. Varía la forma de esta ornamentación; pero es siempre negra. Da así al tipo una severidad señorial, de dama antigua, medievales, aun en las artesanas y campesinas.

Pero en el arcón de labrado roble se esconde el tesoro de la casa, quizás entre alcanfor, que sólo sale de la obscuridad en las grandes solemnidades, en las fechas, anheladas todo el año, de las romerías, en esas romerías de universal renombre, que se conocen con el poético nombre de *pardón*, universalidad debida, en parte, á

la música desde que Meyerbeer, hoy tan injustamente olvidado, compuso una ópera, no menos caída en el olvido, que se denomina *El pardón de Ploërmel*. Pues en esas ocasiones augustas ostenta la mujer bretona su ropa de gala, sus delantales de raso, sus taldas bordadas en oro, sus justillos con agremados de plata. Hay indumento de éstos que data del siglo XIII. Todos son heredados de padres á hijos; son las rosas del invernadero, el relicario.

Pero no es eso lo que me ha recordado á la Patria vagando por las célticas graderías; lo que me la ha traído á la memoria han sido las femeninas cabezas bretonas, sus cofias, y me han hecho recordar mi tierra bendita del ayer, en que aún no se conocía el planchado mecánico y cada una de nuestras abuelas, en sus floridos años, se encañonaba sus ropas blancas. Es el hogar, es la tradición, es la poesía del rincón.

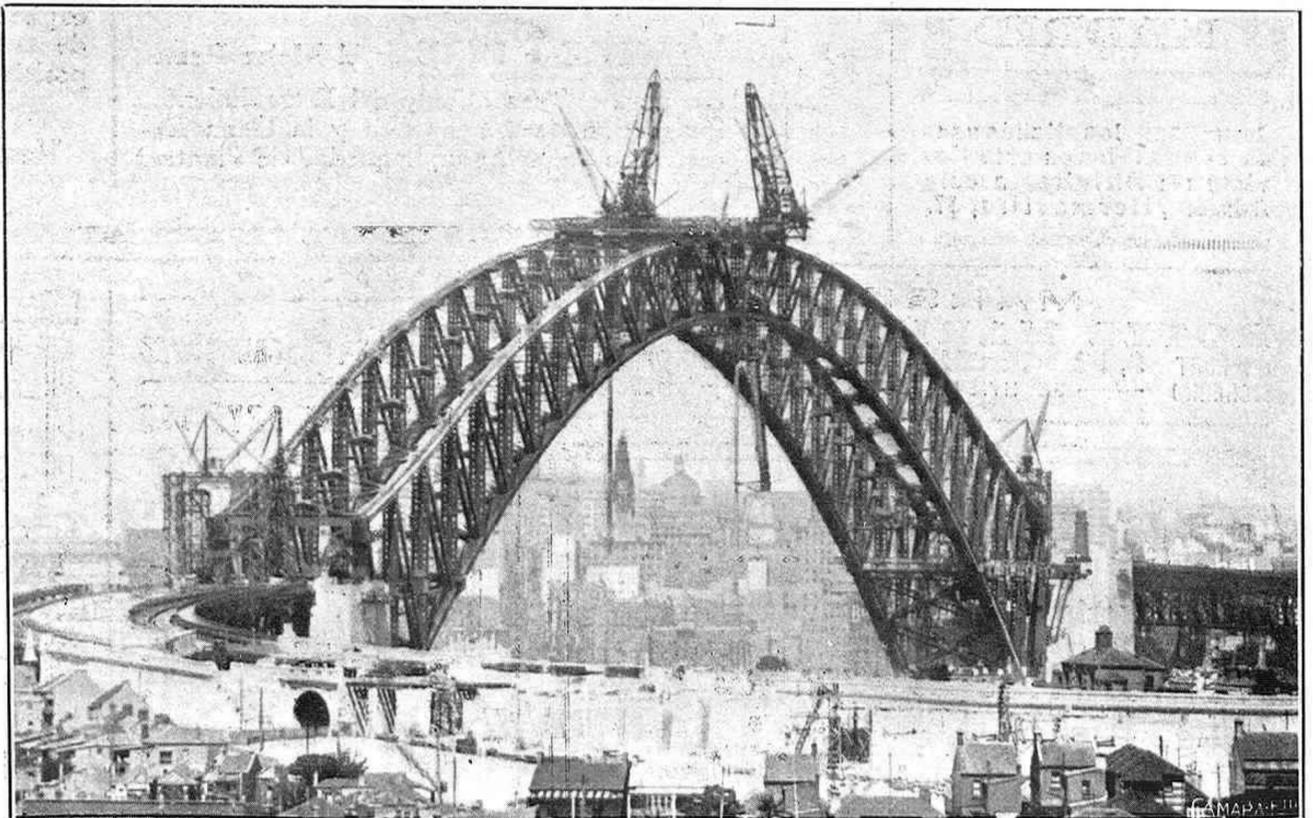
Aturde, en primer lugar, la infinita variedad de las cofias bretonas; no hay dos estrictamente iguales. Yo he perseguido esa igualdad, escudriñando ciudades y aldeas; no la he encontrado. Cofias grandes, cofias pequeñas, que envuelven el moño ó lo dejan libre, que bajan hasta la nuca ó que muestran el pelo al descubierto, con bridas ó sin bridas, de hilo, de batista, de encaje. Asistiendo en la Catedral ojiva de Guimper á una ceremonia religiosa antojésemme que todas las palomas de los campanarios de la ciudad se habían dado cita en la iglesia. Era una inmensa nota blanca.

Y es el mérito de las típicas cofias—lo era al menos en la época de mis excursiones, algunos años ha—. Constituía el mayor interés de las tradicionales gorras el que, por lo general, todas estaban planchadas «en casa» por la mano de la campesina y de la artesana, y no ya en sus rosados años de soltería, en que se piensa en los ojos del galante cortejador, ante los que ha de lucirse, sino luego que la bendición parroquial ha hecho nacer el cobijo santificado por la maternidad fecunda. Y muchas veces no es sólo la cofia: son las hombreras, las bocamangas, es la blancura del lienzo terso, elevado á la categoría de una pasión sostenida y profunda. ¡Ah, sí! Esa plancha, que también simbolizó el amor de mis venerables abuelas castellanas y gallegas y andaluzas, cuando aún existía el culto de la «ropa blanca», es una revelación elocuente del hogar bretón, es un dios penate que deja adivinar la vida pura y castiza de una comarca, que mantiene todavía encendida la lámpara de un ideal recóndito que no muere.

ALFONSO PÉREZ NIEVA

BARCELONA - MAJESTIC HOTEL
PASEO DE GRACIA. Primer orden
200 habitaciones :: 150 baños :: Orquesta
Precios moderados :: El más concurrido

LAS CONSTRUCCIONES GIGANTESCAS EL NUEVO PUENTE DE SIDNEY



La ciudad australiana de Sidney aparece, como una decoración teatral tras la embocadura, bajo el gigantesco arco del puente en construcción que es el mayor del mundo

“Españolas”

Este es el título del nuevo libro que acaba de publicar el poeta.

Lorenzo Roldán

“Españolas”

es el mejor regalo que puede hacerse a una mujer, porque en este libro admirable ha recogido

Lorenzo Roldán

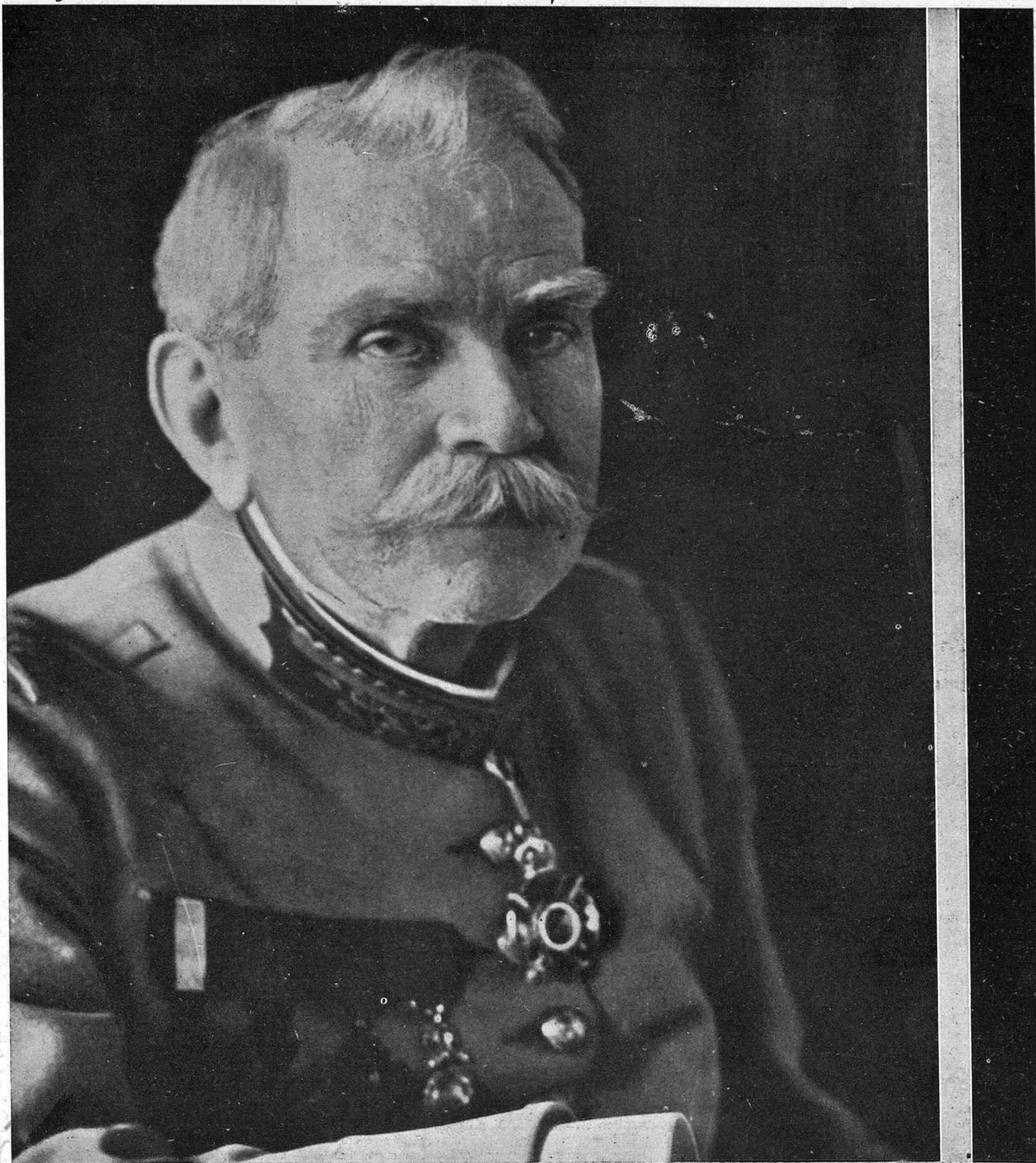
todas las observaciones y todas las emociones, felices o melancólicas, que en su espíritu y en su corazón deja una vida consagrada al culto de la feminidad... En los bellos y sonoros versos de

“Españolas”

está, pintada de mano maestra, la quimera humana de la dicha, en pos de la cual se ha urdido y se urdirá siempre el eterno drama de la vida, con sus eternos personajes: una mujer, un hombre y sus destinos.

“Españolas”

volumen de trescientas páginas, edición de lujo, primorosamente decorada, cuesta solamente cinco pesetas. Librería de Fernando Fe, Puerta del Sol, 15, y en las principales librerías.



El supremo jerarca del Ejército francés, el mariscal Joffre, a quien con Francia debe llorar el mundo entero, era la más perfecta encarnación, casi un símbolo.—aunque ambas afirmaciones juntas huelan a paradoja—, del caudillo de un ejército democrático y democrata. Creyente fervido en la fuerza ingente de la masa y en la verdad con que pudo decirse a todos los caudillos «nos, que valemos tanto como vos, y que juntos valémos más que vos», pudo acaudillar y vencer porque tenía en sus convicciones la más exacta consciencia del valer de los hombres y del valer de la vida.

JOFFRE HA MUERTO

(22 Febrero 1852 — 3 Enero 1931)

el caudillo perfecto, no de un ejército en que por sus méritos culminaba, sino de un pueblo en armas. Venía del pueblo, y no renunció a ser suyo. Alto ejemplo que merecía y tuvo el galardón de un alto destino.

Atesorando ciencia, atesoró conciencia: jamás se creyó un iluminado y dió en todo instante, aun en los más supremos, la consideración debida a sus colaboradores: a los generales que formaban su Consejo como a los soldados que habían de cumplir sus órdenes.

Perpetuamente respetuoso con el Poder civil, fué

DE LA VIDA QUE PASA

HACIA UNA POLÍTICA NATALISTA

LA ALARMA QUE PRODUCE UNA TRÁGICA CIFRA

HACE pocos días pronunciaba Louis Barthou un discurso en la Academia Francesa, ensalzando las virtudes hogareñas, que son el único fundamento firme para la constitución de la sociedad humana. Se solemnizaba en esta sesión académica el reparto de muchos lotes de dinero a los padres de numerosa descendencia. Un matrimonio parisién, que reunió en el comercio una cuantiosa fortuna, no teniendo hijos a quienes dejársela en herencia, instituyeron este reparto de las rentas entre familias que contaran más de cinco hijos. Y cada año se enaltece la memoria de aquellos donadores con las exaltadas retóricas de que son capaces los académicos del idioma. No parece, sin embargo, que este homenaje oratorio y esta reparación metálica a la maternidad sean ejemplares y contribuyan al aumento de la natalidad y a la prosperidad de la población. Célibes y sin hijos son la mayor parte de los personajes franceses, desde el propio presidente de la República hasta los más de los académicos que, en turno anual, entonan una apasionada loa a la virtud de constituir una familia. No hace muchos meses se congregaron las más altas representaciones del Es-

y de la paternidad; se impresionan películas cinematográficas; se predicán sermones; hasta se ha instituido en un departamento norteño una feria de novias... Y, en realidad, con esta intensa acción social se consigue tan poco resultado útil como con el amparo de las leyes y el dinero del presupuesto. Ahora, la alarma de los buenos patriotas ha excedido todos los funestos augurios que se venían haciendo hace tiempo, porque no es ya que la población no crece, sino que decrece. Un organismo oficial, el Consejo Superior de la Natalidad, al hacer los resúmenes estadísticos del movimiento de población en 1929, se ha encontrado con que en este año el número de defunciones ha excedido en 12.564 al número de los nacimientos. Es como si la muerte hubiera, no sólo devorado vidas humanas, sino que hubiera hundido y soterrado una ciudad francesa. Si esta catástrofe se hubiera producido, en realidad, las lágrimas de las gentes, las lamentaciones de los periódicos, las ceremonias religiosas de duelo dejarían memoria en las generaciones sucesivas. Y he aquí que al saber que este año hay 12.564 franceses menos, nadie se conmueve, nadie gime y nadie llora. No fueron, sin embargo, mucho mayores los estragos de la bárbara guerra.

la guerra le amputó territorios en Oriente y Occidente, y con ellos una numerosa población, después de haberla sangrado también, como Kitchener apetecía. En 1906 tenía cincuenta y cinco millones de habitantes; tiene hoy sesenta y cinco. Italia, castigada por la guerra también, ha ascendido de treinta y cuatro a cuarenta y dos; Inglaterra, de cuarenta a cuarenta y seis; el Japón, de cuarenta y ocho a sesenta y cuatro; los Estados Unidos, de ochenta y seis a ciento veintidós. Rusia, finalmente, desmembrada por la guerra, habiéndose separado de su territorio Finlandia, Estonia, Lituania, Ucrania, el Cáucaso y buena parte de la actual Polonia, ha acrecido de ciento veinticinco á ciento sesenta millones de habitantes. En este ritmo de progreso, ¿qué será de Francia con su estancamiento dentro de otro cuarto de siglo, sobre todo si el estancamiento se convierte en el descenso iniciado ya en 1929?

LA REPRESENTACIÓN DE ESPAÑA EN ESTE MAPA

El dibujante francés autor del gráfico publicado por la Alianza Nacional para el Crecimiento de la Población Francesa ha representado a España con una guadaña. Ciertamente que ha querido simbolizar a un cortador de

LA POBLACION
EN EUROPA Y
EN LAS GRAN-
DES POTENCIAS

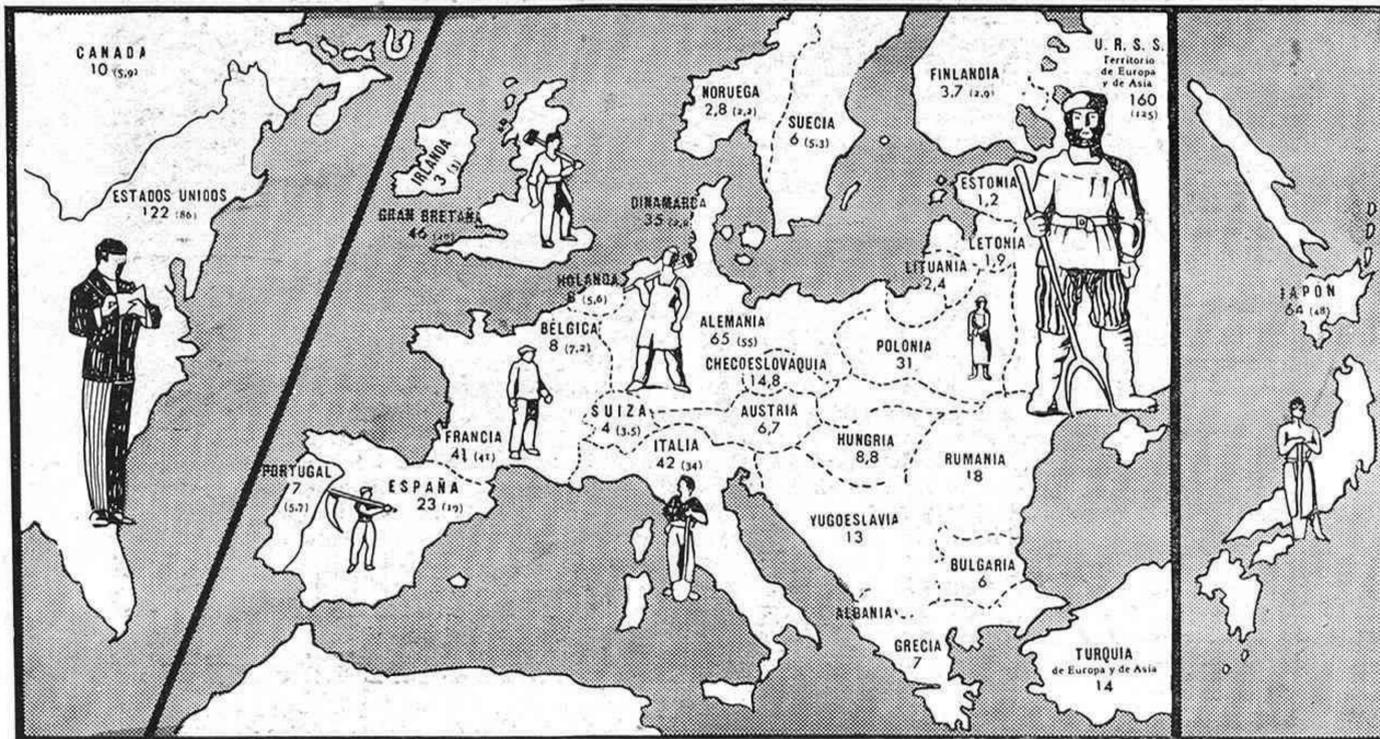


Gráfico publicado por la Alianza Nacional para el crecimiento de la población francesa. Las cifras negras indican en millones la población en 1929. Las cifras entre paréntesis la población en 1906

UN CARTEL PARA LOS PATRIOTAS

Los propagandistas de la virtud y de la fecundidad no pierden, sin embargo, la fe en la eficacia de sus campañas. He aquí la Asociación cívica titulada Alianza Nacional para el Crecimiento de la Población Francesa, que ha publicado un espléndido cartel en colores, comparando gráficamente la población de las grandes potencias mundiales y de las naciones europeas, en la época actual y hace un cuarto de siglo. Este cartel, litografiado por millares, se exhibe ya en las escuelas, institutos y Universidades, en las oficinas públicas, en los concejos municipales, en los casinos y Sociedades de recreo, en los grandes almacenes. Por donde quiera que el francés vaya, habrá de contemplar su figura un poco desmedrada—claro es que los hay más desmedrados, nosotros entre ellos—al lado de un italiano, que ha alcanzado la paridad demográfica con Francia, ya que no se le quiera reconocer la paridad naval; de un inglés, que le excede en estatura; de un alemán, más grande y más recio aún, y no se diga de un yanqui, tres veces mayor, y de un monstruoso comunista ruso, que cuadruplica su tamaño. Y no está en esta relatividad lo más importante del cartel con que se pretende preocupar y obsesionar á la población francesa, sino en recordarle las proporciones en que se ha realizado el aumento de población durante el cuarto de siglo último. Porque en 1906, Francia contaba cuarenta y un millones de habitantes. Ciertamente que la guerra dió una sangría, como decía lord Kitchener, cirujano de pueblos; pero la incorporación de Alsacia y Lorena la ha compensado con exceso. Además, las derivaciones económicas de la guerra han atraído a Francia dos millones de inmigrantes extranjeros. Y, sin embargo, al cabo de veinticinco años, tiene Francia, en 1930, la misma población que tenía en 1906: cuarenta y un millones de habitantes. En cambio, he aquí Alemania;

hierba para el ganado. No se nos quiere reconocer la categoría, no ya de país industrial, sino de país agrícola siquiera. Se nos tiene aún por tribu primitiva que vive del apacentamiento de sus rebaños y manadas. Importaría esto poco si la situación de España en ese mapa de la natalidad no fuese casi tan precaria y triste como la de Francia.

Nuestro territorio es bastante mayor que el de Italia; casi igual que el de Francia, poco menor que el de Alemania. Sin embargo, aun habiendo aumentado en el último cuarto de siglo de diez y nueve a veintitrés millones, tenemos, absoluta y relativamente, menor población que todas esas naciones; menos que tiene Polonia, en menor territorio también.

Había de permanecer Francia en su misma cifra, y necesitaría España un siglo aún de crecimiento incesante para llegar a igualar nuestra población con la suya. A Italia no la alcanzaremos jamás; a Alemania, mucho menos. Sin embargo, era en nosotros una retórica tradicional atribuirnos la posesión de las más exaltadas virtudes domésticas, la conservación del santuario de la familia, el aborrecimiento de toda doctrina y toda práctica que contrariara las sanas, claras y hermosas leyes de la Naturaleza.

Yo sé bien que en España no hay escasa natalidad o desnatalidad, como en Francia, sino exceso de mortalidad. Sé también que en toda Europa el encarecimiento de la vida, la destacada afición al ahorro y la bárbara intromisión del Estado en la esfera de acción del ciudadano, están ocasionando un descenso de natalidad. Aun con estas disculpas, bueno fuera que aquí también hiciéramos un mapa para propagar entre los españoles, desde la escuela al taller, que somos muchos menos españoles de los que debiéramos ser para parecer un gran país en Europa.

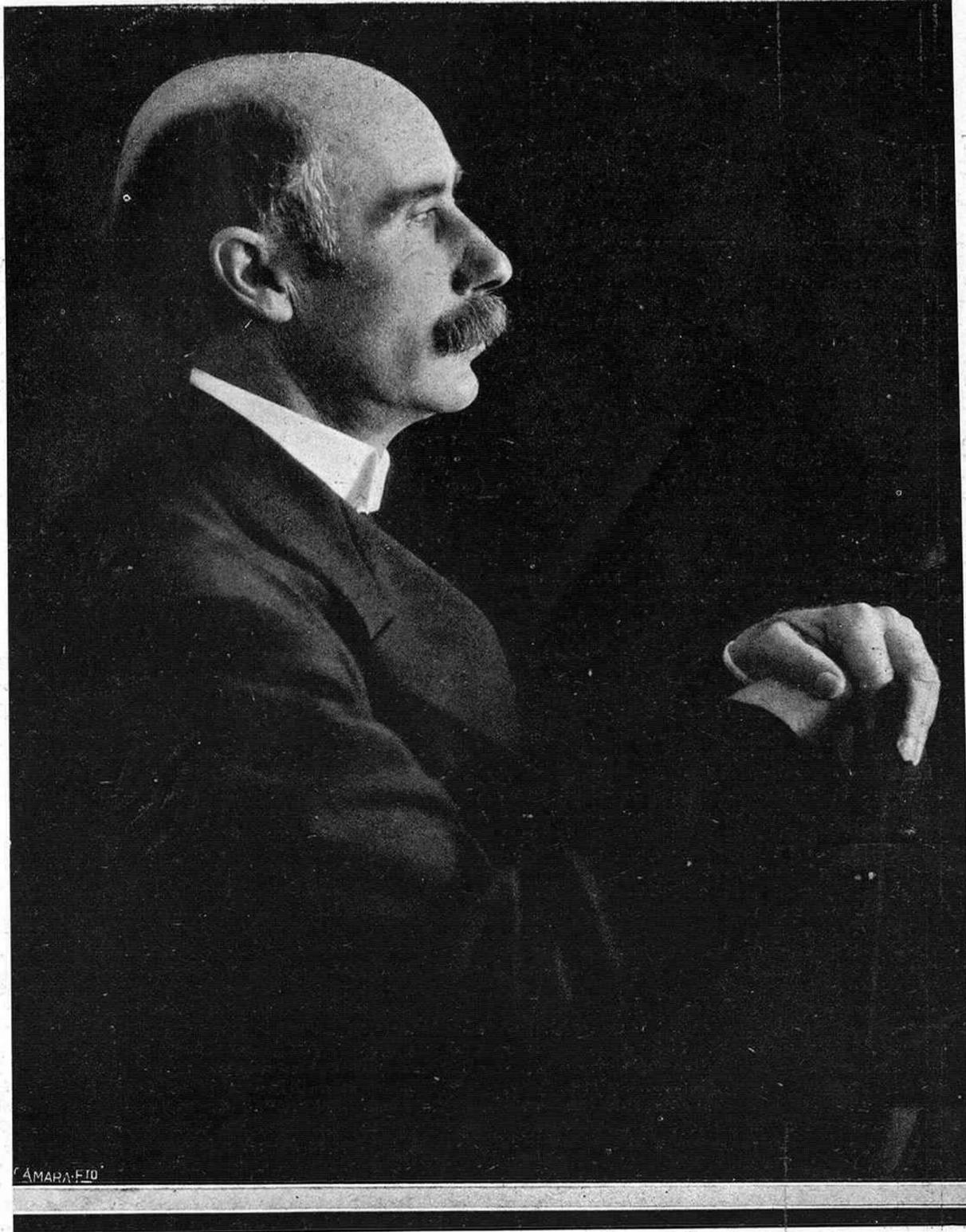
DIONISIO PEREZ

tado en un almuerzo protocolario, que presidía la Reina de España, de paso en París. Fué grave compromiso el de llevar señoras, porque no las tenían ni el jefe del Estado, ni el jefe del Gobierno, ni el ministro de Relaciones Exteriores, ni el del Ejército, ni otros, cuya asistencia era inexcusable. Se salió del trance invitando al almuerzo a algunos altos funcionarios, que habían tenido la previsión de casarse y no habían encontrado motivo o sentido capricho de divorciarse, conservando sus esposas, que pudieron llevar a la mesa de la Reina española, en un gallardo alarde de democracia.

Hasta aquí, la alarma del pueblo francés por el decrecimiento de su natalidad no había preocupado sino a determinados especialistas de la sociología, que pedían insistentemente al Estado arreglarlo con leyes lo que en otros pueblos se arregla exclusivamente con amor y con un sometimiento, más inconsciente que abnegado, de todos los ciudadanos a las leyes de la Naturaleza. Todas las leyes que se han promulgado e implantado en Francia para estimular la natalidad y amparar la familia, algunas de las cuales hemos traducido y parodiado nosotros—¿cómo no?—, han fracasado lamentablemente y no han servido más que para aumentar los presupuestos de gastos del Estado y sostener unos centenares de burócratas.

Personas preocupadas del bien público han intentado también cooperar en esta labor de convencer a los franceses de que deben tener más hijos. Desde Zola, con las trágicas y amedrentadoras páginas de su *Fecundidad*, a los pornógrafos más insignes de las letras galas, y a los patriotas más exaltados y a los economistas más previsores, no ha quedado razonamiento, imagen, estadística ni argumento que no se haya utilizado. Se han constituido numerosas Sociedades para combatir el celibato; se publican revistas, opúsculos y hojas sueltas que enaltecen las delicias de la vida familiar

SALAVERRÍA, VIAJERO



LA SÉPTIMA SALIDA A AMÉ- RICA DEL GRAN E S C R I T O R

ADÍOS otra vez, gran vasco!

Salaverría, vasco integral—hay que recalcar esto, porque es la razón histórica, tradicional de una inquietud—, parte por séptima vez a América, segunda patria de todo español, y, más concretamente, ruta admirable de los hombres del Norte. Yo le hablo de esto en su casa de la calle de Hermosilla, congestionada ya de maletas, de baúles, de carteras abultadas de papeles. Le hablo de nuestra tradición ultramarina. ¿Quién de nosotros no tiene en su árbol genealógico una rama americana, arraigada allí desde el día en que rodando y nadando uno de los redondelitos del árbol cruzó el charco?

—Usted dice muy bien: por tradición es por lo que vamos nosotros a América. Usted lo sabe, en sus dos mitades montañesa y vasca, antes de que yo se lo diga. Mis viajes responden, en efecto, a esa especie de maleficio ultramarino que se llamó alguna vez de un modo abstracto y preciso, sin embargo, «espejismo de las Indias».

—¿Adónde va usted ahora, don José María?

—A Guatemala, a Méjico, a Cuba. Con el conocimiento de estas tres Repúblicas, podré decir que poseo en su total maravilla el continente.

—Lo que mejor conoce usted de allí es Argentina, ¿verdad?

—Sí. He vivido en ella, y nunca me encontré más en mi país que allá, lejos de España y dentro de ella. Buenos Aires es tan española de carácter, de vida, de sentimiento, como la más genuina y antigua ciudad española. Para nada ha influido en su carácter lo externo, lo que todos aprecian solamente; la gran ciudad no ha contribuido a la formación moral y sentimental del argentino sino de un modo circunstancial y secundario.

—¿Qué impresión cree usted que habrá causado en América su biografía de Bolívar?

—Al buen lector, a quien no esté obcecado de antemano, creo que buena, en tanto de que mi *Bolívar* está escrito con respeto y admiración por el Libertador. Lo único que no tiene mi biografía es adulación. No creo, por otra parte, que le haga falta.

—¿Cree usted a Bolívar una consecuencia puramente racial, vascongada?

—En la tradición de su pensamiento, desde luego.

Salaverría va y viene por su despacho, mientras hablamos. De vez en cuando se para frente a la biblioteca, busca un libro y lo aparta.

—No elijo libros que tengo por leer, sino aquellos que más he leído. Me cuesta separarme de ellos. Además, tengo el placer de releer. Releer se parece mucho a revivir.

Salaverría, gran espigador de las letras, conserva en su casa la boina vascongada, que le da un aire provisional, cordialísimamente pueril, allá en lo alto del cuello de ángel desplumado que asoma por la almena del grave cuello de pajarita.

Salaverría es hombre que habla a través del bosque de su bigote, bosque deshilachado y muerto, que se anima al preciso viento de su palabra justa y vivísima. Salaverría, algo sordo, se recoge una oreja con la mano, y adquiere esa expresión tan atenta, tan recogida, que compromete a quien le habla, porque no se le pueden decir palabras vagas, frases insulsas a un hombre que nos oye con ese gesto y ese oído excitado por la espuela de la mano, que oye hasta las comas.

Salaverría es algo así como el hermano de Nietzsche, con su mismo bigote, con su mismo aire pensativo. También es el perfecto profesor sin cátedra, con su tipo culto y cultivado.

Salaverría fuma siempre *Lucky Strike*.

Salaverría dice cuando nos despide: «Bueno, adiós. Bueno, felicidades!» Y así, estas despedidas son ver-

náculos, amables, y uno siente la necesidad de contestarle: «Gracias, tío José María».

Hablamos del autoctonismo de América.

—Me interesa mucho. He tenido una agarrada con el poeta Leopoldo Lugones, precisamente por este tema. Pienso, aprovechando mi viaje a América, dar una conferencia para explicar mi opinión sobre ese autoctonismo—me dice.

—¿Qué le atrae a priori más de Méjico, Salaverría?

—El sentido hondamente dramático de la raza; su tenaz esfuerzo, de bello y violento escorzo, contra los rubios de Wall Street. También voy muy interesado en conocer la arquitectura colonial. La arquitectura siempre me atrajo mucho. ¡Qué maravilla los monumentos de la civilización maya!... Guardo en mis recuerdos americanos muchas películas rápidas de momentos arquitectónicos. Recuerdo, en el Paraguay, unas ruinas admirables de antiguas edificaciones jesuíticas.

Despedida. Y, ya en la puerta, Salaverría que dice:

—Pues, sí, amigo Ruano. No estaba equivocado: viaje tradicional, viaje de español del Norte. De vasco. También andar, navegar y no vivir, que, como afirma el latino, es lo preciso.

—Y lo precioso.



Salaverría estará rumbo a América cuando este artículo se publique. Va de nuevo allá uno de los más altos embajadores de nuestra Patria, de nuestra cultura y pensamiento. Parece que lo veo sobre cubierta, con su boinita y sus grandes bigotes. ¡Buen viaje, capitán de mareas, piloto de la raza, mariscal de aventura!

CÉSAR GONZALEZ RUANO



AZORÍN



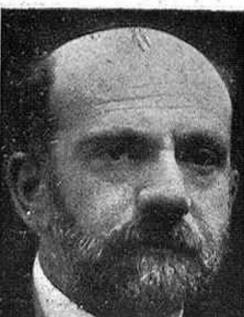
LORENZO ROLDAN



PEDRO DE REPIDE

ANSELMO GONZALEZ
«Alejandro Miquis»

ALBERTO INSUA



PIO BAROJA

AUTORES Y LIBROS

EL AÑO LITERARIO

RESUMEN DE 1930

PROLOGUILLO

ABUNDANCIA. Opulencia editorial. Quince o veinte Casas nuevas. Cincuenta o sesenta autores novísimos. Mucha publicidad. ¡Esto es Jauja! Predilección del público: ensayos, biografías, historia y, desde luego, todo lo referente a Rusia, sea lo que fuere.

Se advierte a simple vista un gran progreso cultural. Pero falta mucho para medirnos con Europa. Sobre todo en presentación. Seguimos con la tara del papel malo y caro; de la encuadernación en rústica, que se desencuaderna en un dos por tres; de las cubiertas, entre extravagantes y anodinas. Y seguimos, con raras excepciones, ausentes del libro artístico y suntuoso.

POETISAS Y POETISOS

En Poesía, lo paradójico. La vibración, la virilidad, el estro, se acusan más en las mujeres. Francia destaca entre todos sus poetas a la condesa de Noailles. En Italia, más que los Mastri, los Giarturco y los Saggio, emocionan la antigua Ada Negri y la moderna Ana Fioravanzo. En Hispanoamérica el cetro lírico sigue en manos de Juana Ibarburu, de Alfonsina Storni, de Raquel Sanz, de Luisa Luisi.

En España, Elisabeth Mulder, Emilia Bernal, Pilar Valderrama ofrecen un interesante grupo de originalidad y vigor. Las poetisas son mucho más sinceras, más briosas, más poetas que los poetas. Acaso porque los poetas son más refinados, más intelectuales, más *poetisos* que las poetisas.

Entre los volúmenes del 29 sobresalen: el de Pilar Valderrama, *Esencias* (poemas en prosa y verso), casi todo en prosa, pero casi todo poesía (el romance—*Manitas del niño enfermo*—es sencillamente magistral), y el de Ana María Martínez Sagi (*Caminos*), inseguro aún, pero ya valeroso y henchido de vida interior.

Un poeta, recio y sonoro, Pedro Luis de Gálvez, nos da en *Negro y azul* estrofas de oro y hierro, hoy sólo comparables a las de Enrique López Alarcón.

Otro poeta, trashumante y elástico, José María Uncal, reanima en *La ruta del Cipango* los bellos panoramas marítimos, de conjuro exótico, que insinuara Rubén y acunara como a hijos Tomás Morales.

Otro, robusto y delicado al pai, Lorenzo Roldán, encierra en *Españolas* un numen de nostalgia y galantería. Recias evocaciones castellanas y sensuales figurinas de tablado se disputan un fervor lírico que entronca en Juan Ruiz y acaba en Verlaine.

La musa, fina y conceptuosa, de Mauricio Bacarisse pasea por entre las páginas de *Mirtos* su esbeltez andrógina y su pasión intelectual. La piruetesca y alocada de Edgardo Ubaldo Genta avizora desde *El vigía* los vastos panoramas de vanguardia. La romántica y ojerosa de Gimeno Castellar refugia en *Torre de silencio* sus apasionados soliloquios. La ágil, juvenil y extravagante de Ramón M. Díaz pone su *Proa a las estrellas*. La meditadora y erudita de Aubin Rieu Vernet canta en francés paisajes y emociones de una España real y sin pandereta. La tradicionalista y señoril de Carlos Balen Groot se remonta en *Alas viajeras* hacia una lírica zorrillesca. Y, en fin, la moderna, profunda, sutilísima de A. Guerra Trigueros lanza en *El surtidor de estrellas* los cohetes de una vanguardia espléndida.

Toda esta gran parada lírica está presidida por el genio de Enrique Heine, cuyo *Cantar de los Cantares*, en la fina y fiel traducción de José J. Herrero, es una fiesta del espíritu.

CUENTISTAS Y NOVELISTAS

Entre los cuentistas del año triunfa el exuberante Antoniorrobes, cuyos libros *Veinte cuentos infantiles* y *Ocho cuentos de niños y muñecas* le asignan el patronato infantil. Antoniorrobes es el San Cristobalón español que asido a esa palma narrativa lleva a cuestras a todos los niños de la bola y los pasa, de una a otra orilla, por el océano del tedio.

Otro libro, *Cuentistas asturianos*, diestramente seleccionado por Constantino Suárez, nos emociona y deleita. Otro, *La risa, la carne y la muerte*, de Eduardo Zamacois, recoge escenas de una intensidad profunda.

El grupo de cuentistas femeninos es numeroso y valiosísimo. Concha Espina, en *Siete rayos de sol*, hace alarde de su fina invención y elegante estilo. *Halma Angélico*, en *El templo profanado*—volumen de lujosa y artística presentación—, ofrece tres cuentos magníficos. Especialmente el titulado *La jineta*, de una fiera energía y de una sensibilidad poderosa. María Teresa León, en otro soberbio volumen, se revela como cuentista magistral. Y Angélica Palma, en *Contando cuentos*, refrenda sus altas dotes de gran escritora.

Novelas deliciosas por el ambiente y el color son *Vida de Manolo*, de José Pla, y *Ajo y salobre*, de José María Segarra, los dos celebradísimos catalanes, escrupulosamente traducidos por Rafael Marquina.

La novela andaluza ha encontrado en 1929 interpretaciones tan rotundamente campesinas como *Zarpazos*, donde Julio Romano ha construido, con recia y armónica arquitectura, una Andalucía real, violenta, dramática, dotada de un ambiente admirable y vestida con un estilo intenso, vivaz. También es dignamente andaluz el lienzo animadísimo de José Mas, *Luna y sol de marisma*, pintado con colores nuevos y vigorosos. Y el pueblerino de Miguel de Castro, *La hija del alcalde*, múltiple de tipos y escenas de un cordobésismo real. Y *El convento de los reyes*, de J. Hernández Mir, con ecos de rumores sevillanos.

Dos escritores jóvenes conquistan puestos muy considerables en la novela hispana. Ramón Ledesma Miranda, que en *Antes del mediodía* acusa un temperamento al par recio y fino, y una cultura singular, da un tipo de novela contemporánea entre Sthendal y Proust, pero ya con un gesto personal. Y Mario Blasco, que en *La noche bruja* desenvuelve con precisión y seguridad—en un estilo que recuerda al de su padre, Blasco Ibáñez, por lo barroco y opulento—una imaginación ardiente servida por una pluma pincel.

Renovación de Pío Baroja en *Los pilotos de altura* y *La estrella del capitán Chimista*, novelas ambas de gran sabor aventurero. De Wenceslao Fernández Flórez, en *Los que no fuimos a la guerra*, sucesión de escenas gallegas narradas con un arte delicioso. De Alberto Insúa, en *El amante invisible*, una de sus novelas mejores. De José Frances, en *El fauno y la sirena*, desbordante de plasticismo y emoción. De *El Caballero Audaz*, en *La estrella sin alma*, que tiene el incentivo de las novelas claves.

Luis de Oteyza avanza en la conquista del público—que ya le mimó en *El diablo blanco* y en *¡Viva el rey!*—, asegurando con *El tesoro de Cuatemoc* otro gran triunfo de novela exótica. Francisco Camba, que con *Una morena y una rubia* afirmó su sagacidad de observador de la mujer y sus dotes de gran narrador, triunfa ahora más plácidamente en esta obra, sazónada de videncias y evidencias femeninas, que se llama *Machicha Monroy*. César Juarros plasma en *Sor Alegría* un carácter nuevo, moderno, inquietador, profundo sentido humano. El colorido regional en *La tragedia del caballero de Santiago* acredita la pluma de Victoriano García Martí. Rica también de ambiente gallego. *La ley del pecado*, de Ramón María Tenreiro. Amena y vivacísima, *El pecado de María Luz*, de Miguel Ródenas. Martínez Olmedilla logra en *Cómo murió Napoleón* la difícil fusión de leyenda y novela, tejiendo un libro entre poema y folletín, de apasionado interés y estilo suelto, ágil y expresivo.

Joaquín Arderius, acaso el más personal de los novelistas jóvenes, afila en *El comedor de la pensión Venecia* su punzón sarcástico. Mezcla desconcertante y originalísima del anarquismo ruso y de la ironía francesa, ya acusada en *Los príncipes iguales*, y más aún en *Justo, el evangélico*, su nueva obra revela una sensibilidad en carne viva, una hiperestesia formidable. Señalemos *El comedor de la pensión Venecia*, novela singular, personal atrayente como un misterio y penetrante como un estilete.

Otra novela penetrante, misteriosa y personalísima: la de Matilde Muñoz, *La virgen muerta*. Con baches, con defectos, por ser la primera que escribe, es un libro de aciertos considerables, de páginas hondas, de momentos grandes y firmes. Matilde Muñoz no tardará en ser una novelista de primer plano.

Madrid, que tanto debe a Ramón Gómez de la Serna, acrece ahora su deuda con esta deliciosa pinacoteca de



W. FERNANDEZ FLOREZ



QUINTILIANO SALDAÑA



«EL CABALLERO AUDAZ»



FRANCISCO CAMBO



«JULIO ROMANO»



JOSE MONTERO ALONSO



CONCHA ESPINA



JOAQUIN ARDERIUS



EDUARDO BARRIOBERO



JOSÉ DIAZ FERNANDEZ



GREGORIO MARAÑÓN



HALMA ANGELICO

La Nardo, serie de lienzos verbeneros que están pidiendo música de Barbieri y Chapí. Desde *Fortunata y Jacinta* y *La busca*, el alma auténtica de Madrid se nos había escabullido. De vez en cuando, un sainetero mixtificador nos vendía gato por liebre, con chulas «damas de las camelias» y chulos del diccionario de sinónimos. Ahora, gracias a Ramón, el Madrid de Galdós y Baroja reaparece en *La Nardo* con libertad, en plenitud madura y sincera.

Azorín está en el tramonto, de que habla Goethe en sus conversaciones con Eckerman. Es fruto. No quiere volver a ser raíz. Pero por la absorción de la raíz está madurando. Por las ideas primigenias de *El País* y *Progreso* nos ofrece hoy *Pueblo* (novela de los que trabajan y sufren), culminación de su democracia, síntesis de su honda ciudadanía.

Acaso en la febril búsqueda de nuevas escuelas—mejor, de nuevas fórmulas expresivas—apresura su evocación de surrealismo, ya iniciada con *Félix Vargas* y ahora remachada en *Pueblo*, con capítulos monográficos de una intensidad tribunicia, de auténtico tribuno de la plebe.

Lo cierto es que en *Pueblo* se resume todo *Azorín*; todo el *Azorín* humanista y humanizante, estilista y estilizante, demócrata y democratizante...

Cerremos la sección de «novelistas y cuentistas» con el broche de oro de *Martes de Carnaval*, que contiene tres *Esperpentos*, o dígame: tres joyas literarias, labradas por el suntuoso artífice.

En ellos se realiza la superación de Valle-Inclán. Cada uno de esos tres *Esperpentos* ofrece las tres dimensiones canónicas: invención, estructuración, expresión. *Martes de Carnaval* es el mejor libro del año.

ARTE Y VIAJES]

Libro de arte, por el contenido y el continente, lujoso de presentación, rico en grabados y tipografía, seguro y claro en las ideas, es el de Enrique Estévez-Ortega, *Arte gallego*. El joven escritor, curado de vanguardias y retaguardias, estudia, con finura ecléctica, la producción de sentido tradicional y la de sentido innovador, unidas ambas por los caracteres célticos. Es, al par, este libro, antología y pinacoteca, en donde resplandecen una documentación acabada y una probidad literaria digna de aplauso.

Otro escritor muy joven, Alardo Prats, acierta, en su libro de viajes *Tres días con los endemoniados*, a transmitir, en forma periodística, amena y diáfana, todo el horror dantesco de la barbarie superstitiosa. Entre los reportajes más sensacionales y terribles—los de un Ostrowsky, los de un Geo London, los de una Andrea Viollis—puede figurar el de Alardo Prats.

Intenso, dramático también y también lleno de paisajes deslumbradores y escenas magníficas, es el de Horacio Blanco Fombona, *Panoramas mejicanos*. Obra asimismo periodística, dinámica, encierra la difícil facilidad de un realismo sincero, y equivale, por su vivaz estilo, a una película.

Pedro de Répide, en *La Rusia de ahora*, traza, con arte liberal y elegante forma, una serie de escenas, palpitantes de animación y verdad. La finura y profundidad de estos cuadros soviéticos (el hotel, la calle, los teatros, las escuelas, las fábricas, los museos) tienen ese doble valor de auténtico y de inédito, tan raro en los libros sobre Rusia. Porque Pedro de Répide no es el improvisado *cara dura* que tras una semana en Moscú larga un libro pontifical o sectario. Es, al contrario, un escritor de alcurnia y solvencia, cuyo espíritu independiente rechaza todo sectarismo. Y como une a la probidad el talento, ha podido escribir este libro, donde si no hay zonas polémicas, como en los de Barbusse y Panait Istrati, ni aspectos didácticos, como en los de Duhamel y Durtain, hay, como en ninguno de todos ellos, las espontáneas lozanías de una pluma elegante, vigorosa, certera.

Reportaje sensacional este de Adelardo Novo Colson, *De la Habana a Sevilla por los aires*. Hinchado de una gracia socarrona, de gallego fino, el director de *El Diario Español*, de La Habana, refiere su viaje en el *Zeppelin*, con ese arte esencialmente periodístico, que es un humorismo de tiro rápido. Novo da buena cuenta de los reclamistas heroicos, en un relato delicioso de héroe por fuerza.

Ricardo Baeza, en *La isla de los santos*, colecciona las crónicas de un interesante viaje a Irlanda. Finura, documentación, sentido liberal, decoran estas páginas agudas y fuertes.

Otro libro de Rusia. El del portugués César Porto, *A Russia, hoje e amanhã*. Relato de una Comisión cultural. Estudios atentos y analíticos de la pedagogía del Soviet, con fondos callejeros y populares.

Curiosos, por lo panorámicos, el de Juan D. Ramos, *Ciudades italianas*, y el de José Alfaro, *De Barcelona a Estambul*.

Y verdaderamente atractivo, por su espontaneidad, vigor, lujo de detalles y anécdotas, y riqueza documental, literaria y gráfica, el del matrimonio Lacerda, *Viaje universal*, estupendo periplo, que tiene las virtudes de un *portifolio*.

La señora Lefevre de Lacerda y su esposo, el general don Pedro de Lacerda, han redactado este volumen

con absoluta sinceridad, sin ningún prejuicio, libres de toda empresa literaria. Y lo que son las cosas: resulta un libro más interesante, más curioso, más entretenido y hasta más instructivo que los de muchos escritores profesionales.

Viaje universal es la vuelta al mundo por este matrimonio turista. Y desde que preparan el equipaje hasta que desembarcan, a los cuatro meses, el relato, á veces ingenuo, a veces dramático, y siempre pintoresco e interesante, va adquiriendo naturaleza literaria. Páginas como las del Niágara, o las de Hawai, o las del volcán de Java, o las del tifón, o las de Benarés, o las de Pekín, tienen categoría de escritor.

ENSAYISTAS

Sea el inicio para Eugenio d'Ors. *Cuando yo esté tranquilo* alberga al estilista y al filósofo. Filosofía entretenerada de un Platón con ribetes de Zenón. Estilo estilizado de un Gracián, con halos de Fadrique Mendes. Libro alambicado, exprimido, de un licor intelectualista, con aroma y solera.

Gil Benumeja, en *Mediodía*, aporta una tesis andalucista, original y apasionada. Gustavo Pittaluga despenruvuelve en *El vicio, la voluntad y la ironía* una gran cultura biológica. Pedro Corominas realiza en *Castilla adentro* honda labor de fina investigación histórica. Arboleya Martínez sale al paso del sectarismo reaccionario con su estudio, perfectamente ortodoxo y profundamente liberal, de *La Iglesia y el Estado*. Novoa Santos penetra, nuevo Daniel, en la cueva de los leones biológicos, con su libro *Cuerpo y espíritu*. Teófilo Ortega, con *Nuestra luz en torno*, ilumina zonas psíquicas nuevas en capítulos de sutileza literaria.

Gregorio Marañón, maestro en las ciencias y en las letras, traza en su admirable monografía sobre Enrique IV un soberbio cuadro de época, en que destaca la figura tarada y posesa del *Impotente*.

Magnífico, por la erudición exuberante, por la estructuración armónica, por la clara manera periodística, es el libro *La sexología*, de Quintiliano Saldaña. La valentía con que aborda el vasto problema sexual es sólo comparable a la seriedad y probidad científica que lo realizan.

Estas dos cualidades culminan también en el de Anselmo González: *Nacimiento y evolución de la inteligencia*.

Por los mismos caminos nuevos va el americano Lindsey, en su *Matrimonio de compañía*, obra de extraordinario interés social, y los seis prestigiosos monografistas que bajo la dirección de Havelock Ellis han escrito ese libro monumental *El sexo en la civilización*, verdadero *corpus humanorum* donde se encierra toda la legislación sexual futura.

El cubano Orestes Ferrara se muestra en *El panamericanismo* como un apasionado adalid del Tío Sam. No cabe apología más desconcertante. Para el político antillano, Yanquilandia es el bálsamo de Fierabrás, que todo lo cura. Nada, pues, de hispanoamericanismo. Panamericanismo a raja tabla. Es decir, norteamericano por los siglos de los siglos, amén.

HISTORIA Y BIOGRAFÍA

César E. Arroyo ofrece en *Galdós* una biografía sencilla, de admirador incondicional. Darío Pérez, en *Figuras de España*, encierra quince ó veinte agudas semblanzas de escritores, artistas, periodistas y hombres de ciencia. Alcalá Galiano estudia en *Figuras excepcionales* la ingente labor de escritores como D'Annunzio y Oscar Wilde, con gran conocimiento y recto juicio. Salaverria, en *Nuevos retratos*, reanuda su implacable sinceridad. El conde de Romanones, en *Sagasta ó El político*, afirma el gran éxito de *Notas de una vida*. El marqués de Villaurrutia renueva con *Eugenia de Montijo* sus finas dotes de historiador y de psicólogo. Quintiliano Saldaña ahonda en la vida y en la obra de *Angel Ganivet*, trazando la más completa biografía del malogrado granadino. Otro tanto puede decirse del *Azorín* sutilmente entrevistado por Ramón Gómez de la Serna.

Gran estudio y bello poema es *El pobrecito de Asís*. Hinchado de emoción y doctrinas, sazonado de referencias, Adolfo de Sandoval narra la vida simple y santa con amor seráfico. Todo el libro arde en la viva llama humanitaria y humanista.

Originalísimo de veras es el volumen *Un personaje español del siglo XIX (El Cuerpo de Artillería)*, donde Jorge Vigon-recopila con singular arte narrativo la historia y la anécdota. En el libro se compaginan el poema y el epigrama, el gesto reflexivo y la sonrisa liberal. Se leerá mucho y se comentará más aún.

POLÍTICA Y SOCIOLOGÍA

Libros sobre la Dictadura. Un diluvio. Y el noventa y nueve por ciento—es claro—en contra.

Substantivo, depurado, y, no obstante, vivaz y polémico, es el de Gabriel Maura, *Bosquejo histórico de la Dictadura*, en dos volúmenes. El historiador de *Carlos II* y de *La Regencia*, habituado al documento y a la compulsa, nutre su obra con el testimonio oficial. Y ello, precisamente, la hace más temible; es un cañón



ANGELICA PALMA



FRANCISCO CAMBA



JOSE FRANCES



DIONISIO PEREZ



RAMON GOMEZ DE LA SERNA



DIEGO SAN JOSE



ANGEL OSSORIO
Y GALLARDO

R. LEDESMA MIRANDA



MATILDE MUÑOZ



FRANCISCO VILLANUEVA



PILAR VALDERRAMA



GABRIEL MAURA

cargado hasta la boca. Los disparos, certeros, a veces por elevación, dan en el blanco. La Dictadura cae acribillada por sus mismas notas oficiosas, por sus mismas cifras, por sus mismos discursos.

Más combativo y no menos substancial, también documentado con los propios textos dictatoriales y de un efecto destructor fulminante, es *La orgía áurea de la Dictadura*, donde Quintiliano Saldaña acumula las formidables acusaciones que tan profundamente han impresionado al país. Conforme al precepto clásico de *suaviter in modo, fortiter in re*, Víctor Pradera lanza sobre la Dictadura otro volumen contundente. Y otro más formidable, por sus estadísticas comparadas y su carácter internacional, Cambó, que, con *Las Dictaduras*, asesta el golpe de gracia al despotismo con disfraz mesiánico.

Y otro, esclareciendo la gestión económico-financiera del abominable y ruinoso régimen upetista, Salvador Canals, que en *La crisis exterior de la peseta* descubre el artificio del proteccionismo y de los empréstitos, verdaderos y únicos causantes de nuestro desastre monetario.

Y otro, y otro, y otro... El de Francisco Villanueva, *¿Qué ha pasado aquí?* El de Dionisio Pérez, *La Dictadura a través de sus notas oficiosas*. El de Emilio Palomo, *Dos ensayos de revolución*. El de Rafael Sánchez Guerra, *El movimiento revolucionario de Valencia*. El del comandante Franco, *Alas y garras*. El de González Ruano, *El momento político de España, a través del reportaje y la entrevista*. El del general López Ochoa, *La verdad sobre la Dictadura*. El de Rodrigo Soriano, *España bajo el sable*.

El grupo de los desterrados por el odioso régimen descubre todas las iniquidades y felonías que padeció durante los seis años inicuos: Unamuno, en *De Fuerte-ventura a París*; Sánchez Guerra, en *El pan de la emigración*; Alba, en la colección de su ponderados artículos; Jiménez de Asúa, en *Notas de un confinado*; Ortega y Gasset, Oscar Esplá, Artemio Precioso.

Libro cumbre, en política y sociología, el de Pi y Margall, *Las nacionalidades*, cuya reedición, acertadísima, es como un faro en las contiendas contemporáneas. Libro sagaz, posibilista y apostólico, el de Cambó, *Por la concordia*. Libro con cara de folleto y substancia de infolio, *Gobierno y Parlamento* (tres proyectos de ley), de Ossorio y Gallardo.

Libro sincero y valeroso, por su autopsia del caciquismo y sus ansias de vida nueva, el de Vicente Risco, *El problema político de Galicia*. Libro ardiente, de visionario y augur, el de Marcelino Domingo, *¿Adónde va España?* Libro fiscal y libro juez a un tiempo, el de González Ruano, *El terror en América*. Libro doctrinario y libro dialéctico juntamente, el de Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*. Libro informador, de profundo interés político y de plena manera periodística, el de V. Gutiérrez de Miguel, *La revolución argentina...*

CRÍTICA Y SÁTIRA

Pedro Sáinz Rodríguez nos regala con el *Epistolario de Menéndez Pelayo y Valera*, espléndido de matiz crítico.

Blanco Fombona, en *El modernismo y los poetas modernistas* y en *Motivos y letras de España*, nos muestra por partida doble su temperamento luchador y su estilo llameante, en juicios casi siempre certeros.

Cansinos Assens, en *El amor en el Cantar de los Cantares*, hace un atento y fino estudio de sabrosa lectura. Max Enriquez Urefia nos da en *El tesoro de los galeones* un prontuario, no siempre feliz, de literatura hispano-americana. Ni son todos los que están, ni están todos los que son.

Concha Espina, en *Mujeres del Quijote* ofrece una agudeza psicológica de finos matices. José Montero Alonso, en su *Antología de prosistas y poetas españoles* (Premio Nacional de Literatura), realiza con buen gusto, seguridad y amplitud de juicio, la difícil y complicada selección. Arturo Mori colecciona en *Run-Run* esos amenos comentarios de periodista ágil y sutil que aparecen diariamente en *El Liberal*.

Margarita Nelken acierta en *Las escritoras españolas*, con un libro de plenitud, muy antiguo en la abundancia documental y muy moderno por los métodos literarios. José Díaz Fernández arrolla con *El nuevo romanticismo*

a los viejos con careta de jóvenes, izando frente a la cuquería bien avenida el pabellón del arte polémico social.

Nicasio Pajares dispara sus flechas satíricas contra Yanquilandia en *Don Quijote y el Tío Sam*. Y Carlos Fortuny, algo más que flechas, contra los escritores pornográficos, en *La ola verde*, un delicioso *charivari*.

TEATRO Y CINE

Comienza a tener público el teatro impreso. No sólo las obras dramáticas, sino las de crítica, escenografía, historia biográfica, etc. Amén de las numerosas revistas que publican comedias, se imprime en volúmenes aparte numerosa bibliografía teatral.

Así, la «Colección de Teatro Selecto Universal», que edita Aguilar, lleva publicadas: obras de León Lunst, de Gorki y de Andreief en el volumen *Teatro revolucionario ruso*; de Gogol, Tolstoi y Andreief, en *Teatro grotesco ruso*; de Gordin, An-Ski y Andreief, en *Teatro dramático judío*, y de Tarahito Kori y Tanizari Junikiro, en *Teatro japonés*, con un triunfo sin precedentes.

También se ha traducido en 1929 el *Teatro político*, de Piscator. En la producción española hay que anotar, publicadas en libros, las comedias de Jacinto Grau *Los tres locos del mundo* y *El burlador que no se burla*; *Angelita*, de Azorín, y *El drama de Granada*, de Julio Hispano.

También el público de cine comienza a gastarse el dinero en libros. De ahí el éxito de la «Biblioteca del Cinema», con *El dominio del gesto*, de Manuel Montenegro; *Los «films» de dibujos*, de Gómez Mesa, y *Dolores del Río, la triunfadora*, de Martínez Gandía.

Dos libros de gran interés teatral: *Apostillas a la escena*, del malogrado y magistral poeta, docto y severo crítico, Enrique de Mesa, y la memoria de varón ejemplar nos es tan grata, y *Medio siglo de teatro infructuoso*, donde Ruiz Contreras relata *ex abundantia cordis*, sincera y pintorescamente, las guerras de entre bastidores durante cincuenta años.

Una publicación curiosa y útil: *El Teatro*, enciclopedia gráfica, con numerosos y selectos huecograbados y un texto ameno y erudito, de Estévez-Ortega.

ICS CLÁSICOS

Prosigue *La Lectura* su bien glosada colección de «Clásicos Castellanos», habiendo publicado en el 29 las *Epístolas*, de Perez del Pulgar; *Camino de perfección*, de Santa Teresa, y las *Obras*, de Juan de Timoneda. Como en el año anterior, hemos de expresar nuestra confusión ante la inexplicable omisión de Góngora. ¿Por qué omitir a Góngora y dedicar un volumen a Meléndez Valdés?

Eduardo Barriobero realiza obra meritísima en la «Colección Quevedo», seleccionada con buen gusto y amplio espíritu liberal. Clásicos de todos los tiempos y países enriquecen tan valiosa Biblioteca, que, además, es recomendable por el precio. Otro tanto puede decirse de las dos colecciones que edita C. I. A. P.: *Las cien mejores obras* de la literatura española y de la literatura universal (Bibliotecas populares «Cervantes»), verdadero alarde editorial que pone al alcance del más modesto las obras cumbres del ingenio humano. Y todavía, en un precio inferior, la misma C. I. A. P. ofrece otras dos series: *El libro para todos* y *El libro del pueblo*, que difunde la producción contemporánea.

POLÍTICA DEL LIBRO

Hay que formar el cuadro en defensa de la cultura. Que diundir una «política del libro», como propugna Pedro Sáinz. Que enlazar, en un nuevo organismo, los intereses mutuos de autor y editor. Que recabar la adhesión de España al Convenio de Montevideo (como hubimos de recabar hace años del entonces ministro de Estado marqués de Lema, y en compañía del Encargado de Negocios del Uruguay, nuestro amigo Alvaro Saralegui), para evitar las ediciones clandestinas en América. Que lograr la rebaja del papel, cuya carestía impone al libro un gravamen insoportable...

Y basta de escribir. Que este artículo—como dijo Chapí de uno de Bretón—nos ha salido toleto...



MARIA TERESA LEON



ARTURO MORI



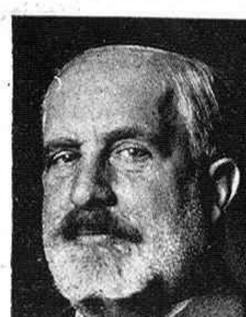
E. ESTEVEZ-ORTEGA



CESAR GONZALEZ RUANO



PEDRO SAINZ RODRIGUEZ



SALVADOR CANALS



R. BLANCO FOMBONA



CRISTOBAL DE CASTRO



MARGARITA NELKEN



CESAR JUARROS



POR LAS RUTAS ESPAÑOLAS

Un arco que anuncia una ciudad museo

El arco de Baró, en la carretera de Barcelona a Tarragona, es como una puerta que se abre al viajero para penetrar en la ciudad monumental, que anuncian como admirable museo arqueológico las murallas ciclópeas.

Tarragona se anuncia así al viajero por un admirable arco triunfal, que denuncia cuanto fué la ciudad en las épocas remotas de la dominación romana; mas vieja aún, hay en su historia huellas fenicias, y los griegos la llamaron *ciudad hermosa*. Fué, sin embargo, según los indicios más fehacientes, de los romanos de quienes recibió el nombre de *Tarraco*, de raíz italiana, y que había de parar en el actual de Tarragona. El arco de Baró muestra en su grandeza la de un Imperio que tuvo en mucho el valor estratégico de aquella ciudad, muy importante ya en la época de las guerras púnicas. Un arqueólogo debe sentir siempre honda emoción al pasar bajo aquel arco conmemorador del triunfo; más aún ha de sentirla si piensa que tras aquella puerta aguarda un mundo de recuerdos.

(Fot. Gaspar)





La barraca abandonada

LOS BELLOS LIBROS

REITERACION A «LA BARRACA»

ENTRE aquellos tres cuadernillos de papel de cartas rayado de azul donde Blasco Ibáñez escribía su cuento *Venganza moruna*, escondido en la casa de un tabernero republicano, mientras sus amigos le preparaban la fuga en un barco á Italia para no caer en manos de la autoridad militar, y esta flamante edición de *La Barraca* que el gran escritor no vió concluída antes de morir, median treinta y cinco años de vida española, turbulenta, apasionada, ávida de resurgimientos sucesivos.

Pero, más concretamente — ya que de ello se trata ahora —, el testimonio irrefutable del triunfo de una de las obras capitales de la literatura española moderna y, como consecuencia, el desarrollo de la historia gloriosa de su autor.



El Tribunal de las Aguas

Por esto, al recibir el lujoso volumen—primero de la edición monumental de las obras de Blasco Ibáñez, que importa mucho no interrumpir ni dilatar—, sentimos hondo el gozo de la reiteración admirativa á *La Barraca*.

El propio Blasco, en su prólogo á esta edición, firmado en Fontana Rosa el año 1925, dice cómo el cuento *Venganza moruna* se cambió después en la novela *La Barraca*, y cómo la obra escrita encendida y dolorosamente, durante forzosas vigiliass y á costa del reposo físico, en los días difíciles del periodismo y la política combativos que señalan la primera época de *El Pueblo valenciano*, alcanzó dilatada resonancia y fué conocida por las gentes del mundo en sus propios diversos idiomas.

La primera edición de *La Barraca* fué de setecientos ejemplares, y como beneficios se repartieron autor y editor (aquel Francisco Sempere, que entonces era no más que un modesto librero de viejo) setenta y ocho pesetas.

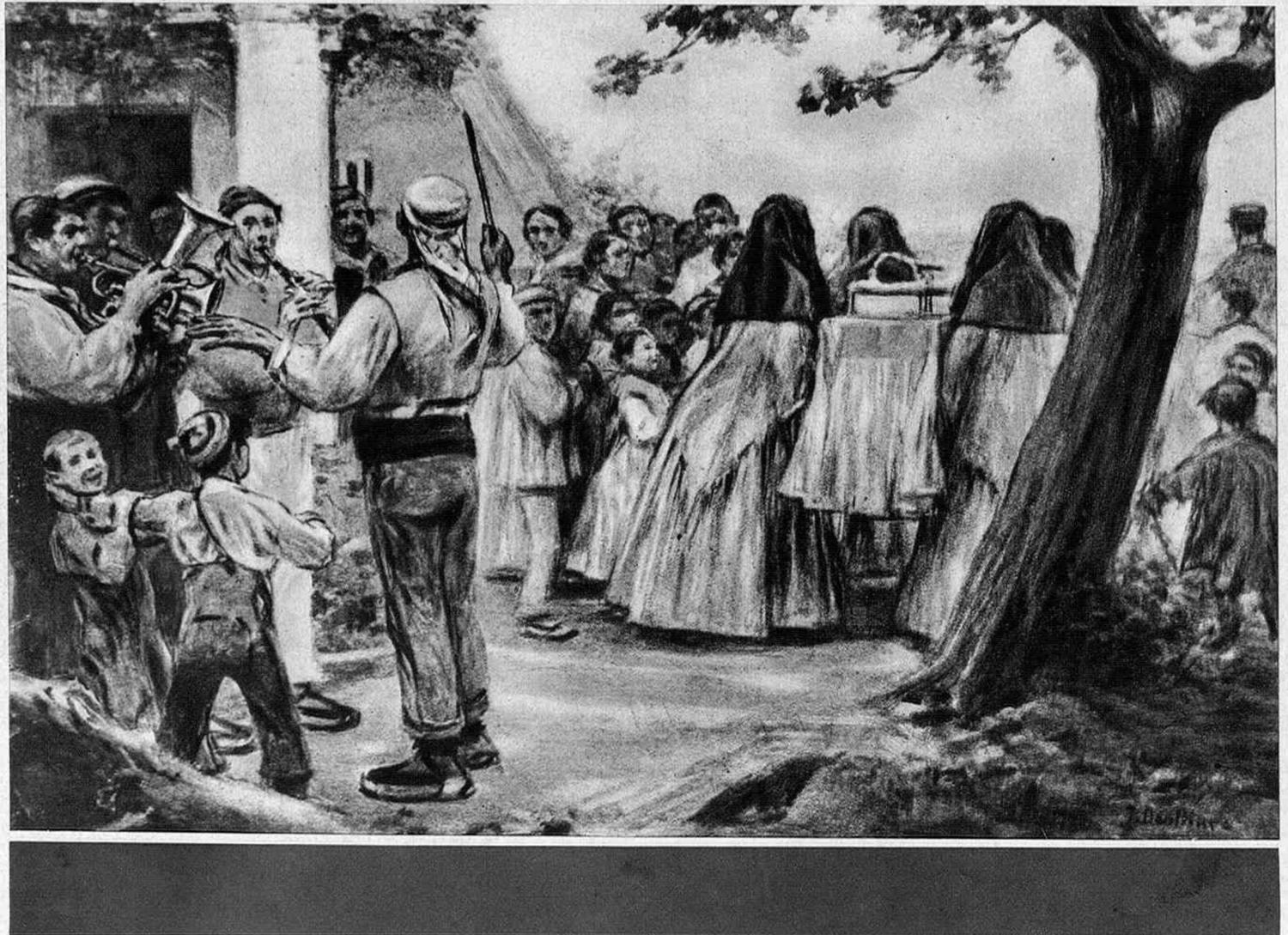
Actualmente, al aparecer el volumen ilustrado por José Benlliure, que motiva este comentario, publicado por la Editorial Prometeo, que dirige la capacidad inteligente y sensible de Fernando Llorca, yerno del autor, profesor y artista de extraordinaria cultura literaria, *La Barraca* ha rebasado la centena de millares en sus ediciones españolas, y acaso alcanza la cifra de dos millones de ejemplares si, como afirma Blasco en su prólogo, se le suman las de versiones extranjeras.

Y, ciertamente, merece esta creación, eternamente lozana, de perdurable atractivo novelesco é inmarchitable colorido, esa carrera triunfal. No en vano es la más acabada expresión del alma de la huerta valenciana y la más completa iconografía de tipos peculiares de ella, trazados con segura mano de retratista y buida penetración de psicólogo.

Se dice que *La Barraca* es la mejor obra de Blasco Ibáñez. «Para las gentes amigas de clasificaciones — dice éste —, que una vez encasillan á un autor ya no le sacan, por pereza mental, del alvéolo en que le colocaron, yo seré siempre, escriba lo que escriba, el ilustre autor de *La Barraca*.»

Es legítima la melancólica queja asomada en esa confesión. Porque Blasco, además de *La Barraca*, ha escrito otras muchas novelas igualmente admirables, y algunas que acaso la superen. Y, por lo tanto, lo que hay de reconocimiento á un gran talento creador, uniendo el nombre del artista al de su libro más popular, no es del todo justo silenciando otros títulos posteriores que ampliaron y consolidaron su renombre.

En una palabra: no es sólo Blasco el primer novelista español de su tiempo por haber escrito *La Barraca*, sino que es *La Barraca* una de las primeras novelas españolas de ayer y de hoy, por haberla escrito Blasco Ibáñez.



El entierro del niño

Al concebir Blasco la idea de una edición ilustrada de sus obras, no se le ocultó la dificultad de hallar el intérprete gráfico de *La Barraca*. Debían coincidir especiales circunstancias en él. No es fácil que un gran pintor sea también un gran dibujante editorial. No es fácil tampoco que los ilustradores modernos se resignen á la fidelidad anecdótica y costumbrística

que exigía la novela esencia, y arquetipo de naturalismo.

Importaba, además, que el artista fuese entrañablemente valenciano, ligado filialmente á la tierra nativa, coetáneo de la época que Blasco resucitaba prodigiosamente en aquellas páginas tan plásticas y vivientes.

Y, sin embargo, allí estaba, apegado á Valencia, reintegrado á ella después de largo exilio en Italia, alternando con las evocaciones pictóricas de la epopeya mística del beato de Asís, los cuadros de fuerte sabor valencianista, don José Benlliure, el patriarca hoy día de la pintura de su región. El era el gran pintor, y al mismo tiempo el gran dibujante que podía añadir á la fuerza expresiva del libro la fidelidad naturalística de las ilustraciones.

Así como ilustró *Las florcillas*, poniendo en la tarea una infinita ternura mística, iba á poner en las estampas de *La Barraca* una infinita energía humana.

Paso á paso sigue el ilustrador al novelista. El elegíaco poema realista de Batiste y los suyos, vencidos por el odio moruno de la huerta, ha removido hasta lo más hondo del espíritu y del arte del artista. Y desde la lámina primera, dulce desperezo ortal de la campiña, hasta el trágico silencio de los expulsados «tostados de frente por el brasero que teñía sus rostros con reflejo de sangre», mientras el fuego destruye cuanto fué su ilusión de vivir en paz, expresado amargamente en la última lámina, la serie de ellas no decae ni se amortigua.

Pero, además, alcanza subido valor en muchas, dotadas de vigoroso verismo. La Valencia que Blasco pintó en los capítulos de *La Barraca* vuelve á ser escrita por Benlliure en los dibujos brotados por el poderoso hechizo literario del novelista.

Y no en vano estos dos nombres, tan bien alcurniados ya en las letras y las artes valencianas, aparecen unidos para la bella restauración estética.



El éxodo

JOSÉ FRANCÉS



Espesa capa de nieve suaviza los bruscos contornos de la montaña



Aquí la nieve semeja una manada de osos blancos que abreven en el arroyo

CUANDO LA NIEVE CUBRE MONTAÑAS Y VALLES EL DEPORTE BLANCO

La afición al *ski* va generalizándose entre la juventud española. Una afición que hace una docena de años sólo tenía como devotas pequeñas minorías de Madrid y Barcelona, que habían de pasar por extravagantes entusiastas de lo exótico, se difunde y extiende ya por varias provincias, con provecho para el vigor de la juventud.

En las Sociedades madrileñas fomentadoras del deporte blanco imperan los socios por centenares. Han empezado a cubrirse de nieve las



Al final de la pendiente se consigue parar haciendo una curva llamada «telemark»

cumbres y lomas de nuestras montañas, y allá va todos los domingos la juvenil muchedumbre a practicar el más sano ejercicio corporal. En Cataluña, principalmente en Barcelona, se organizan también excursiones semanales de patinadores al Pirineo oriental. En otras ciudades de Aragón, Navarra y Vascongadas se constituyen agrupaciones excursionistas para disfrutar de las nieves del Pirineo vascoaragonés. En León se ha fundado una animosa agrupación, que crece con entusiasmo y que acude

á patinar al puerto de Pajares. Y en Granada hay otra sociedad que practica este deporte en Sierra Nevada. Los variados macizos montañosos españoles ofrecen salto campo para el desarrollo de este benéfico deporte, que llamamos blanco por el ambiente de blancura material sobre que se practica, por su acción fuertemente depuradora para cuerpo y espíritu y, sobre todo, porque aún no está contaminado ni adulterado por el profesionalismo, que ha hecho de casi todos los otros deportes una industria espectacular, muy comercial y productiva, pero que ha desvirtuado completamente los juegos físicos, al convertirlos en espectáculos cotizables.

Cierto que en Suiza y en Noruega los deportes de nieve han llegado á constituir atractivos tu-



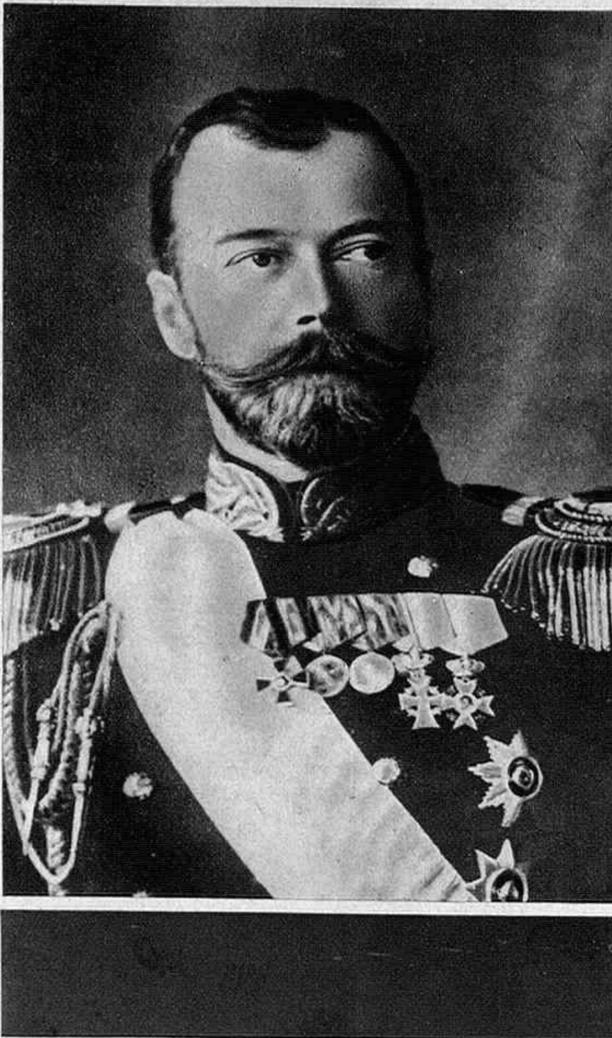
Cae la tarde. Las sombras van cobijándose en las hondonadas. La huella de los «skis» da idea de que alguien ha gozado de esa silenciosa soledad

risticos y dan lugar á exhibiciones espectaculares, principalmente de saltos; pero para presenciar esas competiciones ó pruebas extraordinarias no basta adquirir un billete, como en el fútbol: hay que ser también algo practicante. Por otra parte, esto no impide, sino que fomenta ese excursionismo blanco en que el patinador cruza las silenciosas soledades de la montaña, asciende á las cumbres nevadas y se lanza, raudo, pendiente abajo, rayando la nieve con los *skis*. Nadie le contempla en ese momento feliz en que goza la emoción vertiginosa, sin tener que divertir al público pagano, ni ganar á nadie; sólo vencer algún peligro inherente á su deporte, lo cual intensifica la emoción.

J. G. B.

ENTRE EL PASADO Y EL PORVENIR

EL DESORDEN DEL MUNDO



El Zar Nicolás de Rusia

La zona infectada por la epilepsia revolucionaria crece. Una convulsión en la India, trastorno en Indochina, recrudescimiento de la dictadura en Rusia, una perturbación de la que no se ve el final en España, un golpe de Estado en Polonia, otro en Egipto, revoluciones en Bolivia, en el Perú y en la Argentina; perturbaciones en Chile, guerra civil en el Brasil, una crisis política en Austria y un trueno que parece anunciar la tempestad; las elecciones alemanas. He ahí la lista negra de los últimos meses. Es larga. El mundo entero está enfermo.

El destino de las generaciones es a veces extraño. Las dos que han hecho la paz en 1815 y han gobernado hasta 1848 estaban obsesionadas por la revolución: la habían visto y la habían sufrido. A pesar de esa ansiedad crónica y de esos terrores insistentes, Europa pudo consolidarse tan rápidamente, después de 1815, que pudo soportar, sin sufrir demasiado, la sacudida de 1830, la revolución industrial y la tormenta de 1848.

La suerte contraria parece reservada a la generación que firmó los Tratados de 1919 y ha gobernado desde entonces. Ni en los Tratados ni en la política posterior a ellos de los grandes Estados se encuentra nada que recuerde al terror revolucionario de que los hombres de 1815 padecían. Esta generación nació, se formó y ha vivido la mejor parte de su existencia en los cincuenta años que precedieron a la guerra mundial en el medio siglo feliz que vivió en la Historia; ha podido gozar con abundancia insólita de todos los bienes: la libertad, el orden, la paz, el poder, la riqueza, la cultura, la actividad y la dulzura de costumbres. Esta generación creía que el orden social era una parte del orden cósmico. Estaba segura de que todas las mañanas la máquina del Universo continuaría su marcha, como estaba segura de que el Sol aparecería en el horizonte a la hora indicada por el calendario.

La guerra mundial no ha bastado para destruir ese convencimiento. Los hombres de 1919 hicieron la paz como si estuvieran seguros de construir su edificio de granito, aunque ya, en 1919, era evidente que una parte del mundo eslavo y todo el mundo germánico iban a entrar en un período revolucionario más o menos largo, lo que forzosamente había de imponer la inestabilidad de una parte considerable de Europa. Desde 1919, hombres de Estado, diplomáticos, banqueros, industriales y comerciantes, todos, salvo muy raras excepciones, han actuado como si la guerra mundial no hubiese sido más que un paréntesis y como si todo hubiese de volver rápidamente al orden anterior.

PROGRESOS DE «LA ESFERA»

La colaboración de Guillermo Ferrero

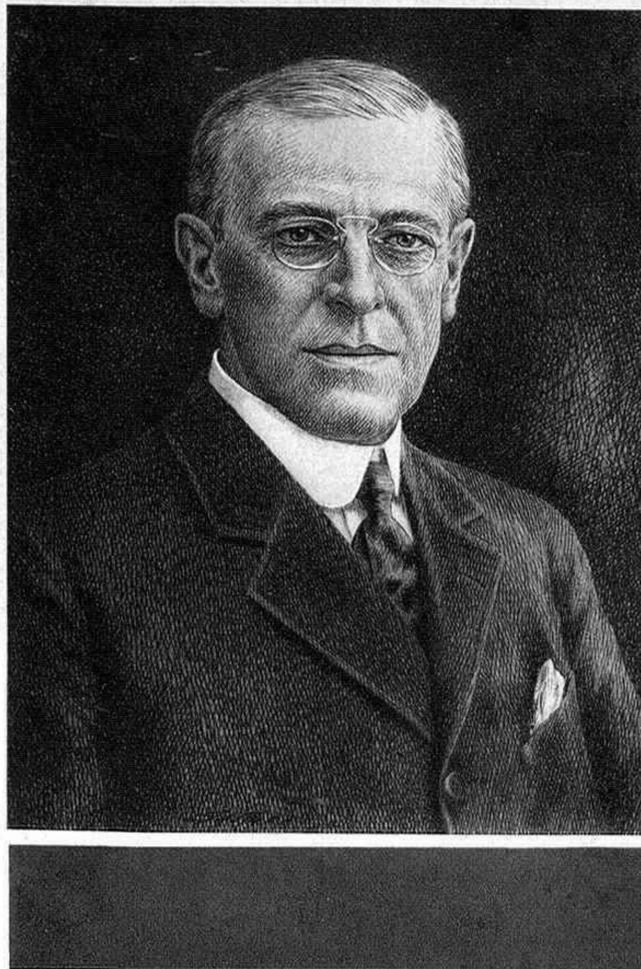
En nuestro empeño de contribuir cada día más eficazmente a la gran obra de la alta cultura nacional, inaugura hoy LA ESFERA una aportación de primer orden: la colaboración del ilustre pensador, sociólogo y político de fama mundial, Guillermo Ferrero.

El nombre de nuestro nuevo colaborador, universalmente reconocido como uno de los más grandes pensadores contemporáneos de la Sociología y de la Historia, basta como máximo elogio. En LA ESFERA, que ha tenido la fortuna de asegurarse las primicias para España de la obra de un maestro italiano, Ferrero tratará, sobre todo, de las altas cuestiones de política internacional, disciplina que cada día requiere orientaciones más definidas y meditadas y en la que Ferrero es maestro de maestros desde su primera gran obra «La joven Europa», que conmovió hondamente al mundo latino y fué, en cierto modo, profética.

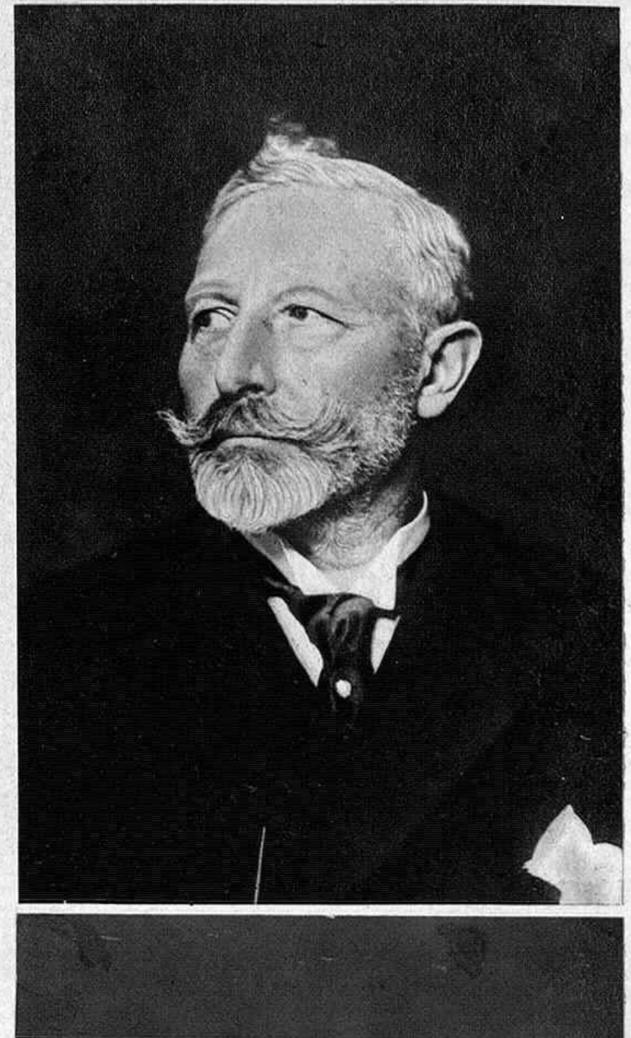
Ferrero, que ha viajado mucho para conocer a fondo directamente todos los países que pesan más en las relaciones internacionales, está singularmente capacitado para hablar del juego de esas relaciones, y su espíritu, honda y penetrantemente filosófico, es el más apropiado para percibir orientaciones y definir situaciones políticas y sociales.

El admirable artículo con que inaugura hoy su labor en LA ESFERA es la mejor demostración de lo que decimos: define admirablemente el momento presente, de universal agitación, y señala con firmeza el deber de los pueblos liberales para orientar el porvenir.

He aquí el artículo:



El Presidente Wilson de los Estados Unidos



El Kaiser Guillermo de Alemania

Pero, ¡ah!, esta vez el desorden no ha hecho más que crecer y propagarse de un país a otro, multiplicando sus formas. No sólo es dudoso que Europa se haya consolidado en estos diez últimos años, sino que el Globo entero parece conquistado por una especie de *delirium tremens* revolucionario.

El optimismo de nuestra generación lucha desde hace diez años contra la persistencia y la multiplicación de los desórdenes. En esos diez años ha visto derrumbarse imperios, desaparecer dinastías, sucederse los golpes de Estado; a las revoluciones más diversas, organizar sus falaces mascaradas, y se ha obstinado en creer que todos esos acontecimientos eran excepciones aisladas incapaces de conmover el orden universal. Examinad la religión, la filosofía, la literatura, el pensamiento jurídico de los diez últimos años. No encontraréis casi ninguna traza de ese desorden político y social que invade el mundo. Jamás han sido estudiados los problemas metafísicos más abstractamente en sí mismos, como si no tuvieran relación ninguna con el derecho de mandar ni con el de obedecer, que nuestros antepasados no perdían nunca de vista cuando trataban de filosofía o de teología. En la mitad de la Tierra los hombres luchan porque no están de acuerdo en cuanto a los principios, según los cuales es necesario reconocer a los que tienen el derecho de mandar y a los que tienen la obligación de obedecer; la literatura parece que no se ha enterado aún.

Europa y América, Gobiernos y pueblos, ¿comenzáis a ser impresionados por esas sacudidas sísmicas que se han sucedido durante los diez años en todos los continentes y en todas las direcciones? La inquietud que ha ganado los medios políticos y financieros de todo el mundo, y que las elecciones alemanas han aumentado aún, puede hacerlo creer. Para resistir a tantos acontecimientos significativos sería necesario que el optimismo de nuestra época fuese ceguera.

Por esta razón, algunas consideraciones generales sobre las causas y los caracteres de esos desórdenes podrán ser útiles a todos los que—más numerosos cada vez—desean comprender para poder actuar. Si el mal político tiende a generalizarse, no es en todas partes el mismo; orígenes y desarrollo difieren de un país a otro. Es necesario no olvidarlo nunca.

Se puede hacer de todas esas crisis políticas tres grupos: el asiático, el europeo y el americano.

El grupo de revoluciones asiáticas—China, India,

Persia, Turquía—es anterior a la guerra mundial e independiente de ella. Fué en Asia, madre de reyes y de profetas, y en Constantinopla, donde la gran crisis política, cuyos enormes desarrollos vemos, comenzó en 1908 con la revolución de los Jóvenes Turcos, que obligó al sultán Abdul-Hamid a otorgar una Constitución occidental. A esta primera sacudida sucedió otra más violenta en China, en 1911: derrocó a la dinastía manchú. En toda Asia, en las Indias y en Persia, como en Turquía y en China, Europa zapaba desde hacía un siglo, con su comercio, sus ideas, sus conquistas, sus intrigas diplomáticas y su política de intimidación y de presión, las bases del antiguo régimen. La guerra mundial, la caída del imperio ruso y el derrumbamiento del imperio turco precipitaron la crisis. Ahora, todo el Asia está agitada por una fermentación política, bajo la cual se oculta un doble movimiento contradictorio, que, por una parte, impulsa a los pueblos asiáticos a adaptarse algunos elementos de la civilización occidental, y por otra, a servirse de ellos para sustraerse a la influencia europea. De Angora a Calcuta, Asia busca en Europa armas contra la misma Europa. Este es el espíritu de todas las revoluciones asiáticas.



El grupo de las revoluciones europeas, incluyendo los golpes de Estado—Alemania, Austria, Hungría, Rusia, Italia, España, Yugoslavia, Bulgaria y Grecia y Polonia—, tiene tendencias y orígenes diferentes. A excepción de España, en todas partes esas revoluciones y esos golpes de Estado fueron consecuencia de la guerra: de la derrota, en Alemania, en Austria y en Hungría; del agotamiento producido por la guerra, en Rusia, en Italia y en Yugoslavia; dificultades que surgen en la organización de un Estado nuevo, en Polonia. En todas partes representan la última parte de la lucha entablada en Europa con la Revolución francesa, entre los dos principios de autoridad: el hereditario y el electivo. En todos esos países la monarquía intenta las últimas resistencias, tomando casi en todas partes caretas revolucionarias. Esto es lo característico de la última fase de la lucha. Nada más significativo que lo que ocurre en Alemania: Hitler ha conseguido desencadenar en las masas un fuerte movimiento antirrepublicano, antidemocrático y antiparlamentario; pero dándole el aspecto de un movimiento socialista. Es

La revolución mejicana parece el último residuo de la gran crisis que trastornó la América latina cuando logró sustraerse a la Corona de España



Estampa del hambre en Rusia, el espectro terrible incubador de tantas revoluciones



necesario no olvidar que el golpe de mano bolchevique de 1917 ha sido financiado por los Hohenzollern agonizantes; ese contrasentido es el que nos permite sondar en toda su profundidad la horrible herida que está desgarrando a Europa.

El grupo de las revoluciones americanas es más misterioso. La revolución mejicana es anterior a la guerra mundial; es, pues, independiente de la convulsión europea. Pero la revolución mejicana, como los trastornos que desde hace algún tiempo agitan la Améri-

ca del Sur, parecen el último residuo de la gran crisis que trastornó la América latina cuando logró sustraerse a la Corona de España. Organizar Repúblicas en países casi todos muy vastos, y todavía muy poco poblados, no era empresa fácil; hubo un largo período de dificultades—golpes de Estado, dictaduras, revoluciones, guerras civiles—, que en Méjico ha durado, con interrupciones, más tiempo que en Argentina o en el Brasil. En los últimos treinta años, casi todos los Estados suramericanos habían hecho progresos políticos y administrativos considerables; el orden y la libertad se consolidan en todas partes en la prosperidad. El mundo pensaba que por lo menos los Estados más importantes de la América española habían franqueado para siempre el período de la iniciación turbulenta.

Hoy es necesario reconocer que esa conclusión era demasiado precipitada. Los sucesos de la Argentina y del Brasil han hecho tan viva impresión en Europa porque han parecido recaídas en una enfermedad que se creía definitivamente curada. ¿Han contribuido Europa y la guerra mundial a provocar esa recaída inesperada? Es posible. La guerra mundial ha sido para toda América un verdadero Eldorado. El aumento rápido de todos los precios ha provocado una prosperidad fabulosa. Un poco aturdidos por la lluvia de oro que los sumergía, esos países no han atendido a las perturbaciones que la prosperidad y la guerra producían en los gobiernos y en la vida social de todos los países, aun de los neutros. Cuando la ola de la prosperidad ficticia se retiró, se hizo sentir la perturbación política más fuertemente. De ahí las reacciones que comenzaron.

Es posible que hayan obrado también influencias psicológicas. Son perceptibles, por lo menos, en la Argentina, donde la revolución parece haber sido provocada por la tentativa de establecer un poder personal con carácter dictatorial. El

Ahora, toda Asia está agitada por una fermentación política, bajo la cual se oculta un doble movimiento contradictorio...





La revolución en las grandes ciudades de Rusia—hordas castigadas por el hambre—fué siempre trágica, sangrienta

Ejército fué el brazo de la nación, que no quería la dictadura. Hubiese prestado un gran servicio al país si aquella primera violación de la legalidad no hubiese traído como consecuencia, como suele ocurrir, otras violaciones.



La zona del desorden crece, la inquietud aumenta y la crisis económica general se agrava. En ese desorden, la fortuna de las clases ricas se evapora. ¿Qué puede hacerse para tratar de contener el mal?

En Asia parece que Europa no puede hacer más que resistir, en tanto que pueda, con los medios militares y políticos de que dispone. La crisis tiene causas tan profundas, que escapa a la acción del espíritu occidental. Pero en Europa y en América todas esas crisis son consecutivas a un desorden psicológico, contra el cual sería necesario y se podría reaccionar. América ha sido arrastrada á la zona del desorden por el ejemplo de Europa, y si una parte de Europa se agita en el desorden es porque no obedece á una dirección. Desde 1815 á 1914 Europa ha estado sometida a una idea, a un principio, y, consiguientemente, a una dirección, por las dinastías que habían hecho la paz de Viena. Esas dinastías habían logrado imponer a Europa, como fundamento de la autoridad, el principio hereditario de la monarquía, subordinando y limitando el principio democrático de la soberanía del pueblo, representado por la Revolución francesa, por la Constitución inglesa y por la democracia de la América del Norte. Se puede juzgar como se quiera a la monarquía y a las doctrinas que son su base; no es dudoso que durante un siglo (de 1815 á 1914) las dinastías han conseguido hacer de Europa una unidad y un modelo de orden que han servido a todo el mundo occidental, incluso a las Repúblicas nacientes de la América española.

Las más poderosas de esas dinastías han sido destruídas en 1918 y 1919. De las cortes germánicas y de la gran corte eslava del Norte la dirección moral de Europa hubiese debido pasar a los países representantes del otro principio de autoridad hasta entonces subordinado, pero en lo sucesivo, predominante por el derrumbamiento del principio monárquico, a Francia y a Inglaterra, y en proporción menor—por el alejamiento geográfico—á los Estados Unidos. Por sus diplomáticos, por sus hombres de Estado, por sus partidos políticos, por sus periódicos, sus juristas, sus



Un grupo de soldados rojos en Moscú calentándose en una hoguera encendida en una plaza pública.

historiadores, sus escritores y sus filósofos, esos países hubiesen debido decir al resto de Europa y América: «No hay más que dos principios de autoridad: el que nosotros representamos y el que representaron los Hapsburgo, los Hohenzollern, los Romanof. Un pueblo puede vivir con uno u otro de esos principios, o intentar una combinación de los dos; no tiene que hacer sino el esfuerzo necesario para gobernarse con el régimen representativo. Toda tentativa para resucitar el absolutismo monárquico, disfrazándole con la máscara de las doctrinas revolucionarias, que deben realizar maravillas, no es sino una aventura más o menos futurista, que conducirá, más pronto o más tarde, a la guerra civil o a la guerra general. No se crea de la noche a la mañana un nuevo principio de autoridad; requiere una larga preparación, y ninguno de vosotros, antiguos súbditos de las monarquías absolutas o semiabsolutas, le posee...»

Europa y América estarían mucho más tranquilas si esa idea hubiese sido emitida, puesta en circulación, impresa en el espíritu del mundo, como, después del Congreso de Viena, la idea

de que Europa no tenía que hacer revoluciones ni Repúblicas fué impuesta por las dinastías de 1815. Nada semejante se ha hecho. Francia é Inglaterra se han reconcentrado en sí mismas para curar sus heridas, que eran graves; los Estados Unidos han vuelto la espalda al viejo mundo. Las tres grandes potencias liberales han parecido admitir que cada pueblo puede buscar y encontrar una solución particular, como si se tratara de una materia en que fueran lícitos todas las experiencias y todos los caprichos. Entregados a sí mismos los pueblos que no sabían cómo gobernarse, se han lanzado a aventuras derechistas o izquierdistas. Rusia dió el ejemplo con el bolchevismo. En diez años, los imitadores no han hecho más que aumentar. Después de tantos otros, ¿se dejarán tentar Alemania y los grandes Estados de América del Sur?

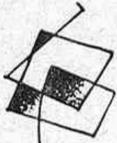
Así el desorden aumenta y el mundo se convierte en una torre de Babel. Es necesario reaccionar, y para reaccionar es necesario que los países que están desde hace siglos á la cabeza del movimiento liberal encuentren fuerza para dar una dirección al espíritu del mundo, que se descarfa...



Una de las últimas y rápidas revoluciones fué la de Buenos Aires, donde los días los adictos a Irigoyen (la foto está tomada ante la redacción de «La Calles») fueron saqueados

GUILLERMO FERRERO

CUENTOS BREVES



UN SEÑORITO



A lo largo de aquellas dos vidas un destino cruento cuijó, sin descanso, de encender y avivar llamas de odio. A veces, enroscadas en el tronco de sus almas, parecían extinguirse, y tiempo y tiempo estaban allí ocultas, hasta que el primer viento, azotándolas, las enlazaba en una ascensión de rencores contenidos.

Los dos sentían en sus venas una corriente salobre: el veneno de una obsesión de venganza diluido en palabras que oyeron en sus hogares cuando, muy niños, apenas si podían intuir qué siembra de sal iba echando en el huerto de sus almas la rivalidad de sus mayores. Y fueron creciendo con una querella tan mezclada a la esencia de sus vidas, que al verse convertidos en hombres no hubieran podido vivir, si de pronto se les hubiera secado la fuente de aquel odio.

En el gris y hundido paisaje moral del pueblo en que vivían, esta torpe pasión hizo de ellos dos grandes montañas en las que dos volcanes arrojaban de tiempo en tiempo sus materias encendidas.

Hubo un instante de grandeza bárbara en aquellas dos vidas rivales. Dueños a medias, por juro de riqueza, de aquel lugarón y de sus tierras, quisieron adueñarse ambos, en pertenencia lícita, de la única mujer que convenía a su orgullo y a sus respectivas posiciones. Y los espíritus de la tragedia, queriendo ensombrecer más aquellas conciencias en liza, ordenaron que la veleidad femenina diera a uno esperanzas, antes de entregarse al otro. El vencido apaciguó sus escozores desgarrando con la calumnia la honra de la veleidosa y la respuesta del marido fué un tiro que malogró la obscuridad de la noche.

Después, unos años más sin que los volcanes abrieran aquellas montañas de rencor... Y otra vez frente a frente. Ni mediadores con afán de paz, ni litigio con sanción de jueces, pudieron cortar aquella pugna que renovaba un interés: el deslinde de una finca volvió a sacudir la entraña de aquella malquerencia, y como si hubiera sido el torrente que desborda el cauce, ambos se aprestaron a liquidar, cara a cara, el viejo pleito de aquellas dos vidas irreconciliables.

Para esquivar el posible encuentro de algún jornalero madrugador, abandonó el ancho camino guiando su caballo hacia una trocha, entre torrenteras y barrancos. Era aún plena noche, y su silencio estaba lleno del estremecimiento de las cosas: de las ramas azotadas por el viento; de las guijas que los cascos del caballo lanzaban a los barrancos; del temblor de unas estrellas tan frías y tan blancas que llevaban al alma reflejos de cosas muertas. Y todas estas sensaciones tensaban su conciencia, disparándola hacia unos espacios que no sabía si estaban en un pasado oscuro y remoto ó si se anunciaban en una nebulosa de cuya entraña iba a salir un mundo palpitante para sus deseos.

Se burlaban de él sus temores, sus presentimientos, sus angustias, que en escolta de jauría en rastro le mordían en la carne. «Vuelvete, pobre hombre—le decían—. En lo hondo de tu ser hay una voz que clama por la vida, y tú vas a una encrucijada en la que espera la muerte. ¿Que te lleva a ella? ¿Tu coraje? ¿Tu hombridad? Eso llamas tú a esos malos instintos que no encuentran otro defensor más razonable que el metal de tus balas. ¿Crees que la vida es pasión irrefrenable y fuerza ciega? ¿No adivinas dentro de tí, entre ese cieno áspero y flenso en el que vegetan, hozando, las pasiones, un chorro limpio y puro, una luz resplandeciente que son murmullo y reflejo de este inefable misterio que te rodea en esta hora en que la vida, por callada, austera y enigmática, es tres veces sagrada...?»

El relincho de un caballo próximo ahuyentó a la blanca bandada de estos pensamientos, y los dos rivales se encontraron cara a cara. Sonaron unos tiros; un cuerpo cayó a tierra, y un jinete cruzó, sangrando los ijares de su bruto, por entre los olivos retorcidos, que quedaban allí como testigos eternos de aquel bárbaro crimen.

Tendía los brazos en desesperados afanes y hundía las manos hasta remover la tierra y sentir la humedad de debajo de su costra. Y el puñado de esta grata, fresca lo llevaba a sus labios, que se abrasaban en un fuego que venía de sus entrañas. Roto su sensorio, ni distin-

guía formas, ni coordinaba ideas, y sólo la quemazón de su sangre forjaba, con lo que quedaba de recuerdo semilúcido, sueños de ríos desbordantes, de fuentes cantarinas, de lluvias torrenciales, que las devoraba en el aplacamiento de su sed. Después, ni sed tuvo. Entró en la augusta y fría serenidad que es anuncio de la muerte, y tuvo una mirada amorosa para el amplio cielo que le cobijaba. Como si fuera su conciencia la que se asomara a sus ojos, miró, ya sin miedo, a su Destino, y advirtió la trágica equivocación de su vida, igual a otras muchas que iban incubando su tragedia bajo aquella inalterable serenidad cósmica que le envolvía. Había sido «un señorito»; lo que en muchos pueblos de España es todavía «el señorito»: soberbia, incultura, poderío, riqueza... Le habían enseñado, como a todos los de su casta, que tener es poder, y la enorme energía de su vida estalló siempre para atropellar lo que era impedimento a sus malas pasiones. Ahora, en el trance supremo de la muerte, advertía la esterilidad y el fracaso de su existencia, y elevaba su recuerdo hacia las vidas colmadas de afanes santos de trabajo; hacia los que por haber nacido donde ninguna riqueza existía, todo lo que en la vida alcanzaron fué riqueza; hacia los que pensando que saber y conocer es superior tesoro a tener, llenaron su vida de un conocimiento comprensivo que ponía las riquezas en el lugar que les corresponde. Envidió a los que viven, que son los que hacen de la vida un sacrificio por su esfuerzo y un goce por su comprensión, divina mezcla: sombra y luz, risa y llanto de la existencia.

Allí quedaba, extendida por la amplitud de los campos, la riqueza en la cual asentó él la razón de su soberbia. ¡Vana ilusión! Todo aquel tesoro no traía a su espíritu ni la brizna de un consuelo; lo hubiera traído, apaciguando su angustia, el recuerdo de una acción noble, de un trabajo provechoso, de un sentimiento puro, de una obra fecunda y humana. Pero nada de esto, que es razón de ser y de vivir, podía llegar a consolarle en su bárbara agonía. Había sido lo menos que se puede ser en el mundo. Había sido, ¡Dios le perdone!, «un señorito».

(Dibujo de Manchón)

EMILIO PALOMO



«La Catedral de Córdoba»,
acuarela de Enrique Marín

PRIMAVERA

POR
LORENZO
ROLDÁN

DECORO E ILUSTRACIONES
ARISTO-TÉLLEZ

Novia Primavera: campiña florida, estación fragante que aromas la vida, todo lo engalana, todo lo embellece con resurgimientos de nuevos amores, y bajo el sol mágico tú siempre pareces una blanca novia cubierta de flores.

Dama Primavera: novia enamorada, de lirios y rosas la frente nimbada. Los campos, sedientos de luz y alegría, extienden su manto de gemas brillantes, se esfuma del alma la melancolía y se unen con besos las bocas amantes.

Gentil Primavera: juventud dorada, junto a ti mi alma presiente extasiada, en dulces quimeras, como en un ensueño, toda la grandeza de un divino amor, y el sol luminoso, fecundo, abrileno, hace que el capullo se convierta en flor.

Primavera lírica: pájaros cantores, que trovan endechas de dulces amores, luciendo el tesoro que hay en su garganta. Sobre la enramada, junto a la laguna, incensan las rosas, y el ruiseñor canta sus penas divinas al claro de luna.

Bella Primavera: sol resplandeciente, bosques perfumados, parque floreciente, trigales henchidos de un áureo tesoro. Flor color de sangre, bermeja amapola, cuyo polen liba mariposa de oro, y parecen una bandera española.

Maga Primavera: jardines floridos; las aves, cantando, fabrican sus nidos en un dulce idilio de paz y de amor. Y las golondrinas, amables viajeras, retornan en bandas, volando ligeras sobre los frondosos pomares en flor.

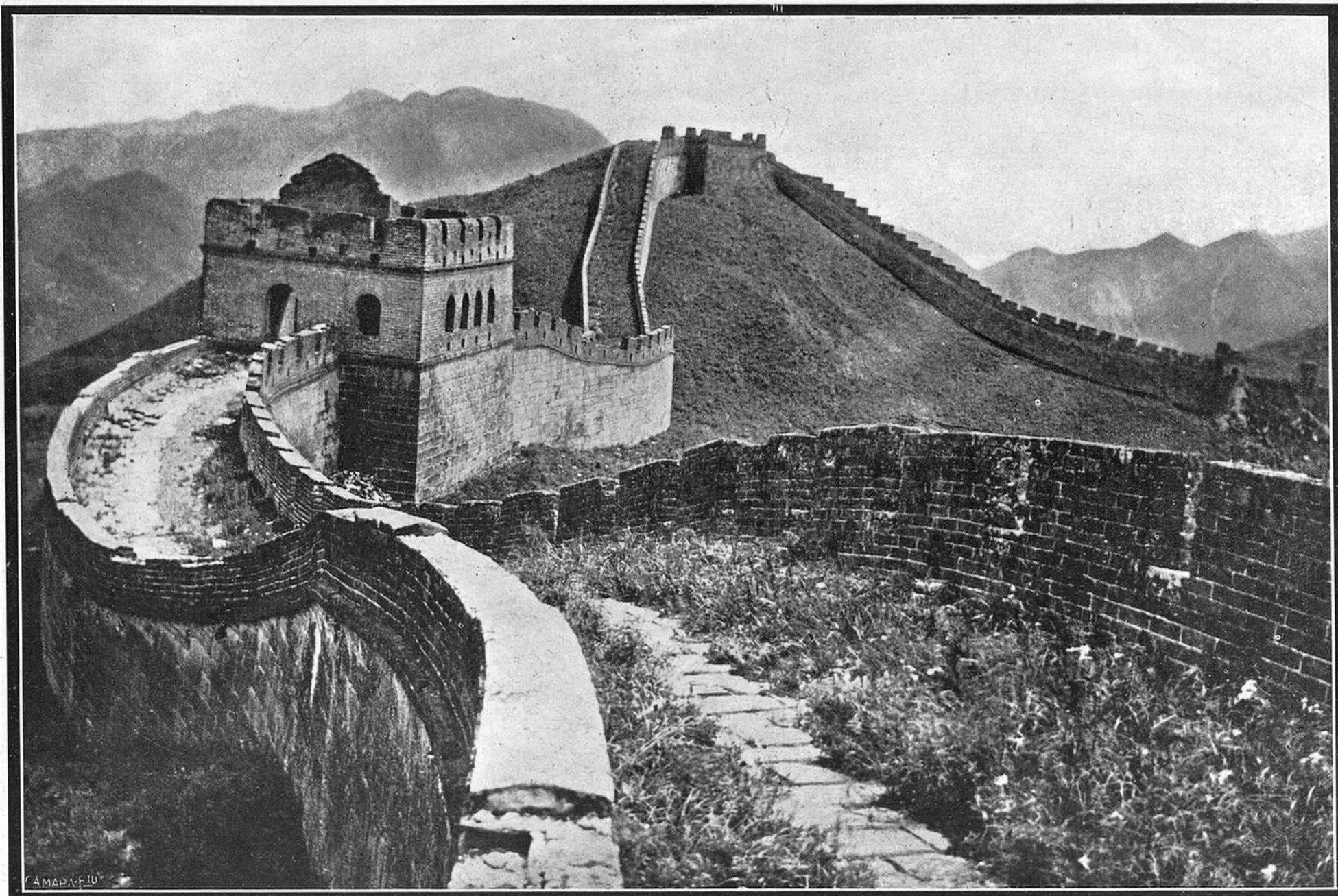
Hada Primavera: trajes transparentes, se visten de largo las adolescentes, rompen su crisálida las niñas de ayer. Y en una eclosión de gracias y aromas, se ondulan sus cuerpos, florecen sus pomas, y surge, radiante de luz, la Mujer...

Primavera amable: que cubres de flores las viejas heridas de antiguos amores, tus noches idílicas tienen tal virtud, que llenan la mente de músicas bellas, la boca de besos y el alma de estrellas, como en un retorno de la juventud.

LORENZO ROLDÁN

Lorenzo Roldán, el ilustre poeta, tan conocido y estimado de los lectores de LA ESFERA, acaba de publicar un libro de versos—«Españolas»—en el que se hermanan la gallardía y la emoción de las poesías con el lujo de la presentación. Por las páginas de este volumen desfilan siluetas de mujer, horas de amor y de galantería evocadas con magnífico acierto por este fino poeta que es Lorenzo Roldán. LA ESFERA reproduce hoy una de las poesías que figuran en este hermoso libro, que ha de obtener, con toda seguridad, un éxito fervoroso de crítica y de público





La famosa muralla de China en las proximidades de Pekín

CIVILIZACIONES PRETÉRITAS

GRANDEZA Y DECADENCIA

UNA de las más grandes autoridades científicas, especializado en las cuestiones asiáticas, el doctor K. Edmunds, director del *Collège Chértien*, de Cantón, ha declarado recientemente que los ingenieros de la China antigua legaron a la posteridad tres obras colosales que jamás han sido igualadas en el mundo: la Gran Muralla, el Gran Canal y los muelles de la bahía de Hangckow. La primera de esas tres grandes obras nos es casi familiar, gracias a las frecuentes alusiones que sugiere a los escritores. Pero familiaridad y conocimiento están aquí muy lejos de ser sinónimos. ¿Qué sabemos de la Gran Muralla, de su edad, de sus dimensiones? En realidad, no se sabe exactamente cuándo fue comenzada la gigantesca barrera. Todos los cálculos dan unos treinta siglos, y, sin embargo, está bien conservada en casi toda la longitud de un inmenso itinerario. Las piedras fueron unidas con un cemento cuyo secreto de fabricación se ha perdido.

Los comienzos de la Gran Muralla no pudieron ser más modestos, y no hacían presagiar en manera alguna su grandeza. Al principio no constituía sino una línea de torres, levantadas sobre los pasos de las montañas frontizas o a orillas de los ríos que contaban esa línea. No fué hasta cinco siglos antes de nuestra Era cuando un príncipe, Tchoung-chan, ordenó a sus súbditos la construcción de murallas entre esas torres. Nadie ha seguido esa interminable red, que partiendo del golfo de Petchili, dependencias del mar Amarillo, va a perderse en las soledades

del Turkestán oriental, después de haber atravesado el norte de la China y una parte del Thibet.

El viajero que parece haber recorrido mayor distancia de la Gran Muralla es un ingeniero americano, mister Frederick Clapp, especializado en la investigación de yacimientos petrolíferos, y que ha pasado algunos años en el noroeste de la China. Tomamos algunos da-

tos y cifras de un notable libro que acaba de publicar. La gigantesca barrera no presenta ninguna unidad arquitectónica. Su altura, que es de 7 metros, por término medio, alcanza 18 en otros sectores. Su anchura o profundidad en la base varía entre 5 y 8,50 metros, y en la altura, entre 4 y 6 metros.

La construcción de la parte oriental de la muralla, de más de 2.000 kilómetros de longitud, representa una suma de trabajo colosal. Las canteras de granito de donde fueron extraídas los enormes bloques se hallan a muchas docenas de leguas, y es para preguntarse cuántas generaciones de obreros se emplearon en tallarlos, y luego en transportarlos a las cumbres de las montañas o al fondo de los barrancos. Y es precisamente en esa parte oriental (la más accesible a los visitantes extranjeros) donde la Gran Muralla aparece como una obra formidable, que para honor del genio chino relega al segundo plano las Pirámides de Egipto. La misión de la Gran Muralla era la de detener o retrasar las incursiones de los pueblos del interior del Asia. Pero si libró a los celestes de numerosas invasiones, no impidió a los tártaros y mongoles el conquistar por tres veces todo o parte del inmenso Imperio. Sin embargo, su misión concluyó ha varios siglos con la irremediable decadencia de los thibetanos y de los mongoles, que el lamaísmo, hijo espúreo del budismo, embruteció completamente, hundiéndolos en la mayor de las degradaciones.



La puerta de Woochang, una de las más importantes de la muralla

JUSTO FORNOVI

Miguel Fleta ha debutado en Madrid como primer actor cómico

Si alguna vez no pudiese cantar, se dedicaría a representar comedias

HA transcurrido ya todo el primer acto, lento e ingenuo, de *Zaragüeta*, la *master-piece* del género cómico de hace cincuenta años, cuando Vital Aza y Ramos Carrión hacían desternillarse de risa a nuestras abuelas en el Teatro Lara... Estamos ahora en la Princesa—feudo señorial de doña María Guerrero, hoy convertido en Escuela de Declamación, como homenaje, el más respetuoso, a su memoria insigne—y asistimos a un festival privado, a base de uno de esos programas de buena sociedad en que alternan una piecicita cómica, un recital—o dos—de poesías y dos ó tres partes de concierto, con su soprano, su pianista y su *divo* correspondiente, amablemente invitado para «cerrar con broche de oro la brillante velada»...

El periodista ha entrado en la Princesa sin conocer ese programa, por descansar su imaginación indiferentemente, al rún-rún de un espectáculo honesto. «¿Quiere, que vayamos esta noche a una función de aficionados?», le han propuesto, y él ha aceptado con un «Bueno...», que lo mismo pudo servirle para aceptar el tedio musical-luminoso de un *cabaret* o el frío dramático de una carrera de galgos en el Stadium... La cuestión era pasar la noche en cualquier parte.

De pronto, a mitad del segundo acto, entre los esforzados aficionados que incorporan los tipos de Doña Dolores, Doña Blasa, Maruja, Carlos, Don Indalecio y Don Saturio, aparece en escena Don Hermógenes Zaragüeta, el usurero madrileño, viejo, sordo, tímido y ladino, que centra la comedia. Insensiblemente, la representación se anima, el movimiento escénico adquiere un inusitado ritmo de interpretación profesional... Don Hermógenes llena con su apocada presencia, taimada y renqueante, el prócer escenario que ilustró tantos años de gloria la planta imperial de aquella comediante única...

¡Qué prodigio de caracterización, qué seguridad de ademanes, qué finura de matiz en los sentimientos mezclados de avaricia y desconfianza que mueven al viejo Matatías!... El color cetrino del rostro enflaquecido y ganchudo y las manos esqueléticas y temblorosas; la apariencia de autenticidad capilar del bigote y la peluca, blancos y ralos; la estudiada propiedad del traje, raído y sórdido; y sobre los valores de ficción de la máscara, el dominio absoluto del arte de la expresión: una dicción perfectamente clara; un papel bien aprendido, sin un bache, sin un titubeo; una rica variedad de gestos, todos certeros, para expresar las mil y una argucias de una sordera de conveniencia, y una extraordinaria vivacidad en las pupilas, que diríanse deladoras, por su brillo, del oro que han visto la noche antes en las ocultas arcas del viejo avaro prestamista...

¿Quién es este actor de una vez que tenemos delante? No recuerda a ninguno de los primeros actores conocidos, y, sin embargo, puede competir, desde este instante, con los mejores... Preguntamos a nuestro vecino de butaca, y nos dice, entusiasmado, como nosotros mismos:

—Es Miguel Fleta, que por broma ha querido interpretar un papel cómico.



En el camarín donde Fleta—el auténtico tenor de ópera, Miguel Fleta, metido por broma

a actor cómico— se descaracteriza, para presentarse de nuevo en escena bajo la chaqueta del *smoking*, una voz cálida, potente y jubilosa—la voz del *divo* baturo—sobresale por encima del coro de las felicitaciones. Fleta está contento como un chiquillo. Se diría que acaba de llegar a Madrid, por primera vez, desde su Aragón natal, y que esta noche se ha decidido su suerte de artista.

—¿He gustado? Pero, de verdad, ¿he gustado tanto?...—pregunta a unos y otros, entre abrazos y apretones de manos efusivos.

El maestro Fernández Bordas asevera desde sus barbas de «barba» bien caracterizado:

—Es usted tan gran actor como cantante. Le aseguro que es el mejor Zaragüeta que he visto en toda mi vida... ¡Magnífica intuición la suya en el usurero!

—Pues es la primera vez que salgo a escena sin cantar—puntualiza Fleta, gozoso. Y enarcando la caja de

resonancia del tórax robusto, lanza unas notas poderosas, con las que da fe de su humor alegre y satisfecho.

—¿Qué avaros había usted estudiado en escena?—le pregunto—. ¿Conoce usted el de Molière, interpretado por Morano?... ¿Ha visto usted a algún gran actor en Sylock?...

—Yo no he visto más avaros que el de *La hebrea*; una vez a Mardones y otra a Martinelli.

—¿Cuánto ha tardado usted en aprenderse el papel de Don Hermógenes?

—Poco; a ratos perdidos, cuatro días. Como tengo buena memoria... Ahora que esta noche, a pesar de estar entre amigos y no depender de esta prueba nada importante, he tenido tantos nervios como si hubiera cantado en la reapertura del Real...

—¿Y por qué ese miedo?...

—Miedo, no; nerviosismo. Yo nunca tengo miedo al salir a escena; pero como me gusta quedar siempre bien y hacerlo todo lo mejor que puedo, me es imposible evitar cierta preocupación... ¿Comprende? ¿Usted ve esto, que era una broma de amigos? Pues en cuanto empecé a estudiar mi papel, lo tomé en serio. Y quise que ayer vinieran todos al ensayo general vestidos y trucados; pero yo fui el único que se preocupó de ve.as...

—¿Le gustaría a usted ser actor?

—Mientras tenga voz y facultades para cantar, no. Para mí, el placer más grande del mundo es cantar. Pero si perdiese la voz por cualquier causa, no me retiraría de la escena, como otros cantantes. Sino que me haría actor dramático.

—¿A pesar de ser, por la muestra, un excelente actor cómico?

—Bueno; es que también haría papeles como éste. Pero de una comicidad que fuese como la de Don Hermógenes, producto de un fuerte carácter humano, muy] actuado...

Se queda un poco pensativo, frente al espejo. Luego dice, como hablando consigo mismo:

—El mejor día...

—¿Está cerca tal vez ese cambio de frente, Miguel?

—No; por ahora, ni hablar de eso. ¡Viva el bell canto... y la jota!

Después me confía el itinerario de su inminente jira artística por Europa. Saldrá de Madrid el 16 de Enero próximo, para cantar en Atenas el 21; el 24, en París, y el 28, en Budapest, donde tiene anunciadas *Tosca*, *Manón* y *Carmen*. Seguirá a Viena, a Constantinopla, a El Cairo. Al regreso, cantará en Zagreb, en Praga, en Ginebra y en Estocolmo... Miguel Fleta volverá a Madrid el 15 de Marzo. Para entonces, si la Asociación de la Prensa organiza una función en beneficio de nuestra entidad e invita al gran cantante, éste—estoy seguro—aceptará gustoso, siempre que sea para representar un papel dramático o tragicómico en una obra sin música. Y—estoy seguro también—se llenaría, con esta sola atracción, cualquier teatro. El público, en premio a esta confianza en el talento artístico de Miguel Fleta, no saldría defraudado. Palabra.

JUAN G. OLMEDILLA



Miguel Fleta en el Don Hermógenes de «Zaragüeta», papel que representó en el Teatro de la Princesa, recientemente (Fot. Albergo y Segovia)



En caso de accidente grave

por

A. Hernández Catá

CUENTOS DE «LA ESFERA»

Al disiparse de súbito la niebla, Nueva York apareció escenográficamente, a proa, como un hacinamiento de cajones gigantes que, también de pronto, mostró por innumerables ventanas que un incendio interior lo consumía.

Ya a esa hora no era posible desembarcar, y hubieron de pasar la noche desvelados de impaciencia entre los fuegos fatuos y las constelaciones multicolores que sin cesar surcaban el puerto. Cuando amaneció, los puentes empezaron a dibujarse en la pantalla del alba; la estatua de la Libertad destacó ya muy a popa su enfático ademán de mitin, y los rascacielos ofrecieron su magnífica pujanza de babeles vengadoras del milenario y palurdo castigo de Jehová.

Mientras algunos conocedores iban señalando ante miradas atónitas los nombres de los edificios y su elevación, un hombre, solo, proyectado el busto sobre la borda de la segunda clase, bombeaba el pecho y apretaba los puños, exaltado por la fuerza de la ciudad y por la impaciencia de fundirse en ella. Tendría veinticinco años; era moreno, fornido, con un surco vertical—de tesón—en la frente, y un doble relámpago—de inteligencia—en los ojos.

Al iniciarse la marcha hacia los muelles se dispuso a formar en la fila que había de pasar ante las autoridades del puerto; pero primero realizó varias respiraciones gimnásticas, que revaluaron todos sus músculos, y después lanzó al mar, en un pronto supersticioso, la deteriorada cartera que había guardado hasta allí sus documentos.

Su salud era perfecta: no temía, pues, a las autoridades sanitarias; ningún documento le faltaba: los de la inmigración no podían inquietarle; y por lo somero de su equipaje, los mastines de la aduana no podrían retenerle ni un cuarto de hora.

Así fué. Poco después de atracar, dejaba detrás todas las inquietudes del desembarco, y a solas con la inmensa inquietud de su destino, se enfrentaba con la primera fila de casas de la ciudad. Casas bajas y viejas, casi sórdidas, á poca distancia de la Wall Street, real y simbólica, donde la estatua de Washington guarda la puerta de la Tesorería y el edificio engañoso de la Banca Morgan marca el norte crematístico del Universo.

Con su maleta a cuestas, y opriniéndose de tiempo en tiempo el chaleco, para palpar el bulto de su dinero y sus documentos, anduvo un rato indeciso y se detuvo por imperativo freudiano de su temor ante un escaparate. Entre cien objetos, se exhibían en él unas carteras de bolsillo. Penetró en la tienda y compró una. Ante el primer compartimiento, recubierta con transparente celuloide, estaba la tarjeta de identidad, y se puso a llenarla en seguida: nombre, dirección, nacionalidad... En el renglón último se quedó un instante perplejo. «En caso de enfermedad o de accidente grave, avítese a...», decía. Pero la incisión le duró apenas, y con letra segura escribió su nombre.

Con letra aún más segura que el resto, por automa-

tismo; porque el nombre que puso era el suyo verdadero y no el puesto en el pasaporte, comprado a un cónsul suramericano que se jugaba las nacionalidades a la ruleta. ¡Ah, lo mismo que burlaba las leyes inmigratorias de la despótica República burlaría cuantas compuertas cerraran el camino de la riqueza! Al poner su verdadero nombre y una dirección absurda cerraba el círculo de su aislamiento. Por eso sonrió con orgullo.

Del hombre antiguo no había de quedar nada. Nació aquel día. Su primer paso era el dado fuera del muelle, en la ciudad enorme, en donde se es un átomo imponderable o un protagonista del mundo. Quemar las naves entraba en su raza y en su carácter. No olvidaba, no, haber oído decir que a quien caía en Nueva York le pasaban por encima ocho millones de seres insensibles a toda piedad. ¿Y qué? Los primeros pisotones serían los únicos dolorosos; los demás gravitarían sobre piltrafas de carne insensible... Además, él procuraría no caer. Sobre la historia obscura de la multitud de parias estaban las resplandecientes de los medros miríficos... Cien millonarios empezaron su vida en los oficios más humildes. El último, el inventor del «Fotomatón», atravesó la Siberia a pie hasta alcanzar un puerto chino, y de San Francisco a Nueva York tardó casi un año, en etapas trabajosas, sin lograr reunir, sino a fuerza de tiempo y privaciones, los ochenta dólares precisos para patentar el invento que iba a transformarlo de esclavo en dueño de la vida.

Porque él también traía un invento, capaz de interesar a los financieros. Y traía, además, recursos para subsistir seis o siete meses. Si en ese tiempo no triunfaba, no merecía el triunfo y era justo dejar el puesto a otros. Soledad y tesón debían ser sus normas. Quien lleva un tesoro sobre sí ha de temer toda compañía y taparse la boca hasta en sueños. La isla de Manhattan había de ser para él lo que la isla oceánica para Robinsón.

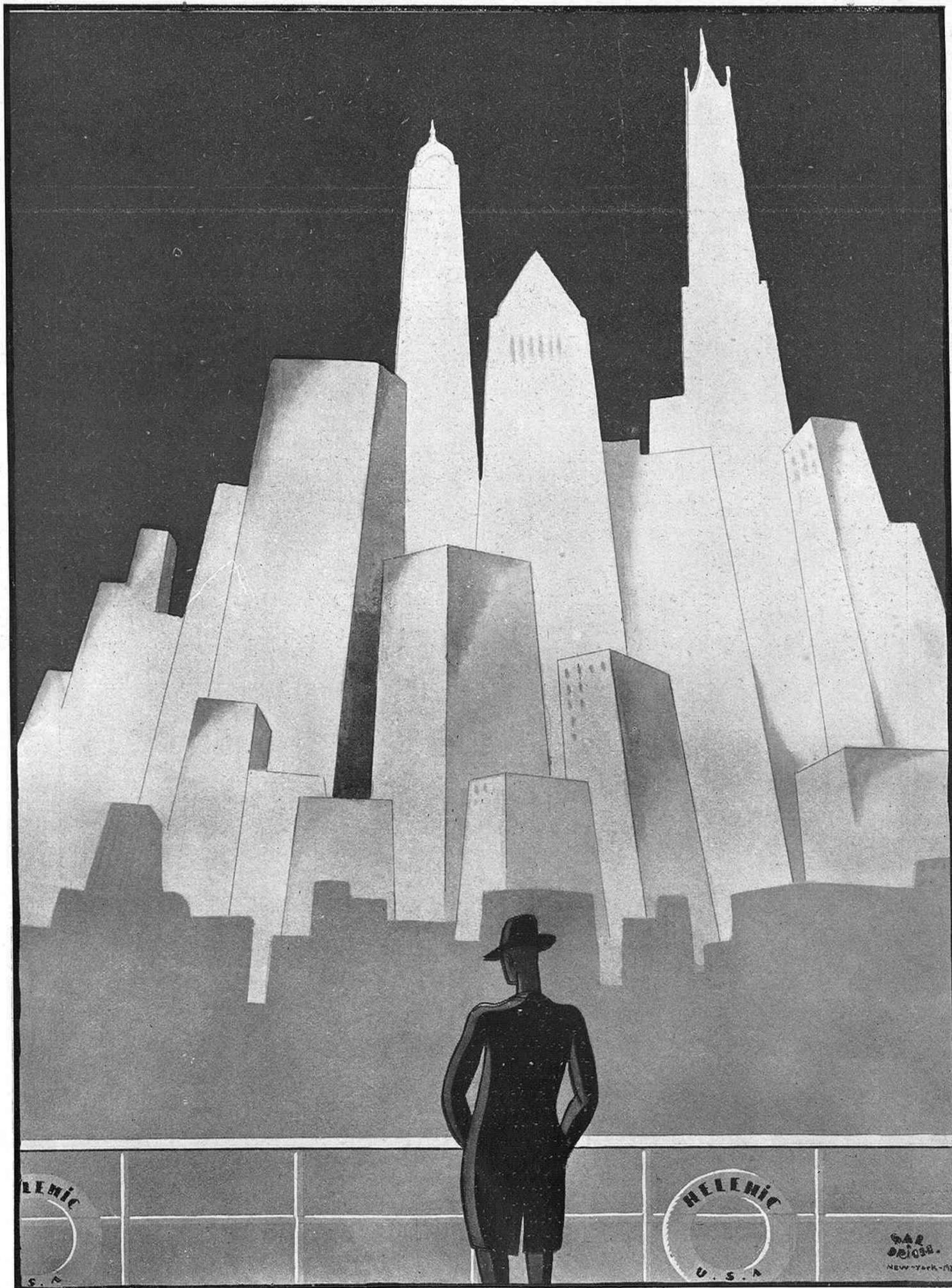
«El no necesitaba amigos, no necesitaba familia! Secamente, aritméticamente, como quien quema las naves sentimentales, rompió, meses antes de embarcar, con los parientes que le quedaban, ofendiéndolos sin motivo, para evitar la posibilidad de una reconciliación si después la adversidad frustraba sus sueños. A nadie participó su viaje. Amonedó cuanto tenía, compró los documentos de identificación de Dios sabe quién, y adoptó tan bien su nueva personalidad, que le causó una especie de risa seria al ir a escribir en la tarjeta la persona a quien debieran dirigirse en caso de accidente grave, recordar su verdadero nombre. Y lo escribió con el ademán triunfante de quien cierra un círculo. ¡Ya estaba solo en el desierto donde ocho millones de seres humanos no conocían otra deidad que la fortuna, ni otra veleidad que la prisa! La alternativa era encumbrarse o dejar morir a manos de la desesperación y la miseria al segundo ser albergado en su cuerpo, con la misma indiferencia con que había «suicidado» al primero, dándole por mortaja el papel de un pasaporte falso.

Y una existencia de precauciones comenzó; de precauciones tan extremas, tan apretadas cada hora por el bramante de la voluntad, que el alma y hasta la materia comenzaron a congestionarse a fuerza de no desnudarse jamás el corsé férreo que lo aislaba de toda compañía y daba hasta a sus monólogos ese sabor de silencio y de amargura de las corrientes subterráneas.

Por lo pronto, era necesario aprender, volver a aprender el inglés. Sus estudios anteriores se estrellaban contra el hablar rápido, contra las elisiones y los modismos yanquis. Mientras estuviera sin lengua y sin que su diestra pudiese fijar sin peligrosa ayuda todos los pormenores técnicos precisos para la solicitud de la patente, su soledad debía ser absoluta. Sin duda, una muchacha cualquiera—la que le taladraba los tickets en el restaurante, donde no había criados—podría facilitarle el aprendizaje, escribirle la Memoria quizás. Pero, ¿acaso no se conocía á sí mismo? ¿Acaso un pasaporte y un nombre nuevos podían quitarle la memoria de lo que «el otro» había hecho y deshecho por las mujeres? Unos ojos risueños o turbios, una boca de sabor a fruta o de sabor a sangre, podrían ablandarle, perderlo. Y, además, aquí, donde hasta en las puertas de los teatros había visto hombres con las mandíbulas apretadas, cual si en vez de ir a una diversión fueran a un combate, ¿serían las mujeres lo mismo?

Por si estas aprensiones fueran pocas, leyó en uno de los *magazines* donde practicaba su inglés un cuento en el cual cierto inventor era objeto de saqueo científico por parte de un compañero de hospedaje. ¡Ah, a él no le ocurriría eso, no! Acción y silencio serían sus normas. Ni una franqueza, ni un amigo, ni un beso suavizado por palabras confidenciales. Mejor no besar, no hablar. Dialogaría consigo mismo frente al espejo, si la marejada mediterránea de charlatán le apretaba mucho. De todos los fardos de los muelles, de todas las manufacturas de la inmensa ciudad, ninguno debía contener o fabricar sus escrúpulos. En sus paseos por Bowery y por Wall Street—el barrio de los atracos personales, la calle de los atracos financieros—, al través de indumentarias diferentes, no era difícil identificar los mismos rostros resueltos á todo. También él estaba resuelto a callar hasta que le llegase su hora.

Pero callar durante mucho tiempo no es tarea sana. Y el inventor necesitó de una energía que comprometió su salud para realizar todo su programa de abstinencias. Madrugaba y estudiaba inglés dos o tres horas; luego entraba en la biblioteca y seguía estudiando electricidad y mecánica; después, tras un frugal almuerzo, iba a «oír» en las aglomeraciones, en los carros del elevado ó del subterráneo; y todavía, por las tardes, leía en su cuarto en alta voz, para trasladar el idioma de las orejas a los labios y transformarlo de pasivo en activo. Cuando el cansancio amenazaba contagiarse al alma, y un desfallecimiento lo invadía en los crepúsculos, antes de que la pulverización solar, falsificada eléctricamente, triunfase de la noche en los barrios céntricos,



Nueva York apareció escenográficamente, a proa, como un hacinamiento de cajones gigantes...

alteraba su presupuesto y penetraba en un *speakeasy*, para elevar con un poco de alcohol la presión espiritual. Y a favor del brebaje, las esperanzas aletargadas adquirían elasticidad nueva.

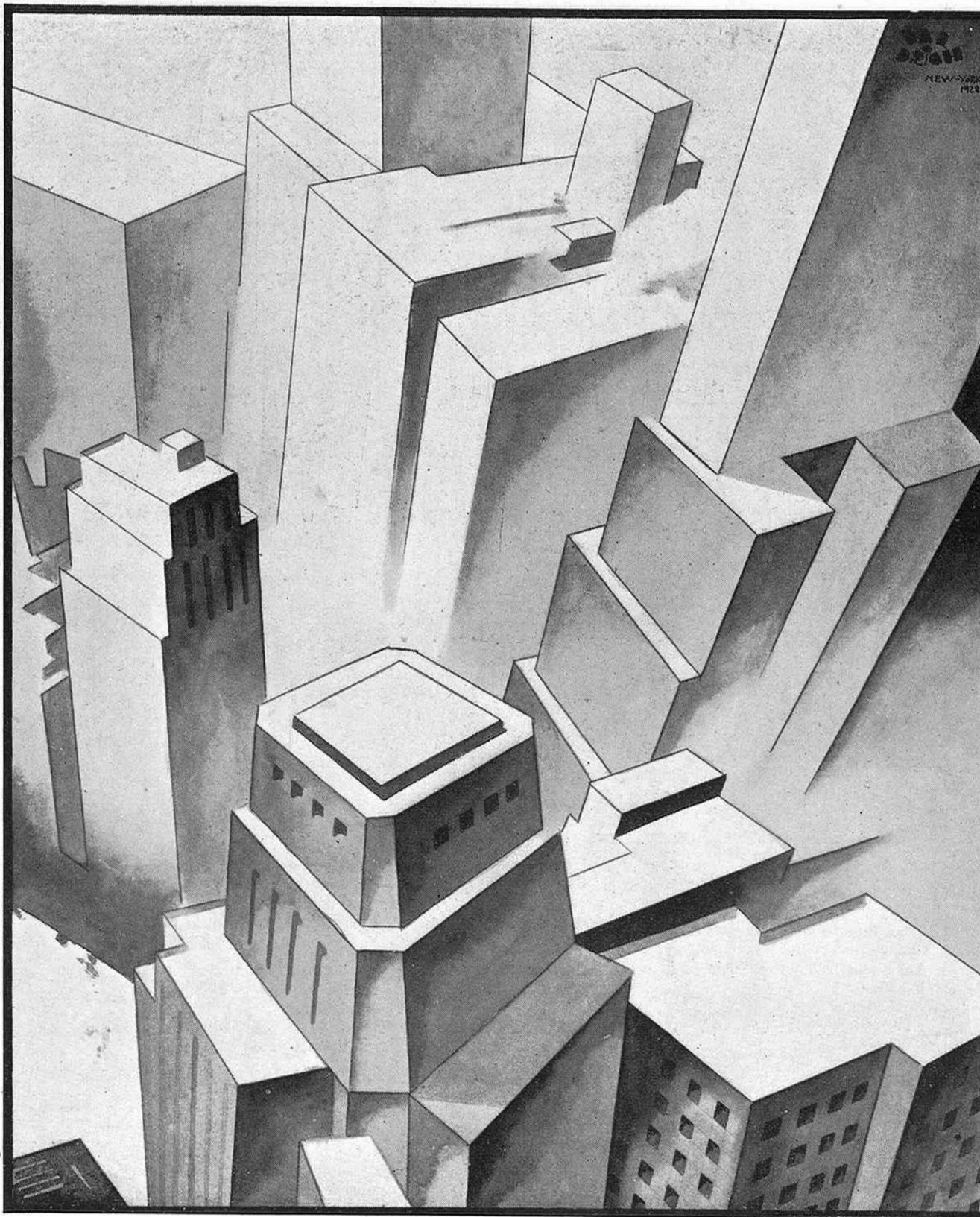
Pero cada vez esa elasticidad era menos intensa y más fugaz. La naturaleza se usaba en aquel esfuerzo de sacar de sí misma todos los jugos vitales. Una envidia hosca a las parejas callejeras, a los gestos plácidos, empezó por desafinar sus nervios antes de que la conciencia lo advirtiese. El tumulto, el egoísmo del tráfico urbano, con sus pisotones y codazos; el ruido de metodizada catástrofe del elevado y del «sub»; la imposibilidad de sustraerse al ritmo ansioso de aquella vida: cuando las primeras semanas estimuló su magnífico atletismo interior, comenzó a deprimirlo. Por dos veces, al regreso de la biblioteca, el encuentro con varios carteros prodújole irritación. ¡A él nadie podía escri-

birle ninguna carta! Los parientes repudiados se vengaban en sueños, y escenas afectivas ajenas hasta en la infancia a su carácter se mezclaban con imágenes de riqueza y de pobreza máximas, con fantásticos talleres donde millares de obreros trabajaban en su invento, con persecuciones, con robos..., mientras sus párpados estaban cerrados y entreabierta por una respiración con algo de estertor, su boca.

Al fin, la solicitud y la Memoria estuvieron listas, y las presentó en la oficina de marcas y patentes. Los días en que, con el recibo bien plegado en su cartera, detrás de la tarjeta de identidad, anduvo en espera del informe de la Comisión técnica, fueron para él casi felices. Cuando terminó el plazo y estuvo otra vez ante la ventanilla, le dijeron que no se podía expedir la patente por haber ya otra similar, la R. C. 2.62c L., a nombre de mister Charles T. Rayan, expedida un mes antes.

El empleado, hecho a manejar el mazo de la decepción, no menos homicida que la horca o la silla eléctrica, se enfrascó en seguida en otros papeles, sin reparar ya en el hombre que salía tambaleándose. Por un esfuerzo formidable, antes de ganar la puerta, volvióse para preguntar la dirección de mister Rayan, y la apuntó con letras temblonas. De nuevo en la calle, tardó mucho tiempo en medir por completo la importancia de lo que acababa de ocurrirle. Sentíase desgraciado, pero no más que otros días. Ni siquiera al escribir a quien no sabía si le había hurtado la invención de sus papeles o de su cerebro se dió cuenta de otra cosa que ésta: lo citaba en la calle y no en su casa, para tener testigos y poder resistir a la tentación de estrangularlo.

La cita era en Times Square—encuentro de tantos tedios y tantas desesperaciones—, dos días más tarde.



En esta espera tampoco fué muy desgraciado. Su espíritu, en absurdo asueto, apartábase de todas las meditaciones y hasta le permitía sonreír, cantarrear. De tan desocupado como estuvo, a poco llega tarde a la cita. La señal convencional para reconocerse lo puso junto a un hombre mejor trajeado que él, joven aún, americano probablemente. Durante un minuto no supo qué decirle, porque su cerebro empezó sólo entonces a valorar las consecuencias del fracaso. Eran cuatro meses y casi todas sus reservas perdidos; y algo más importante, de añadidura: lo que sirve al cuerpo y al alma para estar verticales, roto dentro de sí. En la conversación con Rayan tuvo la sorpresa de hallarlo casi tan triste como él y de comprobar que le bastarían a él unos cuantos meses de trabajo para orientar el mismo principio científico hacia nuevas aplicaciones capaces de ser patentadas sin obstáculo. Fué una inspiración repentina, el canto de una inmensa cortina de tela de araña abierta a una perspectiva radiante. Pero la visión se oscureció en seguida: él había dado todo su rendimiento y nada podía ya. Aquella varilla rota dentro de él impedíale todo esfuerzo. De su picl de zapa no le quedaba nada, nada... Era preciso cumplir su programa hasta el fin y dejarle el espacio a otro... El interlocutor, mientras tanto, le explanaba las dificultades para hallar socios, y le confesó que la invención no era suya, sino que había sido comprada, la víspera de inscribirla en el Registro, á un alemán hambriento. Esto lo sacó de su pasividad, produciéndole una exaltación colérica, que se manifestó en miradas violentas sin palabras. «¡El invento le había sido robado! ¡Robado por alguien que ni siquiera supo sacarle todo el partido! Ahora recordaba que un día no rompió los papeles en pedacitos bastante minúsculos; además, soñaba alto y los muros

de la casa de huéspedes eran delgadísimos. ¡No, la cosa no iba a quedar así, no podía quedar así!»

El otro se encogió de hombros y aprovechó una aglomeración de gentes para darle esquinazo. Debió creerle un vesánico y tomarle miedo, porque cuando al día siguiente, ya poseído por extraña calma, fué á buscarlo, en la casa le dijeron que se había mudado a toda prisa, sin duda huyéndole.

Mudarse de barrio en Nueva York equivale a mudar de planeta. Quedábanle las posibilidades de una investigación policíaca; pero, ¿para qué? Quién sabe si también un pasaporte falso cubría a aquel otro paria. Era mejor renunciar, rendirse. Sí. Y entonces la exasperación tomó en él una apariencia de fría jactancia, de voluptuosidad negativa. Soñador de absolutos, comprendía la imposibilidad de exigirle a su ser la energía necesaria para empezar de nuevo, y se colocó voluntariamente en el extremo opuesto del triunfo, entrevisto en las optimistas quimeras. El no tendría que barrer suelos ni que fregar platos; no sería de esos despojos humanos absurdamente apegados a la vida, que se acercan a los policías a pedirles un «níquel» para pagar el Metropolitano y pasear por su fosa, a velocidades terribles, el cuerpo que para morir sólo necesitaba ya estarse quieto. Puesto que había jugado todo a una sola carta y había salido la contraria, sólo le restaba pagar.

En vez de economizar, menudeó sus visitas a los bares clandestinos. El alcohol profundizaba su ira, añadiéndole una veta de vanidad; puesto que ya le habían robado una vez, que le robasen otra, la última. A ver si le robaban la vida también. Y se paseaba, al caer la tarde, por cerca de los muelles y por todos los lugares tenidos por peligrosos, en espera de que un malhechor, un bienhechor, le ordenase alzar los brazos mientras

otros lo desposeían, lo golpeaban y lo echaban al río. En verdad, lo que pretendía era ahorrarse el suicidio. Mas como la Muerte suele desconcertarse un poco cuando en vez de huírsele se la busca, paseó noches y noches por entre riesgos, inmune. Una voz interna, más débil cada vez, decía: «Cálmate, trabaja, es tiempo aún.» El escupía y se encogía de hombros. La infancia no vivida antaño subíale de lo hondo del ser levada con hondos fermentos, y el negativismo de los niños, la contumacia, la complacencia sarcástica ante la adversidad cegaba a la reflexión cuantas fuentes hubiesen podido alumbrar decisiones sensatas.

Por fin, una tarde otoñal, casi perdido entre las nieblas ablandadoras del río, sintió el golpe esperado; y fué tan fuerte, que comprendió que era el último que iba a darle la vida. ¡Ah, quizás no fuera de mano de hombre aquel golpe tremendo; tal vez se hubiera ido á meter él mismo contra un tranvía o un autobús!... Sentía la presencia de su cuerpo en cien dolores y el sabor de su propia sangre en la boca. Era mucha, mucha, y como si el beberla pudiese infundirle nueva vida, la escupió con la postrera voluntad. Tres ideas, no obstante, pasaron claras y raudas por su mente; la primera, de vanidad póstuma: «No se trata de un accidente; han querido matarme; míster Rayan». La segunda, que iban a pasar por encima de su cuerpo diez y seis millones de suelas crueles. La tercera, que ojalá no se le hubiese roto la cartera al caer, para que pudiesen ir a buscar en vano a su otro yo responsable del accidente grave. A esta idea última quiso sonreírle con burlesca sonrisa. Sus labios ya no obedecieron.

Después todo fué paz, viaje ingrátido, sombra.

A. HERNANDEZ CATA

(Dibujos de Baldrich)



La avenida principal del jardín de las Tullerías, el delicioso parque parisino

GLOSAS

EUGENIA DE GUZMÁN

RECIENTEMENTE ha publicado el señor marqués de Villa-Urrutia, en la linda colección de *Vidas españolas del siglo XIX*, una curiosa biografía de la condesa de Teba, Emperatriz de los franceses por su matrimonio con Napoleón III. Creo que después del libro de monsieur Paleologue sobre la bella granadina no hay otro más substancioso y atrayente que el de este malicioso y agudo diplomático español, que a sus ochenta años bien corridos se dedica a escribir, con amorosa delectación, las andanzas y desventuras de aquella bellísima hija de la condesa de Montijo, que conoció todos los mimos y todos los azotes de la Fortuna. El marqués de Villa-Urrutia conoce muy bien la historia política y diplomática del siglo XIX. Sus acres y hasta salaces monografías sobre Fernando VII, donde se despeja todo, desde las intrigas de las antecámaras hasta los secretos de alcoba, le acreditan como un sagaz historiador y como un risueño y despreocupado hombre de mundo. Contando recientemente las peripecias del «general bonito», que fué aquel buen duque de la Victoria, más esclavo de los caprichos de la consorte que de las exigencias del cuarto de banderas, explica con aguda malignidad cómo los soldados de fortuna no saben prevenir nunca en nuestra Patria los acontecimientos políticos más elementales, que ellos sacan siempre de quicio, provocando alarmas y tempestades en todas las conciencias civiles. Narra y glosa muy bien el señor marqués, y la donosura y picardía de sus comentarios son celebradas a cada paso por el lector más hoscó y exigente. Los capítulos que consagra en este libro a relatar la niñez y la mocedad de los dos tiernos retoños de la Montijo—de Paca, que fué, andando los tiempos, duquesa de Alba, y de Eugenia—son verdaderamente deliciosos. Aquellos salones madrileños de mediados del siglo pasado, aquellos pollos como Pepe Alcañices, Mariano Osuna y Luis Jacobo Stuart, aquella calle del Sordo y aquel palacio de la plaza del Angel, aquella finca de Carabanchel, no se borrarán nunca de nuestro recuerdo. Floja sobre este singular escenario la sombra de Próspero Merimée y de Enrique Beyle, acariciando las dos nenas y corrigiéndolas sus temas de francés. Y las que han de ser luego Emperatriz y duquesa, respectivamente, no desmienten un momento el carácter impulsivo e impetuoso de sus ascendientes, su temperamento meridional, su gracia granadina y su educación castizamente española.

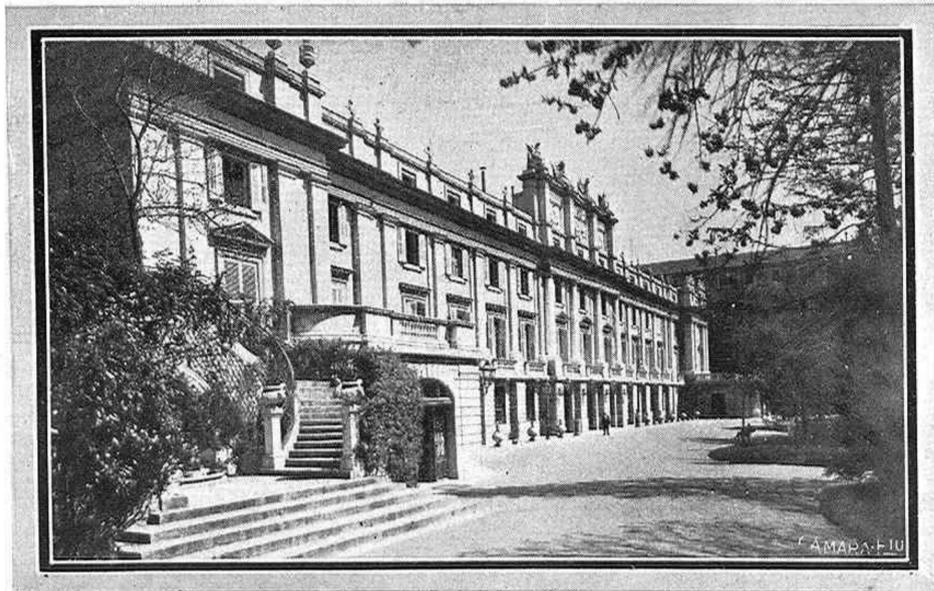
¿Cómo fué la Emperatriz? ¿Intervino acertadamente en los destinos políticos de su marido y de su Patria de adopción? ¿Merece los apasionados comentarios, los ultrajes de que fué víctima Eugenia de Guzmán, a raíz de la batalla de Sedán, cuando la caída del Imperio? Bismark, que era un hombre muy ducho en sondear y conocer el corazón humano, tenía la mejor idea de nuestra compatriota. En cambio, Napoleón III era, para el diplomático prusiano, una *grande incapacité méconnue*. Eugenia asumió varias veces la Regencia en ausencia del Emperador. En 1859 intervino la Emperatriz

EUGENIA DE GUZMAN
Condesa de Montijo

—escribe Villa-Urrutia—en el mecanismo gubernamental, ejerciendo la Regencia muy en serio, con plena conciencia de las responsabilidades y de las iniciativas que la correspondían. Sospechaba la Emperatriz que estaba dotada de la más aguda capacidad política. En aquellos momentos entraban las tropas francesas en Milán, y se creyó en el caso de llamar la atención del Emperador sobre la agitación que se advertía en Alemania, singularmente en Prusia, y sobre la conveniencia de reconciliarse inmediatamente con Austria. Prusia había conseguido la movilización de 350.000 soldados para provocar con la amenaza la evacuación de las provincias lombardas. Con la batalla de Solferino, Prusia montó en cólera, y nuestra compatriota logró del Emperador, su marido,

que desistiera de su empresa, firmando el Tratado de Villafranca. Bastante menos afortunada fué la Emperatriz interviniendo en el avispero de Méjico, que dió lugar al fusilamiento de Maximiliano. Pero su momento político culminante fué en los días trágicos de Sedán. Villa-Urrutia nos cuenta el dramático Consejo de ministros que presidió la Emperatriz, días antes de la caída del Imperio y del destronamiento del último Bonaparte. «Estaba pálida, terrible—escribe—, con la mirada dura y flameante de cólera, casi desfigurada por la emoción. ¿Saben ustedes—les gritó—lo que pretenden por ahí? Pues ¡que el Emperador se ha rendido, que ha capitulado!... ¿Creen ustedes esa infamia? Y como no se le contestara nada, volvió á preguntar con una violencia inaudita y casi amenazadora: ¿Lo creen ustedes? Señora—balbució Conti—, hay circunstancias en que el más valiente... La Emperatriz le interrumpió, y su alma, agitada en sus profundidades más recónditas, vertió un torrente de locas palabras. Todo esto duró cinco eternos, cinco espantosos minutos.» Y á continuación añade su biógrafo: «Lo que entonces dijo la Emperatriz á nadie lo han referido Conti ni Filon, que quedaron atontados, anonadados, como si hubiera pasado sobre sus cabezas un ciclón, y Filon añade que lo que ella pensó en aquel tremendo instante no lo creyó mucho tiempo, y cuando supo lo que el Emperador había sufrido, no solamente le devolvió el respeto, sino que le devolvió también, como mujer que era, el amor que desde hacía seis años le había retirado.»

Pero la Emperatriz que nosotros hemos conocido ha sido la viejecita, desterrada la mayor parte del año en Farmborough, o paseando sus tristezas en aquel yate *Thistle*, con el que navegó por todos los mares, recordando la muerte de su hijo entre los zulús. Su viaje al Cabo es el último calvario de la bellísima ricahembra española que para siempre inmortalizara el pincel de Winterhalter. Desde Durbán escribía Eugenia de Montijo a su fiel Petri: «La acogida que recibo en todas partes es conmovedora: ni una palabra, ni un grito; sólo un respetuoso silencio, como el que se procura guardar en la habitación de un enfermo, y la gente descubriéndose a mi paso.» En Madrid, y en el palacio de Liria, propiedad de su sobrino el duque de Alba, moró la Emperatriz en los primeros días de Julio de 1920. «En la mañana del 10 de Julio—escribe nuestro ministro de Estado en unos apuntes íntimos—se sentía muy bien; paseó por el jardín, almorzó con ganas y mucho gusto; pero pocas horas después se quejó de indigestión, sintió frío y se metió en la cama a las dos de la tarde. Alarmados mis hermanos, mandaron buscar al médico, que temió fuera un ataque de uremia por el frío, de que todo el tiempo se quejaba. Al empezar la noche dijo: «Creo que va a pasar». Pero más tarde parece que se dió cuenta de que se aproximaba el fin, y pronunció estas palabras: «Esto acabará pronto...» A las cinco y media perdió el conocimiento, y a las siete y tres cuartos expiró tranquilamente.» Días después se verificaba el sepelio en Farmborough. Sus restos descansan en aquel lugar, al lado de los de Napoleón *el Chico* y de los del pobre Príncipe imperial.



Fachada principal del histórico palacio de Liria en Madrid

José SANCHEZ ROJAS



LAS NUEVAS FIGURAS DEL «FILM»

Marlene Dietrich

Norteamérica no cesa de llevar a sus estudios figuras cinematográficas de todas partes. Hombres y mujeres de Francia, de Alemania, de Inglaterra... Hollywood es la nueva Babel, lugar inmenso y abigarrado en que se escuchan lenguajes de todos los países. Una de las últimas figuras incorporadas al *film* norteamericano es esta gentilísima Marlene Dietrich, actriz alemana que desde ahora trabajará en los estudios estadounidenses. En la pantalla de Norteamérica tendrá un eco universal esta fina belleza pensativa de Marlene Dietrich....



NAVIDAD, AÑO VIEJO, REYES...

HE aquí ya agotados, exprimidos hasta un nuevo año, los tópicos tradicionales de Pascuas. Pasaron ya, y su recuerdo, reciente todavía, se borrará muy pronto, vencido por la llegada de nuevas fechas y de actualidades nuevas.

Panderos, villancicos, melancólico arrancar de la hoja última del calendario. Felicitaciones, tradiciones, frases hechas. Rutina. Ausencia de verdadero símbolo, de comprensión verdadera de lo que estas fechas significan. «Felicidades», nos decimos unos á otros, cumpliendo con ello una costumbre, pero sin dar a ese de-

seo todo su fervor. «Año nuevo, vida nueva», hablamos, quiméricamente, sin pensar que el año nuevo no es sino la vida de siempre... Todo es rutina; rutina pascual, rutina de fecha de ocasión, rueda en el engranaje de la gran rutina de todo el año...

Fiestas, éstas todavía palpitantes, de significado espiritual, de pura raíz simbólica. Y, sin embargo, es en ellas cuando el hombre hace su mayor alarde gastronómico, cuando con mayor avidez y mayor ilusión prepara su mesa. Días clásicos del turrón, del mazapán, del pavo. Vinos. Comer y beber. En la Nochebuena, en

la Navidad, en la Nochevieja, en la jornada primera del año... Apología del estómago. Conjugación del tiempo comer en todos los tiempos y por todas las personas...

Sólo de ese desfile de fiestas se salva una: la de Reyes, en la que el culto del estómago abre paso a unas horas de ilusionada emoción infantil. Es la fiesta más simpática, más bella. En el tejer y destejer de la vida, las Nochebuenas quedan atrás, olvidadas, perdidas en el correr del tiempo. Todos, sin embargo, recordamos como nuestras mejores horas infantiles aquellas de la fe en los Magos...

(Dibujo de Navarro)

LA VIDA VERTIGINOSA DE SARA BERNHARDT

EL 26 de Marzo del año 1930 se cumplieron siete de la muerte de Sara Bernhardt.

¡Siete años ya!, me decía Mary cuando nos encaminábamos a depositar unas rosas de invernadero sobre el rectángulo de mármol que cubre los restos de la trágica en el Père Lachaise, y donde la vecindad de Alfredo de Musset, Rossini, Chopin, Talma, Tamberlick, Rodembach, Ingres, Corot, Daudet, Balzac... parece un índice tétrico de la gloria que pasa.

Todavía quedan testigos de aquella vida y de aquel arte hecho de vértigo y de transporte. Dentro de poco se habrán apagado totalmente los ecos de «la voz de oro».

El ojo frío y curioso del turista tal vez no pueda poner ninguna emoción en el espacio ideal comprendido entre las dos fechas grabadas sobre ese rectángulo de mármol.

LA INFANCIA

Nació en París el 22 de Octubre de 1844. Su padre ausentábase a menudo para largos y lejanos viajes. Como además murió muy joven, su hija Sara no le conoció apenas. Es un personaje muy borroso. Debió ser un buen Don Juan, rechoncho, burgués y mercantil. Su misma hija pudo proporcionar escasas referencias. En cierto pasaje de las Memorias que publicó en 1907 Sara, recordando al autor de sus días, refiere: «...mi padre se hallaba en la China desde dos años antes. ¿Por qué? ¡Qué se yo!»

A su madre, en cambio, la describe con gran amor, y dice: «Ahoraba los viajes. Iba de España a Inglaterra, de Londres a París, de París a Berlín. De allí a Cristianía... Era judía y holandesa. Rubia, menuda, regordeta; pero, con todo, poseía una figura lindísima y unos admirables ojazos azules». Es el verdadero dato romántico y azaroso de su ascendencia. Judith-Julia, la madre, había nacido en Berlín, de una familia holandesa que corría mundo en un carromato. Esta familia formaba parte de una especie de dinastía bohemia muy conocida en las ferias de los pueblos: se les llamaba los Kinsbergen.

En el curso de una existencia llena de aventuras, parece ser que Judith-Julia conoció en el Havre a un opulento negociante, que la hizo madre de una nena: Sara.

Según puede colegirse por la vaguedad de estas notas, extractadas entre una cantidad enorme de biografías, memorias, noticias y artículos de periódico, todo contradictorio entre sí cuando aborda ciertos puntos de la vida de Sara, un cierto misterio vela los orígenes y el nacimiento de ésta. Lo cierto es que el rico comerciante del Havre subvino a los cuidados de su hija. Primeramente se la puso en nodriza, en Bretaña. Luego esta misma nodriza pasó a ocupar una portería en París, llevándose con ella a la pequeña, mientras Judith-Julia recorría Europa de punta a punta. Y, finalmente, al fijar la madre de Sara su residencia en París, la confió como pensionista interna al convento de Grandchamps, situado en las inmediaciones de Versailles y dirigido por religiosas agustinas.

La pequeña Sara ya tiene doce años. Endeble de salud, pero indomable de carácter, pasa por alternativas de altanería y misticismo, igualmente impetuosas. Las pompas litúrgicas, en aquel convento de educandas cuyos umbrales detenían la vida del siglo sin que se filtrase eco alguno ageno a la clausura, produjeron honda huella en su sensibilidad enfermiza y exaltada. «Se apoderó de mí una gran tristeza —dice en sus Memorias—. Me negué a aprender cualquier otra cosa que no fuera el catecismo y la Historia Sagrada: quería ser monja.»

La pequeña Sara brillaba en todas las fiestas piadosas por sus ardores místicos y su raro instinto de artista, cuando llegaba, por ejemplo, la Natividad y dirigía el arreglo de los nacimientos. También intervenía en las representaciones escolares, fiestas de vírgenes y arcángeles, que constituían en aquel encierro el gran espectáculo de las solemnidades.



La eximia Sara en su juventud, según un dibujo de Coraboeuf

presentando *La aventura de Tobias y su hijo*. A la pequeña Sara le correspondió el papel de ángel Rafael...

Fué su primer éxito de comedianta. Las monjas y el cardenal felicitaron y colmaron de caricias a aquella alumna distinguida.

Pasaban los meses. La niña iba creciendo y, al fin, la sacaron de allí definitivamente. Una enfermedad grave, seguida de una penosa convalecencia, determinó que su madre le dedicara una atención más sostenida. Cuando la enferma recuperó fuerzas, mamá Judith se la llevó a París.

SARA NO QUIERE SER ACTRIZ

Quince años. La niña ha cedido el paso a una graciosa adolescente. En el domicilio materno, rodeada de ternura, Sara pronto adquirió por la vida activa aquel gusto irresistible y violento que nunca más tenía que abandonarla. Dato curioso a inscribir en el pórtico de su carrera de actriz: no sólo no sentía vocación alguna por el teatro, sino que su ingreso en el Conservatorio fué muy en contra de su voluntad. La autoridad de la familia acabó imponiéndose por completo, y Sara se lanzó a su nueva existencia.

Su debut en la Comedia Francesa pasó casi inadvertido. Pero aun así, aquel teatro le ofrecía el comienzo de una posición asegurada. De pronto todo se vino al suelo como un castillo de naipes, a causa de la vivacidad de la joven pensionista de la Comedia. Sara discutió con una vieja societaria, se le fué a aquella la mano, y de esta distracción resultaron dos sonoras bofetadas, que dieron con la vieja compañera en el santo suelo, y que obligaron a Sara a dimitir.

ESPAÑA, BELLO PAÍS

Este incidente tuvo repercusiones inmediatas no sólo en la carrera artística de la joven actriz, sino también en su vida de familia. A partir del deplorable suceso, se sintió Sara menos dichosa entre los suyos. Menudeaban las alusiones a la violencia de su carácter, y todas las esperanzas que tenía puestas en el primer teatro de Francia se habían evaporado. Con ayuda de buenas recomendaciones logró luego un contrato en el Gymnase. Conviene observar que hasta entonces no había llamado la atención como actriz bien entendida. Como persona, ya era otra cosa, aunque su gracia no se ajustase con rigor a los preceptos clásicos de la belleza. Frisaba en los diez y ocho. Era una muchacha alta, cimbreña, de movimientos ágiles y tentadores. Sobre la esbeltez ligera de su cuerpo, la cabeza expresiva, poblada con su cabellera de oro, bajo la que se abrían dos divinos ojos claros y se empinaba una nariz picaresca, de alillas siempre palpitantes como si olfateasen la libertad de vivir.

A las pocas semanas de hallarse trabajando en el Gymnase sobrevino de pronto otro incidente de bastidores, y Sara decidió abandonar el teatro y marcharse a España. Acompañábala una *femme de chambre*; salieron por Marsella en buque, y a las seis singladuras de travesía se hallaban en Alicante.

Y ya en España, tierra de sol, de toreros y de bandidos generosos, según las ideas que a la sazón circulaban por Francia acerca de la Península, Sara cuenta sus impresiones del Mediterráneo, de Alicante, y en Madrid, de la Puerta del Sol, de las corridas de toros, que, según dice, la apasionaron locamente...

Allí sigue Sara entregada, según ella, a la dulce inconsciencia de divertirse y olvidar. Un telegrama enviado desde París por una buena amiga la sacó de su atonía, quebrando sus propósitos de quedarse indefinidamente en la Península.



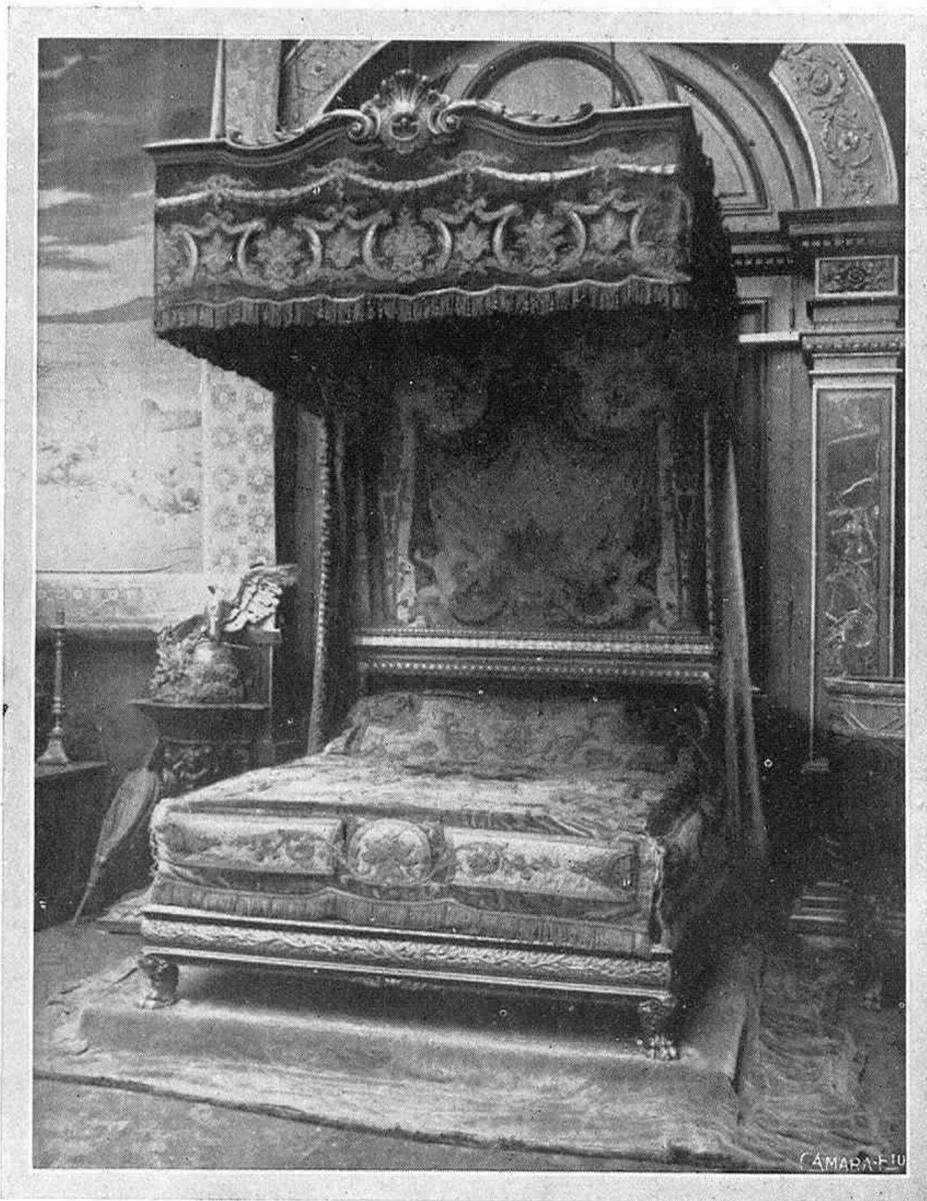
La genial Sara, en «L'Aiglon», la más extraordinaria incorporación de su vida artística

APUNTES PARA UNA BIOGRAFÍA DE LA GENIAL ACTRIZ

SU PRIMERA COMEDIA

Y así fué, en efecto, en el convento de Grandchamps, donde Sara Bernhardt representó comedias por primera vez.

Con ocasión de cierta visita que les hizo el entonces cardenal arzobispo de París, Monseñor Sibour (poco tiempo antes de que lo asesinasen un cura renegado en San Esteban del Monte), las monjas hicieron aprender y ensayar a varias discípulas una obrita re-



La cama de la ilustre actriz, que fué subastada con numerosos objetos de los que pertenecieron a la célebre trágica

etapa de su camino a la universalidad. La vida privada de Sara casi que ya no existe, tragada por la succión monstruosa de su popularidad y de su frenesí. Los viajes y la escena se disputan en adelante sus horas más que nunca. Emprende una *tournee* europea, y en seguida... a América; y apenas llegada a París de esta primera excursión trasatlántica, vuelve a emprender viaje, ebria de movimiento, requerida por todas las naciones a la vez, y de tal modo, que le es forzoso ceder a la solicitud universal: Rusia, Austria, Italia, España, Suiza, Bélgica, Holanda; Rusia nuevamente...

De esta nueva *tournee* Sara regresa llena de laureles, de dinero y... casada. ¡Oh, encrucijadas imprevistas de la vida de Sara! Casada con el señor Jacques Damala, vago diplomático griego, bello como un dios pagano de su país, y que iba a ser, por espacio de algún tiempo, su camarada de aventuras y de escenas. Es el momento triunfal de *La Dama de las Camelias*.

El año 1882 finaliza con otro triunfo considerable: *Fedora*, de Victoriano Sardou, estrenada el 12 de Diciembre de ese año en el Vaudeville. Compra luego Sara, a nombre de su hijo Mauricio, el teatro del Ambigu. Y ya sin interrupción aparece el majestuoso desfile de las obras más célebres del siglo XIX, algunas de las cuales, cortadas a medida del talento de Sara y galvanizadas por la vida que ella al crearlas las

infundiera, llegan con duradera lozanía hasta nosotros.

LOS ÚLTIMOS AÑOS

En 1898 vende Sara la Renaissance, toma en arriendo el Teatro de las Naciones, donde se daban funciones de ópera; le quita el nombre, rotulándolo «Teatro Sara Bernhardt», y al año siguiente reanuda sus maravillosas creaciones. La eclosión de grandes obras continúa. Nuevas *tournees* y nuevas



Sara Bernhardt, en la incorporación de una de las más famosas obras de Sardou

representaciones triunfales: *L'Aiglon*, de Rostan; *Hamlet*, *La Hechicera*, *Juana de Arco*, *La Beffa*, *Los Bufones*, *La Cortesana de Corinto*, *La Virgen de Avila*, *Lucrecia Borgia*, *Francesca de Rimini* y otras más.

1914: la guerra. Sara ha cumplido setenta años. A los pocos meses le practican la amputación de la pierna derecha. El torreo va a derrumbarse.

Y de pronto, ¡oh, oh! la voluntad de vivir reaparece; la voluntad de agitarse, de cantar versos, de electrizar al público, de galvanizar el patriotismo de sus hermanos en guerra.

Durante toda la prosecución del cataclismo, allá va Sara derrochando vigor. En el frente, junto a las trincheras, hay un teatro organizado por un grupo de artistas combatientes. Allí acude Sara. Emprende luego un viaje de propaganda francófila por toda América, y...

EL «FILM» SE HA ROTO

Hecho el armisticio, vuelve Sara a París; hace *Atalia*; emprende una *tournee* poética por toda Francia; crea en Lyon el *Rossini* de René Fauchois; vuelve a París y estrena *Daniel*, *Regina Armand* y una obra del hijo de Rostand, *La Gloria*, donde Sara aparece hierática como una estatua que declamara.

A fines de 1922 ensaya hasta caer enferma, y con un entusiasmo que maravilla a los jóvenes comediantes, *Tema de Novela*, de Sacha Guitry, que ya no había de representar. La tragedia de su propia vida queriendo superarse cuando el cuerpo mutilado y deshecho ya era incapaz de contener aquella alma joven, poderosa y viril; esa tragedia es la mayor de su carrera.

Sara tiene que recluirse en sus habitaciones. La fiebre de la escena no la abandona. Puesto que le es imposible llegarse hasta ella, hace venir la escena hasta su casa.

El cine, sí. Hará películas. Instalan en su hotel un estudio cinematográfico. La obra avanza. Sara multiplica sus energías. Los operadores ruedan las manivelas febrilmente.

Una noche le dicen: —El «film» ha concluido. Y pocos días después, Sara se extingue.

EMILIO GASCO CONTELL

Paris, 1930.

Decía así aquel telegrama: «Mamá gravemente enferma. Ven enseguida.» Y Sara volvió a París, sin dinero, sin amnesia y llena de amargas inquietudes.

ANECDOTARIO

Años después, Sara era la primera figura de la escena francesa, la sucesora legítima de Rachel. Desde su primera representación de *Fedra* conquista a París, y desde París al mundo. Con el éxito aparecen las extravagancias. Sara empieza a esculpir, á pintar; sube en aerostato, escribe las *Impresiones de un sofá*, da tes en su estudio, congregando á las celebridades de la época: políticos, artistas, escritores, generales; duerme en un riquísimo ataúd de palo rosa. A guisa de animales domésticos, tiene en su casa un cachorrillo de pantera y varias serpientes de la India. Es decir, que Sara adopta todas las poses y rarezas necesarias para ser la comidilla obligada de los salones, el eco cotidiano de los diarios, la mujer de moda, emperatriz del esnobismo.

Todo París se ocupa de aquellas originalidades, poco normales y hasta escandalosas. La figura de Sara nutre la anécdota, el epigrama, la caricatura... Y ciertas asiduidades del entonces Príncipe de Gales, futuro Eduardo VII, ápice de los tipos mundanos de París, completan la percepción de aquel momento de la vida de Sara.

LA MADUREZ

No tarda Sara en emprender la carrera veloz y entusiasta á través de todos los teatros del mundo, que ya no se interrumpió hasta su muerte. Cada fecha marcará una



Sara Bernhardt, durante su estancia en la Ciudad Condal, paseaba en una silla de brazos a causa de su lesión en la rodilla

UN EPISODIO COMPLETO DE LA VIDA DE ANICETO

HISTORIETA INFANTIL
TEXTO Y DIBUJOS DE ECHEA

3ª PARTE EPISODIO 14



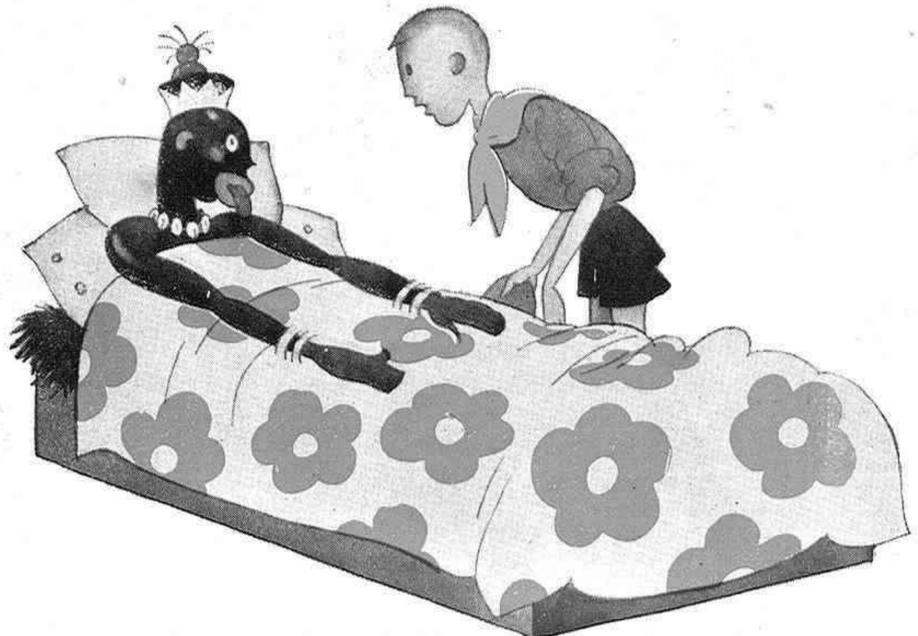
EN el episodio anterior hemos dejado abandonado a nuestro entrañable amigo Aniceto bajo una lluvia de flechas envenenadas, encaramado en lo alto de una esbelta y tierna palmera, y asediado, por último, por lo más granado y escogido de los terribles guerreros los zapilongos, rivales y vecinos de los mandangas.

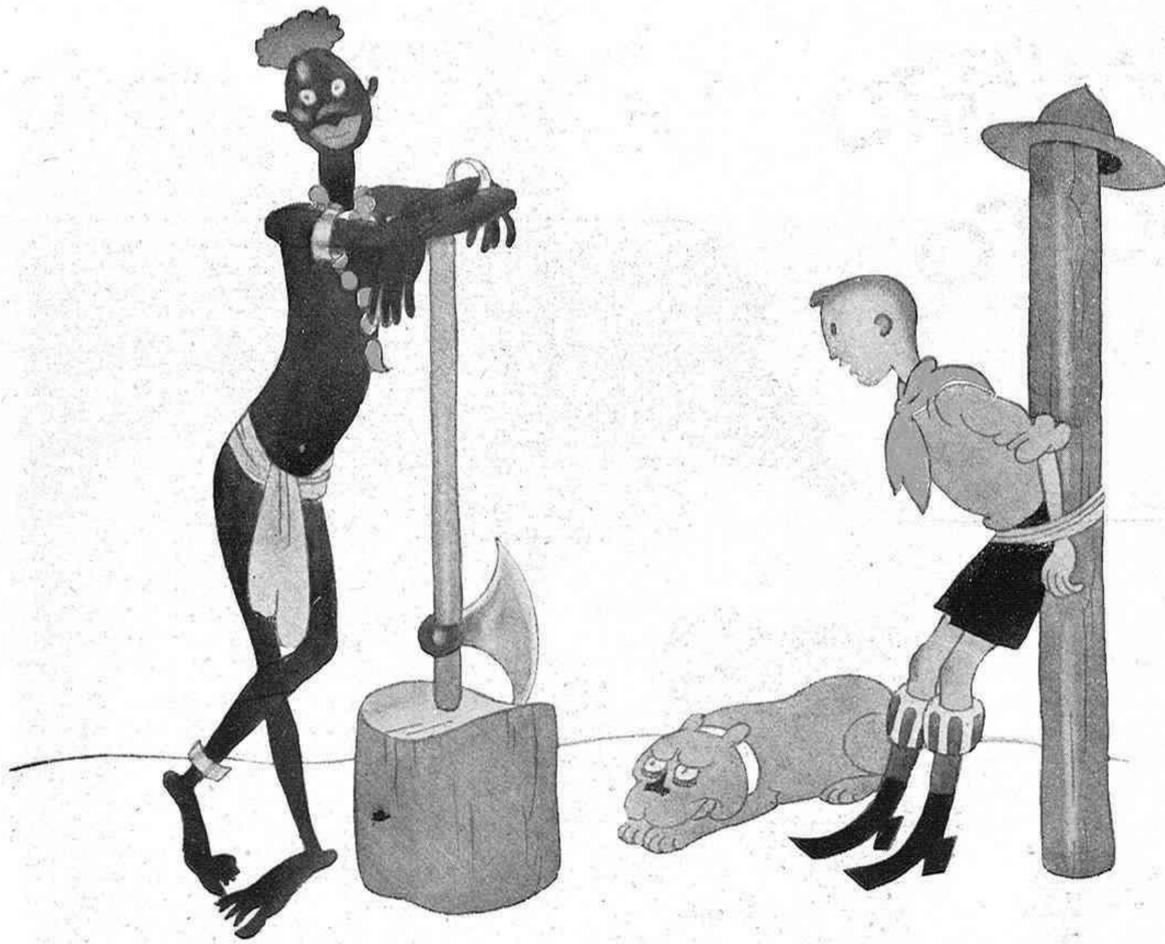
Cuando Aniceto se vió en aquella situación tan comprometida, optó por subir aún más y guarecerse en el penacho de anchas hojas, donde las flechas resbalaban y perdían su fuerza.

La medida era prudente, porque la nube de flechas, lejos de disminuir, aumentaba de un modo continuo. Aniceto no se explicaba bien por qué ocurría aquello de que todo el ataque se dirigiera hacia el árbol en que estaba subido. Pero una simple mirada que lanzó hacia abajo le dió enseguida la explicación de este enigma. La presencia, heroica desde luego, de *Chuleta* y *Catalino* a los pies de la palmera, y su decidido propósito de no apartarse de ella, había atraído la curiosidad primero, y luego la sospecha en los zapilongos, de que algo extraño ocultaba aquel árbol, y seguramente una cosecha digna de no despreciarse. Así es que arrojaron sus ataques hasta alcanzar aquel sitio, desde el que todavía no les habían hecho la menor resistencia. La curiosidad tiene sus obstinaciones, y aunque los zapilongos suponían la clase de pájaro que allí se ocultaba, el interés de cazarlo sano y salvo les hacía tirar las flechas con una prudente violencia para intimidar más bien que para herir. Cuando estuvo cercado el árbol y algunos negros prestos a preparar por él, Aniceto no tuvo más remedio que entregarse.

Pronto se vió rodeado de una veintena de zapilongos que le miraban con contenida curiosidad, así como a sus adláteres, que no se apartaban un momento de su querido amo. Aniceto fué atado concienzudamente codo con codo, y siempre custodiado por dos esbeltos y desarrollados guerreros, emprendió la marcha hacia el territorio Zapilonga, en una inquieta disposición de espíritu, mientras el grueso del ejército se dedicaba a recoger el material de guerra desparramado por el suelo. Como la maniobra, en realidad, no tenía por objeto más que apoderarse de los hombres blancos, los mandangas no sufrieron descalabro alguno en la refriega. Se limitaron a oponer una endeble resistencia, y de ahí no pasó la cosa. Pero Aniceto había sido, como vulgarmente se dice, el único en pagar el pato. Le conducían a marchas forzadas hacia el campamento de los zapilongos ó zapilongas, que de ambas maneras se puede decir.

Aniceto, dadas las aficiones gastronómicas de esta tribu, los miraba con espanto, y ya se veía condimentado con arroz y servido en un gran festín, en el cual él sería el plato de fuerza. Reflexionando de este modo, y pensando en la inanidad





de las cosas humanas, se fueron acercando al poblado principal de los zapilongas. Este se hallaba en el corazón de la selva, la que había que cruzar en una gran extensión. El lugar era encantador; pero a Aniceto le pareció horrible aquel paisaje, donde él creía que iba a finalizar su vida.

En cuanto llegaron al poblado le condujeron directamente a la choza principal. En una especie de camastro yacía enfermo, hacía largo tiempo, el jefe de la tribu, gran sacerdote, gran general, etc., Batikolo I. La enfermedad no presentaba señal alguna exterior que fuese alarmante.

En cuanto se aproximó Aniceto le sacó la lengua, no para que la examinara Aniceto, sino como una señal de cortesía, habitual entre los zapilongos. Aniceto no sabía qué hacer: si darle un remedio camélistico o un trastazo efectivo; tal era la indignación que le producía aquel gándul de la raza negra. Pero decidió no hacer nada y esperar la marcha de los acontecimientos, al igual del más reputado y eminente médico. Abandonó la estancia real mostrando la lengua al Soberano, operación en la que fue acompañado por *Chuleta*, que también mostraba la suya, no por cortesía, sino por calor.

Fue conducido ante un poste y atado a él. A pocos pasos un enorme tajo, al cual supuso Aniceto el terrible empleo que se le daba. Junto al tajo, y apoyando en él una descomunal hacha, el verdugo, a la par cocinero, que tenía la especial misión de velar por su víctima hasta el momento de la ejecución, y, por último, *Chuleta*, acurrucado a su lado y con una cara muy poco tranquilizadora. ¡Pensad, pues, en los momentos verdaderamente espantosos que pasaría nuestro desgraciado amigo atado al poste y en espera de la muerte próxima! Pero todo tiene su fin en esta vida, y Aniceto, al cabo de no sé cuántas horas, se vio nuevamente libre. Es decir, una libertad condicional, siempre vigilado de cerca por los guerreros destinados a su custodia.

Le llevaron nuevamente ante el Rey, que esta vez daba quejidos lastimeros y prolongados. La cosa se ponía fea, y si no hacía algo eficaz Aniceto, veía su cabeza bajo el hacha del verdugo. Y como la necesidad acucia la imaginación, Aniceto encontró pronto el único remedio que podía darle, que obraba en su poder desde el primer episodio de estas aventuras, y que tan bien había sentado a *Catalino* cuando estuvo enfermo. Nos referimos a la célebre caja de pastillas medicinales, y que yacían inactivas en el fondo de un bolsillo del pantalón de Aniceto. Le largó tres al doliente Monarca, y esperó con la natural inquietud el incierto resultado. Si le sentaban mal las pastillas, Aniceto ya se veía hecho picadillo, y en el gran



festín cambiarían el menú, y serían albondiguillas lo que harían con el infeliz Aniceto.

Pero el Monarca, lejos de empeorar, empezó a mejorar rapidísimamente. Empezó a sonreír, luego a reír francamente, y para demostrar su satisfacción y su absoluta curación, saltó de la cama, arrebató a Aniceto su sombrero, y ya dispuesto de esta guisa, improvisó una especie de machicha brasileña de su invención, que tuvo un formidable éxito.

Para qué contaros, queridos lectores, el contento y la gratitud del Monarca y sus súbditos los zapilongos.

Batikolo I primero se negó a que Aniceto se marchase, y le dijo que le conservaría junto a él por toda la vida, destinándole por esposa su hija predilecta la Princesa Karalampiolé, y por residencia el palacio de verano.

Pero Aniceto quedó en que lo pensaría, y se fue a su nueva residencia: el palacio de verano, que, como veréis, ya tenía un centinela para que vigilase a Aniceto.

(Continuará en el próximo número.)



ESTAMPA LÍRICA

SORIA, LA DE MACHADO

DE Burgos hay que salir recitando versos de Guillén de Castro, que se quedan temblando en la galería de los recuerdos al cruzar el arco de Santa María, al pasear por el campo de San Martín...

*A nadie mano se pide
donde está el Rey mi señor...*

En Soria hay que entrar del brazo de Antonio Machado, sencillo y campesino...

*Ciudad de señores...
de portales con escudos
de cien linajes hidalgos...*

Casonas del marqués de Vargas, del conde de Lérica, del marqués de Alcántara, del conde de Fuerteventura, que llenan de un viejo prestigio noble a la ciudad, que guarda las encajeras de cien fachadas platerescas...

En estas callecitas sorianas clavó Machado el lirismo de sus versos profundos, cincelados en el yunque de la prosa recia de Castilla; versos de los pinares, canciones del viento, de la nieve, del campo; cantares del agua, de la alegría, del dolor y de la muerte. Machado jamás se sintió andaluz en esta tierra de Soria. El lo dice:

*Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla...
Mi juventud, veinte años en tierras de Castilla...*

Veinte años en tierras de Castilla han hecho el cezón de este poeta, hermano de Manolo, el del «alma de nardo del árabe español». Antonio se siente en sus versos profundamente castellano:

Campos de la tierra mía...

A esta ciudad, que anidó los grandes amores románticos del poeta, la cifen los brazos blancos de dos carreteras, que han puesto ojeras de polvo blanco en los ojos verdes de las persianas. Las bocas de los balcones se tragan la cinta de las pisadas; estos balcones de las ne-



Claustro románico de la Colegiata de San Pedro, uno de los monumentos artísticos más notables de Soria



La portada románica de la iglesia de Santo Domingo es una estampa mística de un pasado soriano que dejó perennes maravillas arquitectónicas. ¡Santo Domingo! La cruz florenzada, que duerme un sueño de piedra y de siglos, finge una estrella encima del rosetón...

vias buenas, que duermen también, como la ciudad, cuando arrastramos la cadena de nuestros pasos. Acaso temblará un corazón; acaso el hueco negro de una estancia lo apuñale un rayo de luna que dejó entrar la mano pequeña, perfumada y morena, de una mujer que, temblando de dolor de querer, acechaba nuestro rondar de soñadores sentimentales, cargados con el oro de los líricos recuerdos que florecieron un día en la roja carne del corazón...

*Abre el balcón. La hora
de una ilusión se acerca...*

Porque hemos venido de noche, buscando el alma de la ciudad, que se nos mostró desnuda una noche lejana en que hicimos romería de versos de Juan Ramón, de los Machado, de Gerardo Diego, por el rosario de las callecitas sorianas; de noche vinimos para no despertar los recuerdos que mató el dolor, los recuerdos tristes, hitos negros en el camino blanco del alma. Hemos venido del brazo de don Antonio, con sus versos releídos, presos para siempre en la albura de pluma de un libro nuevo:

*Soria, ciudad castellana,
¡tan bella bajo la luna!...*

¡Tan bella bajo la luna! La cruz florenzada del viejo Santo Domingo, que duerme un sueño de piedra y de siglos, finge una estrella encima del rosetón, y por la callecita de la Aduana vieja se va un torrente de la luna. Por esta calle paseó don Antonio su gran amor romántico.

*Tu voz de niña, en mi oído
como una campana nueva
de un aiba de primavera...*

La amada tenía un nombre de princesa: Leonor. El poeta le abrió de par en par el corazón a la niña, blanca y bonita, que luego se le tronchó en los brazos, como un nardo temprano, antes de florecer. El alma del poeta se guareció bajo un manto de crespones:

¡Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería!

Versos que se han quedado junto al «muro blanco y el ciprés erguido», en el alto del Espino—tierra del silencio eterno bajo la alegría del bronce de las campanas—, compañeros del sueño de la niña muerta...

A Soria venimos siempre de noche, porque en el si-

lencio dormido y señorial tiembla el lirismo de un verso profundamente romántico y la esperanza de un amor nuevo que se clave en el alma con fe y con rebeldía. Estas noches de Soria son todavía más calladas que las de Burgos, las de Salamanca, las de Avila la gris, la silenciosa, la fría de Teresita de Cepeda. Allá, en el centro de la ciudad, parten el silencio las risas de unos amigos viejos, tan buenos como los libros viejos, tan fieles como los amores viejos; risas que se escapan por los balcones de un caserón acogedor y se clavan en las casas de enfrente, tan viejas, que parece que van a temblar como esas beatas mañaneras que arrastran el rosario negro de sus botas de paño hacia la Colegiata. Pero estas risas no llegan a las callejas dormidas de los Caballeros, de la Claustrilla, de Numancia... Ni a esta carretera, blanca de polvo y de luz de luna, que viene cruzando calveros desde la tierra del Cid, a cuya vera unos árboles abuelos agitan sus cabezotas verdes. Hay paseo de recuerdos; se asoman a los ojos del alma, temblando, las quimeras; se acarician las promesas que florecieron en el ascua viva de una boca de mujer. La noche, amante y amada de todos los románticos, es celestina de nuestros pasos y nos encamina hacia el corazón de la ciudad—la plaza Mayor—, donde ronca asmáticamente el reloj de la Audiencia, que guarda una cadena interminable de horas. Por la calle del Collado—porches hermanos de los de Salamanca, los de Avila, los de Burgos—se nos clavan en la espalda los ojos de cristal de cien balcones y sonríe nuestra picardía a estas callejuelas discretas, cómplices de la juventud, por las que se escapan los novios que huyen de las viejas que rezan rosarios y se asustan de la alegría tónica de las pasiones fuertes.

Todo el camino está sembrado de recuerdos, que se



El palacio de los condes de Gomara, correspondiente al siglo xv, con su torre altiva, es como airón soberbio en las rúas sorianas. En la silueta: el vate Antonio Machado, uno de los poetas más brillantes de la literatura contemporánea, el poeta que paseó por la calle de la Aduana vieja su gran amor romántico...



han dormido en el alma, acaso para no despertar jamás. Don Antonio vuelve á nosotros, porque...

La campana de la Audiencia da la una...

Da la una y se pasea lentamente por toda la ciudad, sube al Espino y vuela al Mirón el latido vibrante del buen bronce viejo, que taladró la noche, espada del sonido. A la vera de un viejo palacio plateresco, en una calle estrecha que cuenta nuestros pasos como buena vieja, suena la voz anacrónica y sentimental de un piano, que no se ha dormido. ¿Rosario, Concha, María Cruz? En el ritmo de notas va prendida la gracia fina de una mujer que no vemos y que quiere adivinar el corazón inquieto. ¿Cómo acariciarán sus manos blancas, tibias de olor de mujer, cálida la carne joven de virgen perfumada que ni bebe ni fuma! En el pobre corazón romántico se clava el cairel encendido de una emoción. ¿Rosario, Concha, María Cruz?...

Ante el cristal, que levemente empaña su figurilla plácida y risueña...

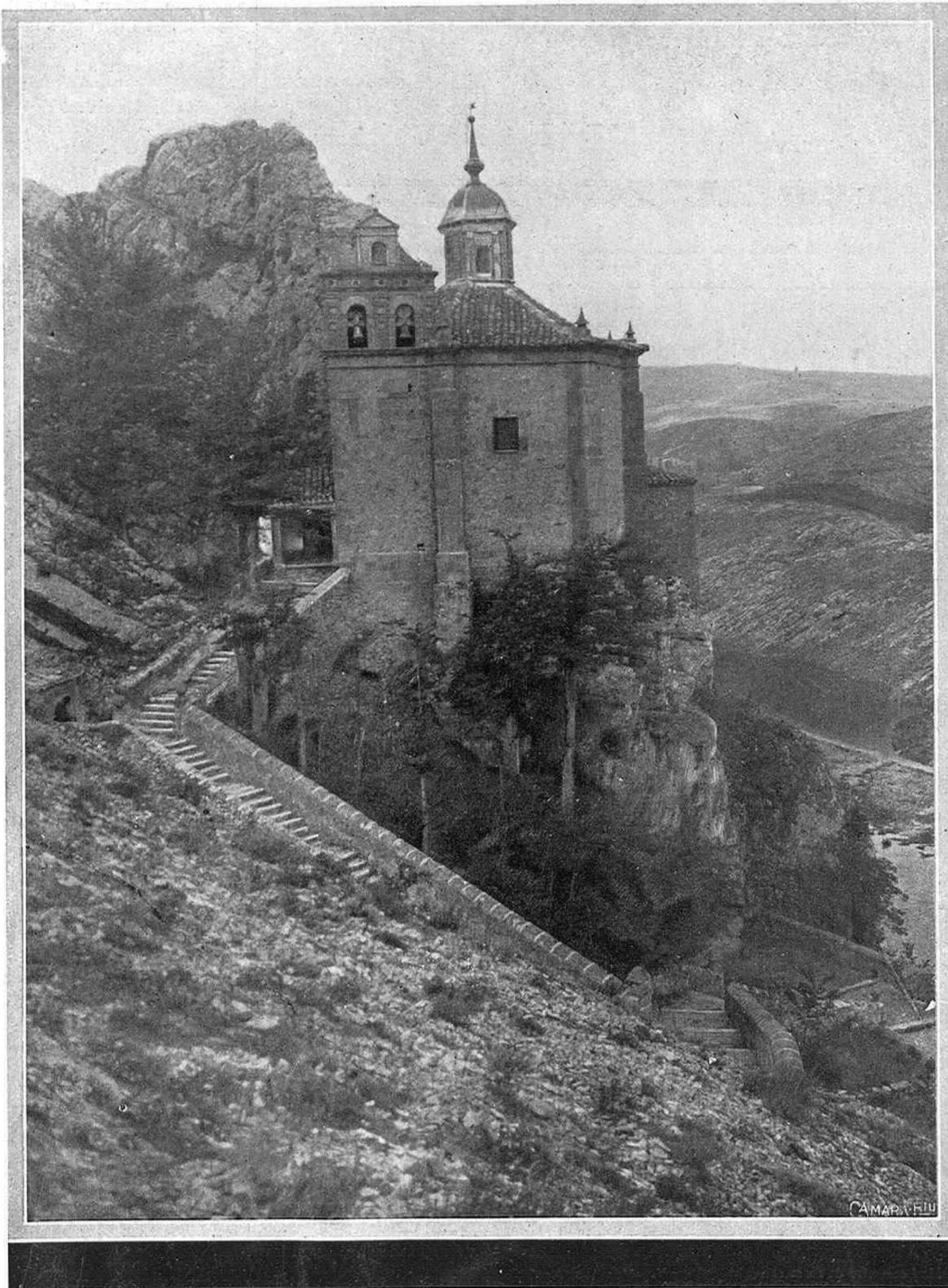
Siempre Machado, el andauz que trocó el corazón de fuego de su raza por un sereno corazón de castellano viejo; el poeta del lento andar y el torpe alifio indumentario, que hace poco nos celebraba riendo los humorísticos donaires modernistas del querido y malogrado Fernando Villalón, y nos hablaba de cierta antigua discípula, calladita, ágil de espíritu y de cuerpo, que aprendía francés, que recitaba versos, que tenía una madeja de rubios cabellos fragantes y encendidos...

Callecitas dormidas de la Soria de Machado. Aduana vieja, Caballeros, Claustrilla, donde los recuerdos se acurrucan en los quicios de las viejas portadas, compañeras de las noches de románticos rondares con aquella muchachada bizarra y rebelde que fundaba periódicos y sacudía la comarca con las llamaradas vibrantes de sus escritos valientes; aquella muchachada que aprendió francés del maestro Machado, en el Instituto: Mariano, Pepe, Blas...

Del lírico tesoro del maestro hay que tomar un broche que se clave melancólicamente, esta noche de recuerdos, en la cuartilla última:

*Mal vestido y triste,
voy caminando por la calle vieja...*

ENRIQUE MORENO



La pintoresca ermita de San Saturio, Patrón de Soria, encaramada sobre el río, viendo serenamente su desfilar pausado

Lo que no se imagina uno siempre

Unas sofocantes Navidades estivales

TAN acostumbrados estamos a una visión navideña friolenta, cruda, azotada por neblinas húmedas, por cierzos gélidos, y tan entrañablemente tenemos imbuida en el alma la idea de la Navidad seguida de un blanco cortejo níveo, que difícilmente se imagina uno las fiestas en honor y conmemoración del Nacimiento de Cristo bajo un claro cielo estival, límpido y solemne, y al socaire de una temperatura calurosa, enervante, que haga desear el fresco cobijo bajo una umbría apetecible.

No es así como nos representamos de continuo estos días evocadores que parecen colmados de ideas de bondad y de paz, de intimidad hogareña risueña y feliz, en los cuales el bullicio vibra placenteramente y la algarazara no se sabe si sube de la calle a todas las casas, o si sale de todos los hogares para desparramarse por la ciudad, en un ansia, en un ímpetu de gozosa expansión infinita.

Para la mayoría de las gentes decir Navidad es tanto como decir invernada: campos cubiertos de escarcha o de nieve, árboles desnudos, débil y volandera hojarasca amarillenta y sucia, viandantes ateridos por la inclemente dureza peculiar de la invernía gris, lares crepitantes de halos rojizos, chimeneas encendidas...

Son también éstas las estampas de siempre, las fotografías invariables, los grabados y dibujos reiterados que ilustran las páginas de las Revistas y de los periódicos cada vez por estas fechas.

No se concibe un árbol de Noel si no es salpicado de esa blancura teológica y astral que ofrece la nieve, encanecido, blancuzco, reluciente. El pino vistoso, emblemático — árbol que se arroja a sí mismo en el invierno y que no ofrece nunca el triste espectáculo de una leñosa desnudez torturada y retorcida, implorante al Cielo—, sostiene entre fingida escarcha brillante unas velitas azules, rojas, verdes; aparece engalanado con sutiles telas de araña doradas, bolas de cristal de abigarrados tonos, figurillas tan vistosas como

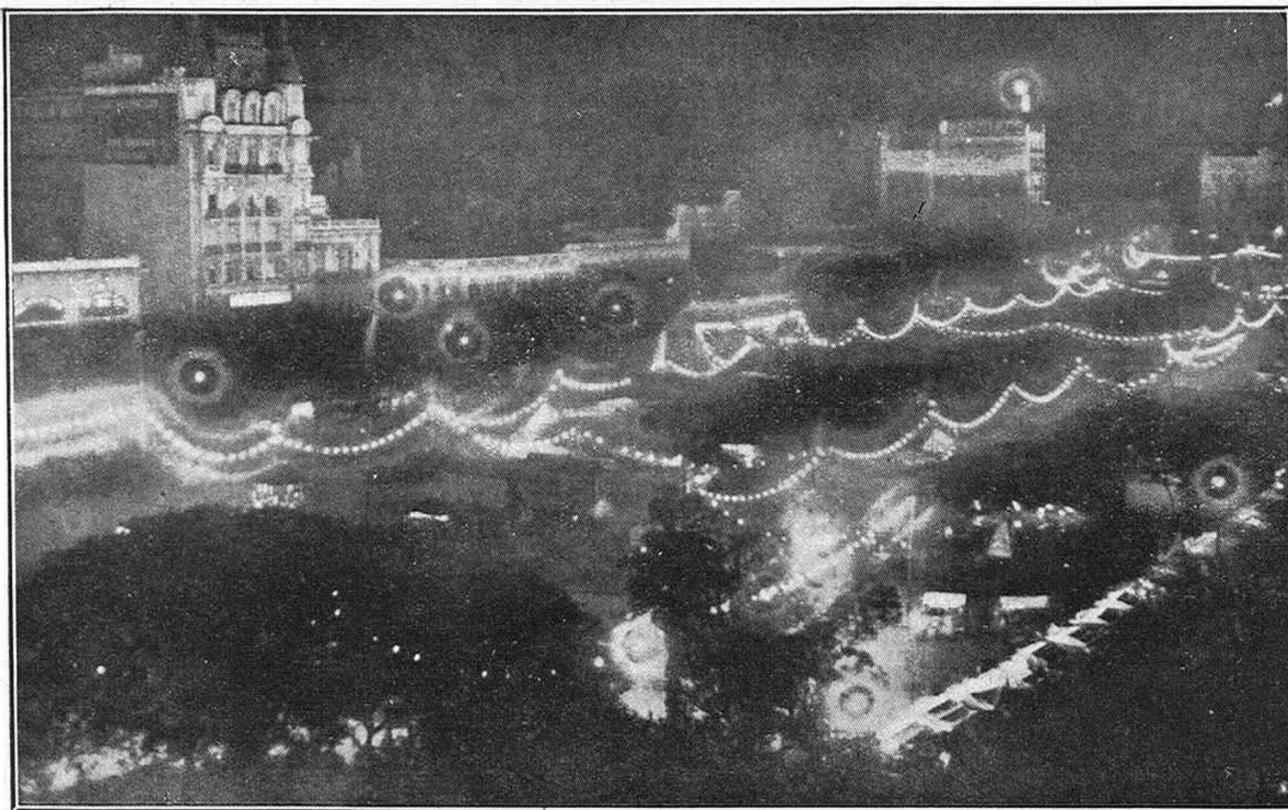
inútiles, que para el regodeo de una noche fueron delicadamente prendiendo durante muchas vigiliatras manos proletarias.

Pero lo concibe la imaginación nuestra dentro de nuestras casas, mientras fuera, en la calle, en la plaza, en el campo, la lluvia golpea los cristales, o el viento gime y choca contra los muros y los árboles, o los copos de nieve van cayendo, pausados y lentos, cuando no en graciosos remolinos inverosímiles...

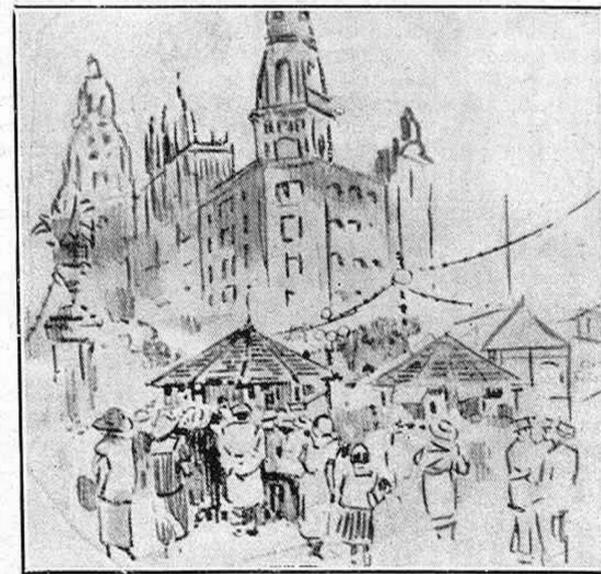
Nos explicamos la Navidad como fiesta esencialmente hogareña, pero de hogar hermético, a ventanas cerradas, al calor de la lumbre o junto a cualquier otro método de calefacción; y así, al dulce abrigo, entonamos los populares villancicos de siempre, y así se ríe, se divierte la gente, se come el turrón, las golosinas, la lombarda y el pavo...

Nos la representamos siempre fría, estrellada. Sutil. Sabemos que el frío perfila y acusa las aristas del aire y labra sus facetas diamantinas y claras.

Los tenderetes callejeros tienen cerca la hoguera o



Tan acostumbrados estamos a una visión navideña friolenta, que difícilmente nos imaginamos una Navidad bajo un cielo estival, calurosa y enervante, como la Navidad argentina, por ejemplo, con calor y color de verbena



Estos días pasados no son siempre ni en todas partes iguales. Hay Navidades, al otro lado del Atlántico, con sol, con flores...

el brasero; los pobres vendedores, arropados lo más que les consienten sus exigucos medics, se frotan las manos, no siempre de gusto, y dan pataditas en el suelo, de frío y de impaciencia.

Pero no es ésta siempre la Navidad, ni ofrece este espectáculo sólo.

Hay una Navidad diametralmente opuesta. Existe la antítesis total. Como si dijéramos la Navidad sin abrigo, sin chaleco y con sombrero de paja...

Es la Navidad de Suramérica. Es la Navidad que no desmiente como desmienten nuestros «Nacimientos» anacrónicos, con sus pastorcillos en mangas de camisa, en pleno campo, cenando al aire bajo un árbol copudo y exuberante, y con sus otras figuras desabrigoadas; es la Navidad que requiere aire libre, aire fresco, que se celebra con las ventanas abiertas y que tiene color y calor de verbena.

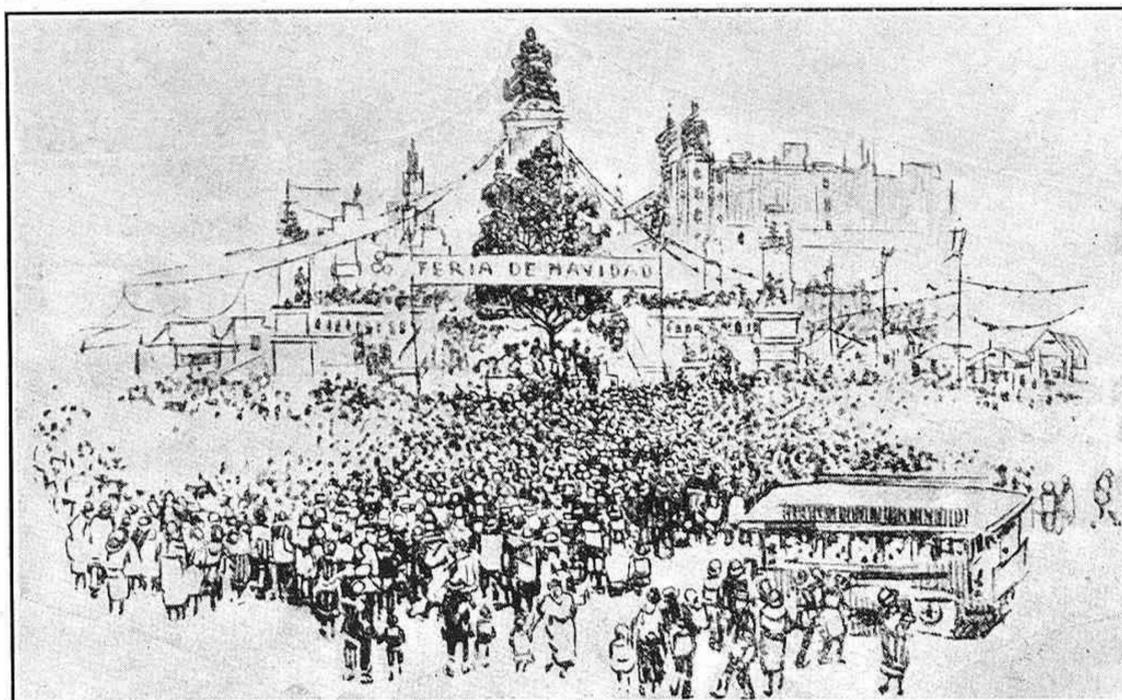
Hay la misma animación callejera, idéntico holgorio bullicioso; pero las estampas y las ilustraciones y el ambiente es muy otro.

El cielo no es sutil, sino claro y denso. La atmósfera enrarecida tiene pesadumbre agobiadora y deja laxos los cuerpos.

La iluminación luce íntegra, sin que su brillo aparezca mermado, cernido por las frías y húmedas neblinas decembrinas de Europa. Los campos están vestidos con sus más frescas galas y ofrecen su esplendor ubérrimo, colmada de frutos sabrosos. Los árboles, cuajados de hojas, están como rejuvenecidos, verdes, con su brillante gama de verdes, que van desde el verde obscuro, azulenco agresivo, al verde esmeralda claro y suave como una bendición de Dios.

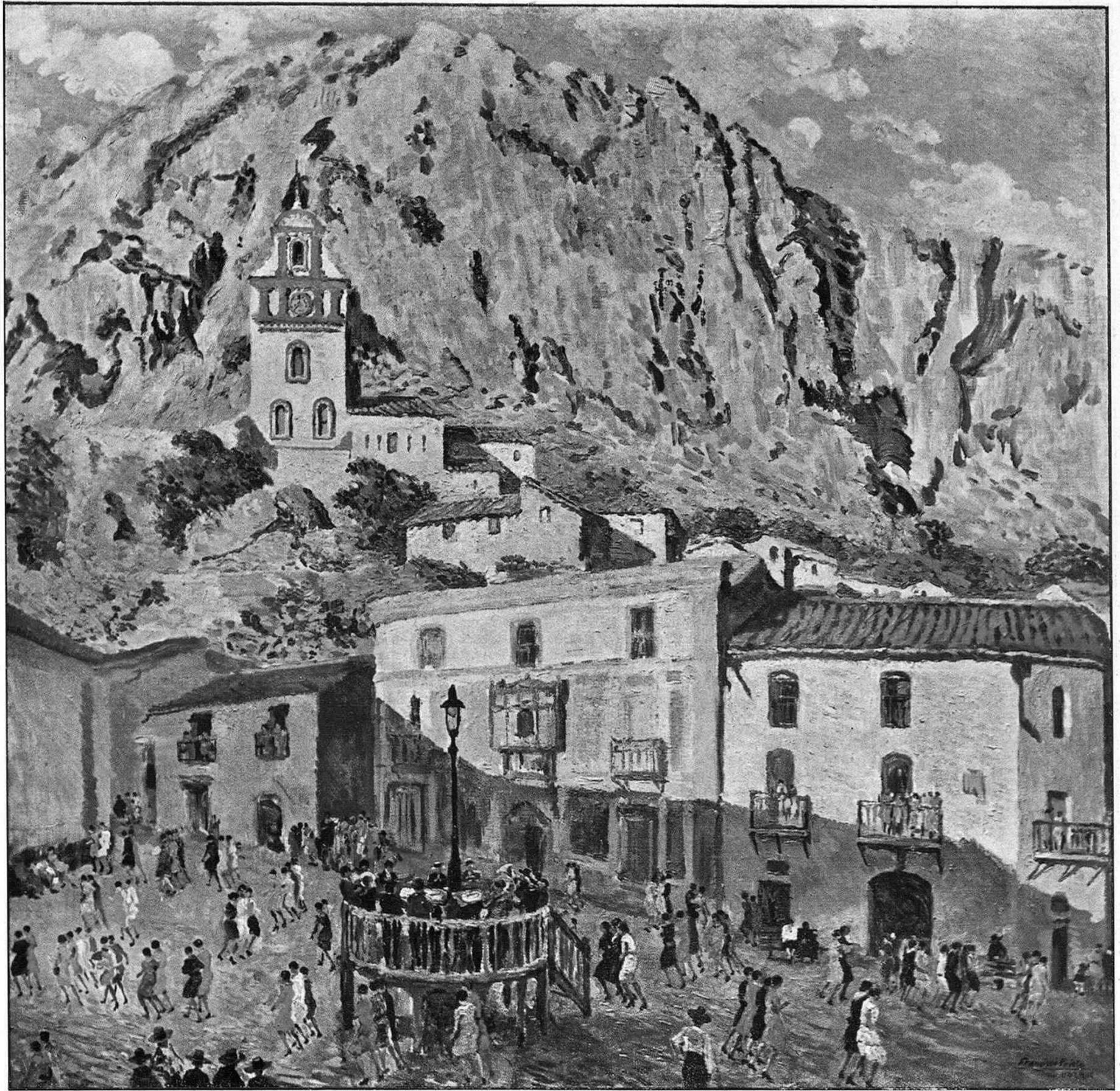
Se comprende mejor las figuras de los «Nacimientos», con sus interpretaciones iconográficas de la Sagrada Familia, vestidas con sus túnicas de colores, graciosamente echadas sobre los hombros, en actitud de quien no padece los rigores del frío; con los pastores a la luz de la luna y cantando en pleno campo, no en la majada; con el ganado, no agrupado en fraterno grupo entumecido, sino disperso y holgadamente paciando; con los grupos de gentes que van camino del Portal a hacer la ofrenda, con aire de soltura y agilidad; se explica uno mejor la estrella anunciadora, con su cola luminosa, y el cielo azul, rabiosamente azul, cóncavo y transparente.

Es una Navidad clara; una Navidad verbenera, más riante acaso que la nuestra, más exterior; una Navidad sin nieves, sin brumas, con toldos para guarecerse del sol, con muchas flores, con muchos quioscos, con aspecto de feria estival; una Navidad en que se lucen trajes claros, vestidos vaporosos, y en la que predominan las notas fuertes y los colores chillones y agresivos, frente a esta otra Navidad entonada en blanco y gris, y vestida de novia siempre...

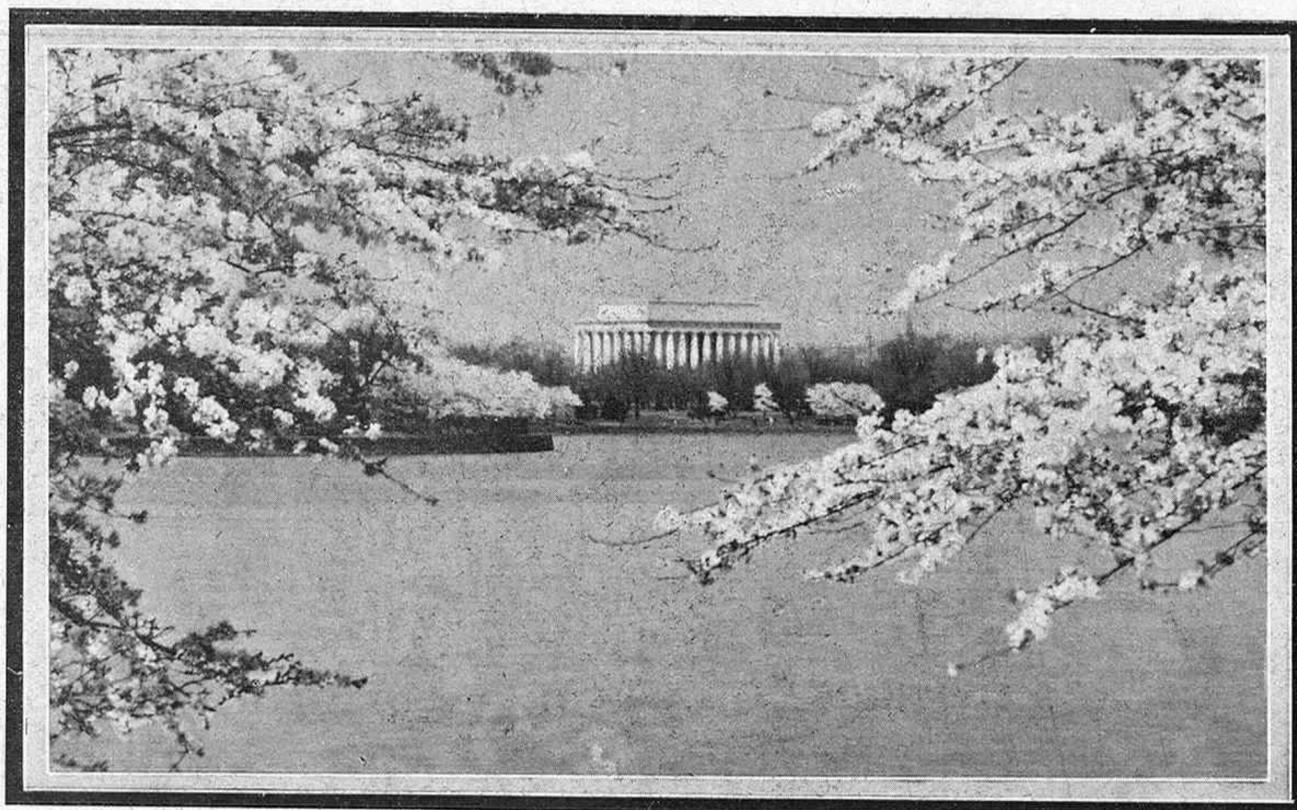


El lápiz certero de Parnagnoli recoge en esta visión una Navidad con aire de feria estival: la Navidad argentina

E. ESTEVEZ-ORTEGA



«Tarde de fiesta en Ubrique»,
cuadro de Francisco Prieto



El
monumento
á Lincoln
en
Wáshington

El monumento á Lincoln visto desde la orilla del río Potómac

EN la prolongación de la línea recta que forman el imponente edificio del Capitolio Federal, la Institución Smithsonian y el Obelisco á Jorge Wáshington, en la capital de los Estados Unidos, reposa con solemnidad de gloria y de triunfo, como una maravilla incólume de los días radiantes de Grecia divina, el Lincoln Memorial erigido por la gratitud del pueblo norteamericano al que dió libertad á los esclavos y consolidó la Unión de los Estados, divididos por luchas fratricidas entre el Norte, abolicionista, y el Sur, partidario de la esclavitud de los negros.

Tiene ese monumento toda la eurtimia y clásica belleza de un templo griego, al que prestan la severidad y encanto de una visión de Arcadia las rumorosas frondas del Potomac Park. Levántase sobre la suave eminencia de la orilla oeste del río, y su mole cuadrada, de purísimo mármol blanco, se refleja en la clara

superficie de un estanque, rodeado de rosales y cerezos japoneses. Los ojos no se sacian de mirar el ponderado equilibrio de ese templo, invertido en el espejo de las aguas serenas. Acrópolis no ofrecería mejor perspectiva que la de ese templo dedicado á la memoria del presidente mártir, asesinado mientras asistía á la representación de un drama en el Ford Theatre, en Wáshington.

Se asciende al Lincoln Memorial por una escalera monumental de mármol blanco, y lo forman treinta columnas de orden jónico, representando los treinta Estados que constituían la Unión Americana al ocurrir su muerte, en Abril de 1865. Hoy los Estados son 48. El frente tiene 188 pies de longitud y 158 el ancho; la elevación de las columnas, que parecen de plata bruñida bajo el brillo de la luz, es de 44 por 8 de diámetro en la base. El interior es un amplio salón cuadrangular, de gallardas proporciones, dominado con fuerte impresión de grandeza por la estatua colossal de Lincoln, sentado hieráticamente en una curul de mármol, obra del escultor Daniel Chester French.

En la pared del fondo, y sobre la estatua, de ásperas y duras facciones, la admiración de sus conciudadanos ha grabado en oro estas breves palabras: «En este templo, como en el corazón del pueblo para quien salvó la Unión, la memoria de Abraham Lincoln será eternamente venerada.» En el vano de la derecha está esculpido íntegramente el discurso pronunciado en Gettysburg sobre la abolición de la esclavitud; y en el de la izquierda, el que leyó en Wáshington al inaugurar el segundo período de su administración presidencial, que trata de la guerra civil que había terminado y de la reconciliación de los Estados del Norte y del Sur, obra de su sabia política y de su genio de estadista.

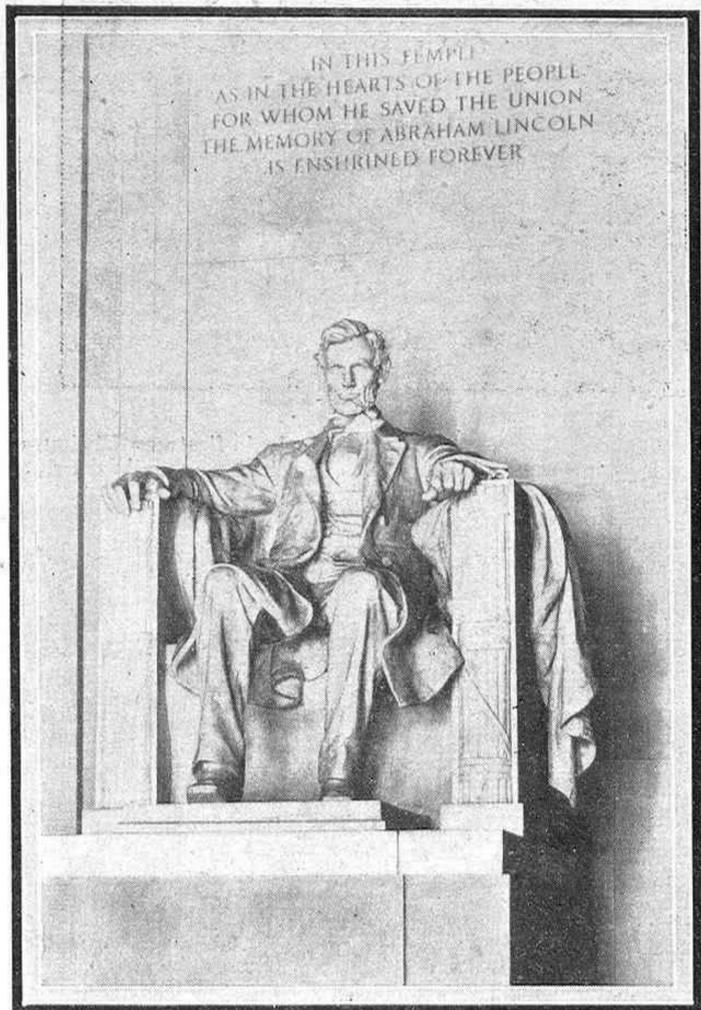
El primero finaliza con estas frases: «... solemnemente afirmamos que esta Nación, bajo los auspicios de Dios, tendrá una nueva aurora de libertad, y que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, jamás le será arrebatado», y el segundo, sin duda el más importante y el más breve de todos los que pronunció en aquellos días de tanta responsabilidad histórica, acaba así: «Sin rencor para nadie, con amor para todos y con firmeza en el derecho, como quiere Dios que usemos de él, hagamos el último esfuerzo para perfeccionar la obra realizada.»

La obra de la emancipación de los esclavos y la de asegurar pa-

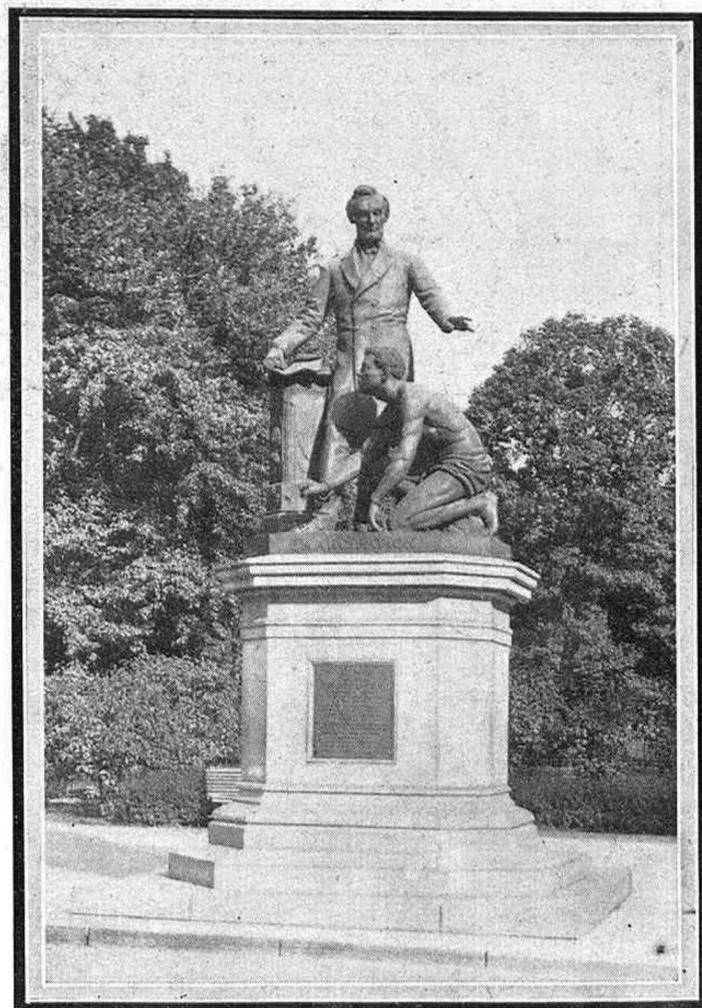
ra las futuras generaciones los beneficios de la unión de su patria, en peligro de dividirse en dos Repúblicas, constituyen la firme base en que descansa esa gran figura, la única que en la serie de los presidentes de los Estados Unidos ha logrado una veneración y un prestigio iguales al de Jorge Wáshington, el padre de la Patria. Los Estados Unidos nacieron á la vida de la independencia en los campos de batalla, con Wáshington y con Lincoln; por medio de la terrible prueba de la guerra civil ganaron para siempre el don intangible de la igualdad civil y de la integridad nacional.

MARCIAL ROSSELL

Wáshington, día de Lincoln, 1930.



Estatua á Lincoln en el interior del templo griego



Monumento á Lincoln en Filadelfia



POEMAS DE LOS NIÑOS
EL MADRIGAL DE LA NOCHE

El Sol es un monarca rubio,
de gruesa barba
como abierta mazorca de oro.
La reina es la Luna blanca,
con dos lunares
sobre la cara;
cuello de nardos,
brazos de nácar,
traje de luto,
media calada,
zapatos negros,
tacón de plata,
y el silencio de las pulseras
que, porque está siempre de gala,
todas las noches
la Vía Láctea
vuelca sus cofres
sobre su falda.
En el palacio de la Noche,
es el Alba
—guantes azules como el Día
y el corazón una sonaja;
ojos felices, boca fresca,
manos rosadas,
vestido blanco, pelo rubio—
la única infanta
hija del Sol, el rey severo,
y de la Luna, altiva y blanca.
Después de andar horas y horas
sobre su brava
yegua de crines azules
y de magníficas gualdrapas,

el rey se echó á dormir. La Luna
se quedó sola en la ventana;
y al mirar mudos los caminos
y los jardines de la infanta,
donde la Noche iba borrando
las azucenas deshojadas,
se envolvió en su abrigo de nubes,
cerró la estancia;
guardó en el corpiño
la llave de plata
y, sin cuidarse de los lobos
que al paso aullaban,
la cabellera suelta al viento
y la inquietud en la mirada,
dejando atrás suspiro y seda,
dióse á correr por las montañas,
hasta que halló lejos, muy lejos,
el paradero de la infanta.
Se disgustó la blanca Luna,
viendo que el Alba,
en la verbena de los cielos,
baila que baila,
junto al quiosco del Aire músico,
la doncellita cortejaba
con un lucero que era un paje,
primo carnal de la Mañana.
No se inmutó el Alba traviesa,
que era bonita y destenguada,
cuando la Luna, entre la sombra,
la sorprendió en aquella facha.
—¿Por qué te indignas, madre mía?
¿Por qué te asustas, Luna blanca?

¿Porque me sigue el paje rubio
de la cabeza ensortijada?
¿No te vi yo con un lucero
por los jardines del alcázar,
que no era el Sol mi padre, el rubio
rey de la barba toda en llamas?
Palideció la blanca Luna,
por la mozueta calumniada,
que era aquel paje un fiel criado
que con la reina el rey mandaba.
—Ya dirás eso al rey tu padre.
Dijo, y corrió la Luna blanca
hacia el palacio de la Noche
para
contarle al rey severo y rubio
el desacato de la infanta.
Pero al correr por sobre un río,
se le cayó el llavín de plata,
y por ir á cogerlo, toda
salió mojada.
Se vió, al pasar, en una fuente
la Luna blanca;
y porque nunca el rey le viera
llanto en la cara,
se echó á llorar entre dos montes
donde rondaban
siete leones del desierto
y ocho leopardos de Bengala.
Despertó el Sol, violento y rubio;
agarró de un rincón la espada;
corrió por los prados del Día,
subió á las más altas montañas;

exploró los bosques,
los lobos aullaban;
sacudió los árboles,
volaban al viento la flor y las alas,
subió á un cañonero,
rompió las vitrinas del agua;
le ayudó á registrar horizontes
la escuadra
del mar y del aire: gaviotas,
golfines
y peces-espadas;
pero el rey de la barba de oro
no dió con el Alba,
ni encontró en los prados
á la Luna blanca.
Huían luceros, corrían las nubes
cuando el Sol pasaba.
Quien, lanzando á los cielos sus iras
que los cielos de rojo pintaban,
pensativo y solo,
regresó solitario al alcázar.
No vió cómo entonces
se hirió con la espada,
y todas las tardes
la herida le sangra.
—¿Qué será de la infanta?—Y suspira.
—¿Qué será de la reina?—Y se apaga

ALFONSO CAMIN

(Dibujo de Manchón)



Los genizaros sin destino ganan su pan mendigando en las calles

RUIDOS CALLEJEROS LO QUE SUENA EN LAS CALLES DE CONSTANTINOPLA

CADA ciudad tiene sus ruidos particulares, y en las viejas urbes lo más característico de esos ruidos suele ser las voces que pregonan y las voces que suplican, los gritos de los vendedores y los cantos de los que mendigan.

Cuando una ciudad evoluciona, sus ruidos cambian también; pero los ritmos de esos cambios no son iguales; se mezclan por eso los de épocas diferentes, en un abigarramiento evocador, unas veces, y profético en otras ocasiones.

De los países europeos, ninguno se ha transformado más rápida ni más intensamente que Turquía. Fué en 1908 cuando los Jóvenes Turcos iniciaron la transformación de su patria, y de entonces á hoy Turquía se ha incorporado á la civilización y á la vida occidental con una asimilación que hace cuarenta años hubiese parecido imposible.

Las calles de Constantinopla suenan ya de modo

distinto de como sonaron en los mismos tiempos de Abdul-Hamid, el último representante de los tiempos pasados; pero aún quedan entre sus ruidos algunos perdurantes. Así, en las horas de rúbrica, la voz del muecín sigue sonando en los minaretes, para recordar á los fieles la obligación de orar.

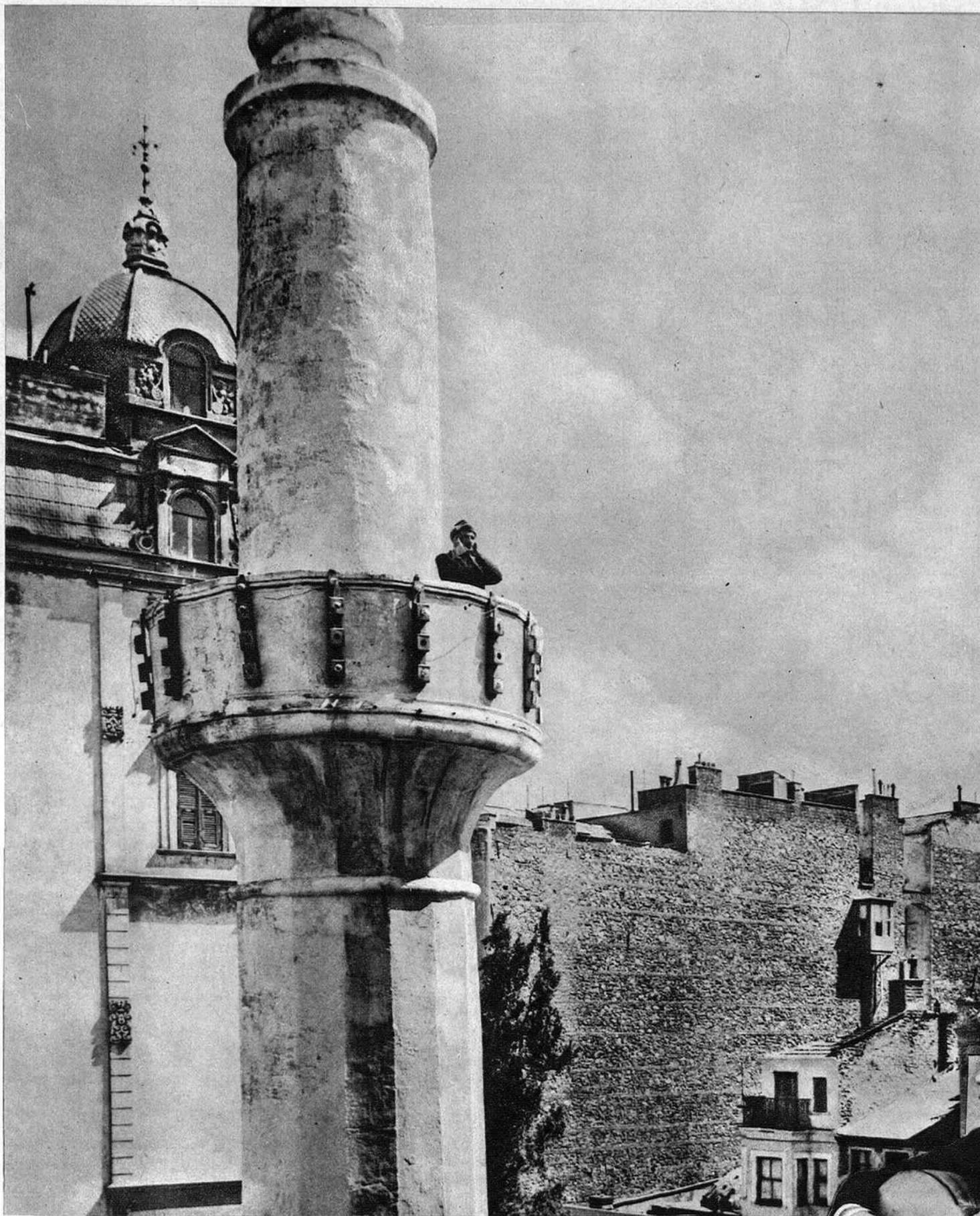
Cuando amanece, cuando la noche llega, cuando el Sol cruza el meridiano de Estambul y cuando está más lejos de él, un sacerdote mahometano cumple el rito ó es fiel á la vieja costumbre islámica, y clama, lanzando su voz sobre la ciudad; es el grito viejo, el más viejo de los perdurantes, porque es aún el que tiene más hondas raíces en las almas, por mucho que en ellas socave el modernismo.

Un sonar nuevo en las calles de Constantinopla es el de la música de los genizaros, que, perdido su «acmodo» en el sultanato, recorren las calles pidiendo limosna.

Ultimos vestigios de la majestad caída, andrajos de la púrpura imperial, continúan así su vida parasitaria,

“Mustafá”,
vendedor
de naranjas,
muy popular





riyé Hanoun, una joven tzigana turca que adoptó muy pronto la para sus compatriotas descarada costumbre occidental, y á pesar de ese modernismo de su indumentaria, conserva con religioso esmero las viejas canciones del país, como si el alma turca perdurase en ella con todo el misterio trágico y amoroso del harén, bajo el indumento de Occidente.

Otro tipo popular en Constantinopla, pregonero de su aromosa mercancía, es Mustafá, el viejo barbudo que desde Malatia, á 350 kilómetros de Angora, llega anualmente á la capital de Turquía á vender las naranjas que él mismo recolectó. Conservando á medias la vieja indumentaria nacional, parece, sin embargo, visto á distancia sobre todo, un tipo de Occidente. Quizás también, como Hairiyé Hanoun, conserva bajo su traje equívoco un alma fundamentalmente oriental.

Fué, en efecto, un grupo de hombres selectos, que habian hecho su cultura y forjado su espíritu en París, el que imprimió á Turquía su movimiento renovador. El pueblo aceptó la reforma, y en mucho de muy buen grado; pero en lo íntimo conserva aún, como esencias nacionales, viejos sentimientos, fruto de hábitos vetustos infinitamente más difíciles de desarraigar que los imperios.

JULIO ABRIL

HAI RIYE HANOUN
Fiel conservadora de
viejas canciones turcas



(Fcts. Agencia Gráfica)

De lo alto del minarete vuela la voz que llama á orar

incapaces de otro género de trabajo y tocan para el pueblo, al que piden ahora un sustento menguado, los que ayer tocaron para el Sultán, que los mantenía espléndidamente.

Su sonar no es el único que en Constantinopla mendiga; refugiados en los quicios de las puertas, sentados en sus banquetas portátiles ó en las piedras mismas, otros mendigos tafien sus instrumentos característicos y cantan las viejas canciones del país.

Entre ellos los hay ya muy conocidos y famosos, que tienen para la multitud nombre y apellido, como Hai-



El políptico de Van der Weyden, en Beaune

UNA visita al célebre Hotel Dieu, de Beaune, fundado por el canciller del duque de Borgoña, Nicolás Rolin, en el año 1443, es una de las excursiones más agradables que pueden hacerse desde Dijón, distante de aquél unos 40 kilómetros.

Este edificio, destinado a los pobres, presenta un conjunto artístico admirable por el estilo y decorado gótico flamenco del siglo XV, conservados casi íntegramente, y ofrece, además, la particularidad de que su pequeño museo contiene, con otras obras de menor importancia, el retablo de Van der Weyden, donde figura el Juicio final.

Sorprende al visitante la magnificencia de las salas del Hotel Dieu, especialmente la destinada a mujeres convalecientes, por la hermosa bóveda de madera esculpida y policromada que cubre su planta, de 14 metros de anchura y 72 metros de longitud.

Las construcciones que encuadran el patio de honor llevan techumbre de mucha pendiente, con tejas esmaltadas, formando dibujos multicolores, destacándose, de trecho en trecho, grandes lucernarios. Los esbeltos pñones que coronan estos huecos terminan en veletas con las armas de los fundadores. El efecto es bellísimo y la obra de conjunto verdaderamente notable.

En el museo, situado en una de las alas del edificio, hay diversos objetos artísticos, dignos de estudio, y tapices flamencos muy buenos; pero, por encima de todo, ocupa lugar preferente el retablo de Van der Weyden, obra admirable, retocada en algunas partes, fácilmente perceptibles, pues se nota en ellas la opacidad de la pintura moderna, tan diferente de aquella transparente y ambarina propia de los maestros flamencos primitivos.

POLÍPTICO DEL JUICIO ÚLTIMO

Se describe por primera vez, sin concederle importancia, en el inventario de los bienes del Hotel Dieu que se hizo en el año 1501, poco más ó menos en estos términos: «Una tabla pintada con ocho postigos en la parte externa, en los cuales se representa a San Sebastián, San Antonio y los donadores, el canciller Rolin y madame Guigone de Salins, su mujer».

Permaneció oculto durante la revolución francesa hasta el Concordato de 1802, en que reapareció; pero escandalizados los espíritus gremios por la indigente indumentaria de las figuras representativas de los elegidos, así como de los condenados, un pintor pudoroso vistió de capuchinos a los primeros y rodeó de llamas a los segundos.

Hasta el 1836 el retablo permaneció ignorado. Al descubrirse en este año tan valioso tesoro, desfilaron ante él artistas y críticos, que señalaron a la atención pública el mérito incuestionable de la obra.

En 1876 se restauró en los talleres del Louvre cuidadosamente, procurando volverlo a su primitivo estado, y se aserraron aquellos tableros pintados por las dos caras cuyo espesor lo permitía. De esta suerte el políptico se convirtió en panóptico.

En 1878 se expuso en París a la admiración del público esta representación del Juicio Final, reintegrándose después al Hotel Dieu, de Beaune.

La crítica, al tratar de descifrar el autor anónimo, convino desde luego en que era una obra flamenca cuatrocentista, pero no estaba de acuerdo sobre si se debía atribuir a los hermanos Van Eyck, a Roger van der Weyden ó a Memling.

La mayoría se ha pronunciado por Van der Weyden, fundándose principalmente en las épocas en que vivieron estos pintores y la de la fundación del Hotel Dieu; pero si se permitiera opinar libremente, se podría decir que el retablo en cuestión pertenece a Memling, sin otros motivos que los que un profano puede alegar por impresión cuando compara obras del mismo autor.

Sea como fuere, la composición responde a las ideas triviales que predominaron en el siglo XV, tanto en literatura como en arte, cuando se trataba de representar el juicio último; y de conformidad con estas normas, el retablo ofrece en la parte alta cuatro ángeles enarbolando los instrumentos de la Pasión. Jesús, sentado sobre el arco iris, lleva en la cabeza nimbo crucífero y apoya los pies en el globo. Su cuerpo, cubierto por amplio manto de color escarlata, sólo deja ver la cicatriz del pecho y los estigmas de las extremidades. Con gesto de bendición, el brazo derecho señala una rama de lis, emblema de la inocencia, mientras que con el izquierdo rechaza a los réprobos, según el veredicto evangélico. La Justicia, representada por una espada de doble filo, se inclina hacia estos últimos, pronunciando la sentencia definitiva. Más abajo, cuatro ángeles hacen sonar sus trompetas en todas direcciones para reunir a los muertos. El arcángel San Miguel, que cumple su misión de pesador de almas, sigue con mirada serena y justiciera las oscilaciones del fiel de la balanza. La vestimenta de este príncipe de la milicia celestial es la de un oficiante: holgada alba de pliegues flexibles, sujeta en el pecho por un broche simbólico, y pesado manto rojo bordado y franjeado de oro, con profusión de gemas y perlas. La indumentaria militar de San Miguel no aparece hasta la época del Renacimiento.

A la derecha del Salvador, su Madre y seis apóstoles; a la izquierda, el Precursor y los otros seis discípulos. La Virgen, con las manos unidas, implora la clemencia de su Hijo, reflejando en la mirada el equilibrio entre la emoción y la serenidad de su espíritu.

San Juan Bautista, envuelto en capa color violeta, lleva cilicio de piel de camello, barba y cabeza desgredadas y la facies hundida por los ayunos y abstinencias. El aspecto de esta figura indica un carácter de ardiente austeridad.

Detrás de los apóstoles, sentados, se agrupan, cerca de la Virgen, el Papa Eugenio IV, el duque Felipe el Bueno, el canciller Rolin, el hijo de éste, obispo de Autun, a quien no se le ve más que la mitra y parte de la cara.

Del lado del Bautista se ven, además de seis apóstoles, también sentados, Guigone de Salins, esposa del fundador Rolin; la duquesa Isabel de Portugal y una dama, hija de Rolin, con rostro piadoso y juvenil.

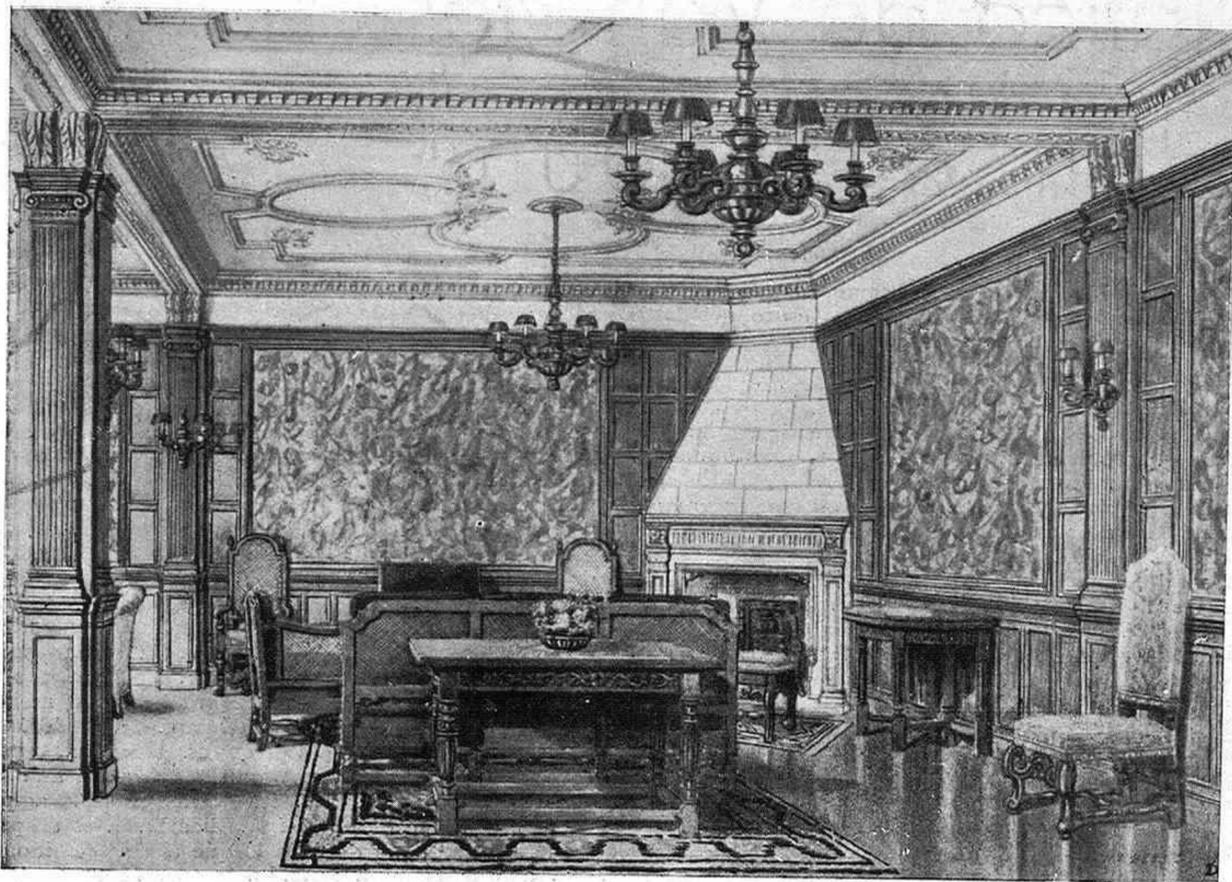
Por bajo de estos personajes del Evangelio y de la Historia se representa la resurrección de los muertos, que aparecen por las brechas abiertas en la tierra, surgiendo miembros, torsos y cuerpos enteros de ambos sexos, en actitudes varias.

En las dos tablas extremas del retablo figuran el Cielo y el Infierno. De los condenados al fuego eterno, uno se muerde los dedos, otro se arranca la oreja, el de más allá, con violentas contorsiones, muestra su desesperación, para precipitarse, al fin, dentro del horno misterioso en confuso amontonamiento.

Por contraste, en las proximidades del Cielo, las actitudes de los elegidos anuncian la paz. Las miradas irradian alegría, uniéndose sus manos en acción de gracias. Caminan hacia la Jerusalén mística, figurada por una capilla de oro cincelado, en cuyo umbral el ángel guardián acoge a los bienaventurados. A la cabeza del cortejo marcha un monje, y luego una pareja fiel que mantiene, más allá de la muerte, la indisolubilidad del matrimonio.

Los seis postigos que cierran el retablo, aserrados actualmente en su espesor, como antes hemos dicho, para separar su parte externa pintada, representan dos de ellos al canciller Rolin y a su esposa arrodillados, y los otros cuatro, en grisalla, a San Sebastián, San Antonio y la Anunciación en dos tablas. Los retratos del canciller y de su mujer son de primer orden, y, en general, todo el retablo es la oración de un alma cristiana que poseía los recursos técnicos de un verdadero genio de la pintura.

S. HUICI



ELEGANCIA
DISTINCIÓN
CALIDAD

Antes de comprar sus muebles y de instalarse en su casa nueva; antes de renovar su hogar, no se olvide Ud. de visitar nuestra Exposición permanente, instalada en el Paseo de Recoletos, 6, donde podremos mostrarle un grande y notable surtido de muebles clásicos y modernos, y facilitarle por medio de nuestros técnicos toda clase de consejos e ideas nuevas.

FABRICACIÓN PROPIA
CONSTRUCCIÓN SÓLIDA
PIDA PRESUPUESTOS



COMPañÍA DE MUEBLES Y DECORACIONES, S. A.
antes

B. PIQUERO Y C.^{IA}

Compradores en 1921 de los «stocks» de

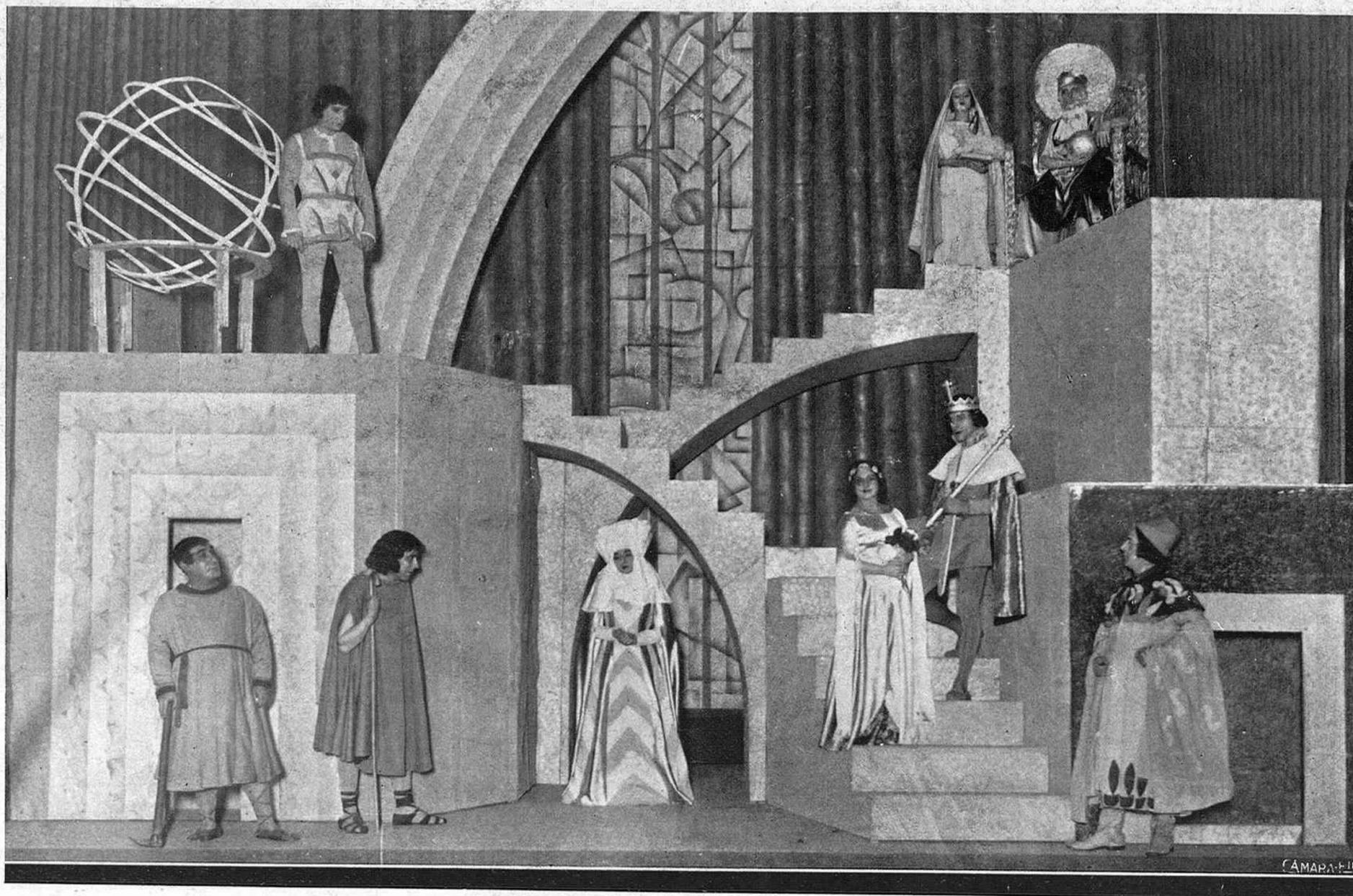
WARING & GILLOW
de LONDRES

PASEO DE RECOLETOS, 6

MADRID

Teléfono 52608

Apartado 1.074



Una escena de «El gran teatro del mundo», auto de Calderón, que representa actualmente Margarita Xirgu en el Teatro Español

La primera parte de la temporada del Español ha tenido magnífico coronamiento con unas cuantas funciones de teatro verdaderamente artístico.

Margarita Xirgu ha servido con esas funciones a un ideal que suele estar muy lejos de nuestras escenas. Más actriz que empresaria, y por añadidura actriz-artista enamorada de su arte, ha montado precisamente para estos días pascuales, en que el teatro se degradaba por sistema, dos espectáculos de clara belleza, desigualmente intensos, es verdad; pero igualmente inusitados, y ambos con méritos más que suficientes para el aplauso.

Las orientaciones en que esos dos espectáculos han sido concebidos parecen, a primera vista, muy diferentes: el programa de uno de ellos está hecho mirando al pasado; el cartel del otro, mirando al porvenir; ambos, no obstante estar inspirados por una concepción única del arte escénico, que busca la sublimación de él donde la consiguieron todas las formas de arte, en la suprema sencillez.

El espectáculo, de dramaturgia clásica, constituido fundamentalmente por el auto, de autor desconocido, *El auto de las donas que Adán envió a Nuestra Señora*, y el de Calderón, *El gran teatro del mundo*, tiene eso de común con el espectáculo de teatro experimental organizado por *El Caracol*, de Rivas Cherif—eficazmente secundado ahora por la Compañía de Margarita Xirgu—, con el diálogo clásico medieval *El Príncipe, la Princesa y su destino*, y la farsa violenta, de García Lorca, *La zapatera prodigiosa*; ambos tienen ese mérito superior de lograr la belleza por caminos de sencillez y de ingenuidad, sin buscar por medios abrumadoramente artificiosos, como es uso y costumbre, un éxito que aun siendo malo para el arte, sea bueno para la economía de la Empresa.

Ni los autores desconocidos del *Auto de las donas* y el diálogo oriental, ni Calderón, pensaron ni escribieron sus obras obsesionados por la recaudación, ni García Lorca podía buscarla llevando su farsa a un teatro experimental; menos preocupados por la ganancia, estuvieron en más propicia condición para hacer obras artísticas que no suelen lograr los que siguen el camino contrario, y es que, como alguien advirtió hace tiempo, en arte cabe también la simonía, y es pecado mortal. Sin cometerle—lo demuestran estos espectáculos del

Español—es posible realizar obras de muy diferentes empeños y transcendencias; pero verdaderas obras de arte: de *El gran teatro del mundo* a *La zapatera prodigiosa* hay un abismo; pero en los dos polos opuestos de él hay arte, y eso es, en definitiva, lo que importa.

El gran teatro del mundo es obra perfecta, en cuanto pueden serlo las obras humanas de arte literario, de arte dramático en particular.

De enorme hondura moral y filosófica, plantea, jun-

tamente y de un modo armónico, los problemas de la predestinación y del libre albedrío: Dios (el autor) manda sus criaturas al mundo (al gran teatro), con un papel fijo y determinado; pero ese papel pueden desempeñarle mejor ó peor. Si le desempeñan bien, tendrán por ello la mejor paga: un puesto en el banquete divino. Si le hacen mal, tendrán como sanción el eterno castigo, y sólo la misericordia de Dios salvará a los que en su vida mundanal, si no supieron obrar constantemente bien, tuvieron instantes de arrepentimiento.

No es extraño que siendo así la obra, unas monjitas madrileñas, rectoras de un teatro aristocrático, tuvieran el buen gusto de hacer que las colegialas representaran, anticipándose a Margarita Xirgu, el auto de Calderón. ¿Dónde encontrar más útiles enseñanzas para encaminar los espíritus infantiles hacia el desprecio de lo mundanal, de todo lo que al fin recibido al llegar a la tierra, en la tierra ha de quedarse, y hacia la aspiración suprema a la eterna bienaventuranza?

Pero la obra es, naturalmente, mucho más de lo que en ella pudieron ver las cándidas imaginaciones infantiles, y tal vez mucho más de lo que en ella vieron las monjas maestras. Calderón era sacerdote y era teólogo; pero no ignoraba, en cambio, el mundo terrenal, y los personajes de su auto, aun siendo símbolos, exhalan tan fuerte vaho de humanidad, que hablan como seres humanos, y en sus palabras encierran la más aguda, por más depurada, crítica social. Mientras aquellos seres actúan en *El gran teatro del mundo*, son, ante todo, mundanales: la voz que constantemente les recuerda su destino final cantando:

¡Obra bien, que Dios es Dios!

es voz perdida como clamor en el desierto; pero Calderón supo aun así poner en sus palabras humanas la sanción primera de los errores de la Humanidad.

Y sorprende un poco, aun habiéndola visto reiteradamente repetida en otros dramas coevos, la libertad de pensamiento y de expresión que en aquellos tiempos de monarquía absoluta tenían y usaban los dramaturgos, como los escritores en general. Es un fenómeno que convendría estudiar desde puntos de vista diferentes del literario, y que quizá no sería difícil relacionar con una rectitud de espíritu de que eran fru-



Personajes del auto de Calderón «El gran teatro del mundo» (Fot. Alfonso)



Una escena de «La zapatera prodigiosa», farsa del poeta granadino García Lorca, que se ha estrenado en el Teatro Español con éxito extraordinario (Fot. Alfonso)

to aquellas sinceras y valientes expresiones de la verdad, que tal vez por ser valientes y sinceras, y tal vez porque entonces podía creerse en esas virtudes y en la rectitud de espíritu engendradora de ellas, eran toleradas y admitidas por los que, con más razón legal que ahora, tenían, además, poder para impedir las.

Cierto que tal como suenan en *El gran teatro del mundo*, como en otros dramas de Calderón, las censuras a vicios y transgresiones morales de la sociedad en que el poeta vivía, tienen un acento indiscutible de palabras de verdad; aun dichos en verso, y a veces con estilo aparentemente retorcido, cuando llegan—tan frecuentemente—a sentencias, no son artificio retórico, ni juego de palabras sin contenido, sino expresión clara del pensamiento, que es, aun siendo aquellas obras tan profundamente literarias, lo fundamental. La literatura, efectivamente, aparece allí siempre como medio, aunque por su magnífica belleza queda tantas veces convertida en aparente fin.

La forma interna, por su admirable sencillez, y la forma externa, por su prodigiosa y limpia adaptación al pensamiento, son igualmente dignas del fondo, y el auto, en suma, aroma el espíritu con un grato perfume de sublime belleza, que en el teatro actual no es fácil percibir.

¡Bien hayan, pues, Margarita Xirgu y Cipriano Rivas Cherif por habernos logrado esa delectación!

La presentación escénica del auto de Calderón me da ocasión para elogiar a Burman, a quien en otras ocasiones he censurado por inadaptación, a mi juicio, de sus interpretaciones escénicas con el fondo de las obras interpretadas. Ahora, escenificando *El gran teatro del mundo*, ha tenido en ese punto un acierto: el escenario del Español responde, por su sentido decorativo, al carácter de la obra representada, tiene la grandiosidad y la sencillez que pide, y por eso, la sirve perfectamente.



CAYETANO PEÑALVER

Eminente tenor, cuya actuación en la gran Compañía de zarzuela que actúa en el Teatro Eslava está siendo objeto de muchos aplausos

Tal vez hubiera sido aún más eficaz si el artificio escénico hubiera seguido más de cerca al texto mismo de la obra, y en el comienzo de la misma—comienzo del Mundo—la escena hubiese aparecido cubierta «por un tupido velo», como el texto dice, y tal vez en el ventanal del fondo, impuesto por el texto, y muy acertado en la composición, hubiesen podido aparecer como vidrieras policromas variables los fondos que el Mundo, al hablar con el autor, describe; pero esos y otros detalles no afean el conjunto general.

•••••

El auto de las donas que Adán envió a Nuestra Señora no tiene ni la hondura ni la intensidad de la obra de Calderón; es una estampa primitiva, cándida y llena de unción mística, en que su autor giosa con espontánea sencillez los atributos de la Pasión, con palabras dolientes puestas en boca de Nuestra Señora.

Tiene el auto fuerza emotiva intensa semejante a la que encierran las tablas góticas con temas de Pasión. Como ellas, merecía ser conocido y conservado en el magno e inagotable museo de nuestra maravillosa dramática.

•••••

El segundo de los espectáculos a que antes aludí comenzó con la interpretación de un diálogo de la literatura clásica medieval, titulado *El Príncipe, la Princesa y el destino*, escenificado de modo semejante al empleado en *El auto de las donas*, lo que tal vez hubiera debido evitarse.

No se tome, sin embargo, este reparillo por censura; con eso y todo, es plausible que haya sido presentado, sobre todo si significa un programa de eclecticismo tan propio de teatros de ensayo o de vanguardia, y tan contrario al exclusivismo tendencioso que pudo atribuirse a *El Caracol* en sus primeras funciones.

El diálogo fué oído con gusto, y sus intérpretes oyeron aplausos justos.

•••••

La zapatera prodigiosa—«farsa violenta» según su autor—original del señor García Lorca, es otra prueba de que *El Caracol*, «estudio de teatro experimental», no tiene la orientación que algunos pudieron suponerle; la farsa, menos violenta, sin duda, de lo que su autor pensó, hubiese podido ser representada sin inconveniente y con aplauso en cualquier escenario madrileño, y es ofender al gusto del público suponer que esa comedia podría parecerle inadmisibile; los aplausos con que fué acogida en el Español, y sobre todo—ya que esos aplausos podrían ser atribuidos a un público especial—la facilidad con que ha sido incorporada al repertorio, lo demuestran de un modo terminante.

Es lógico, por otra parte, lo que con esa comedia ha ocurrido. Sería injusto atribuir al público una depravación del gusto, que sólo le permitiera percibir sensaciones determinadas por excitantes violentamente groseros, y sería lamentable dar por fundada la hipótesis de que los empresarios incurren en ese error, y por eso no montan otro género de comedias.

En contra de esas dos suposiciones hay hechos actuales y remotos, y el señor García Lorca, cuyas obras teatrales no han tenido nunca el defecto de ser vulgares, tiene motivos personales para saberlo.

La zapatera prodigiosa es, en ese sentido, semejante a otras anteriores del mismo autor. No es una obra vulgar; pero tampoco tan absolutamente opuesta a los gustos del público que tuviese nada que temer de ellos. La distinción es una virtud de los dramaturgos, que el público estima y aplaude cuando se trata del público medio, naturalmente, y no del público inculto y cerril, que, afortunadamente, está en minoría.

Tal vez el señor García Lorca, y los directores de *El Caracol* con él, creyeron la «farsa violenta» excesivamente atrevida; pero, ¿dónde pudieron ver su atrevimiento? En el fondo no va contra ningún sentimiento, ni siquiera contra ningún prejuicio social. Pinta un carácter de mujer muy propio de la edad en que el autor supone a su protagonista, y lo hace sin que la imaginación de esa mujer, prodigiosa por su eficacia en transformar los seres reales, ofenda en ningún instante a la moral, a las buenas costumbres ni al buen gusto.

En la forma podría parecer atrevimiento la sencillez, un poco primitiva—conscientemente primitiva—de la trame; pero ese supuesto defecto es cualidad que nuestro público, no obstante la mala educación en arte de que le hacen víctima a los empresarios, estima y aplaude aún. En cuanto a la forma externa, el diálogo vivo, regocijado y limpio, también es, generalmente, garantía de buen éxito en nuestros escenarios actuales.

No había, pues, motivo para dar a esa comedia trato de excepción; pero tampoco hemos perdido nada con que haya sido *El Caracol* quien nos la haya dado a conocer.

Aplaudamos, por tanto, a Margarita Xirgu y Rivas Cherif por habernos mostrado esa comedia, y felicitemos a García Lorca por haberla escrito.

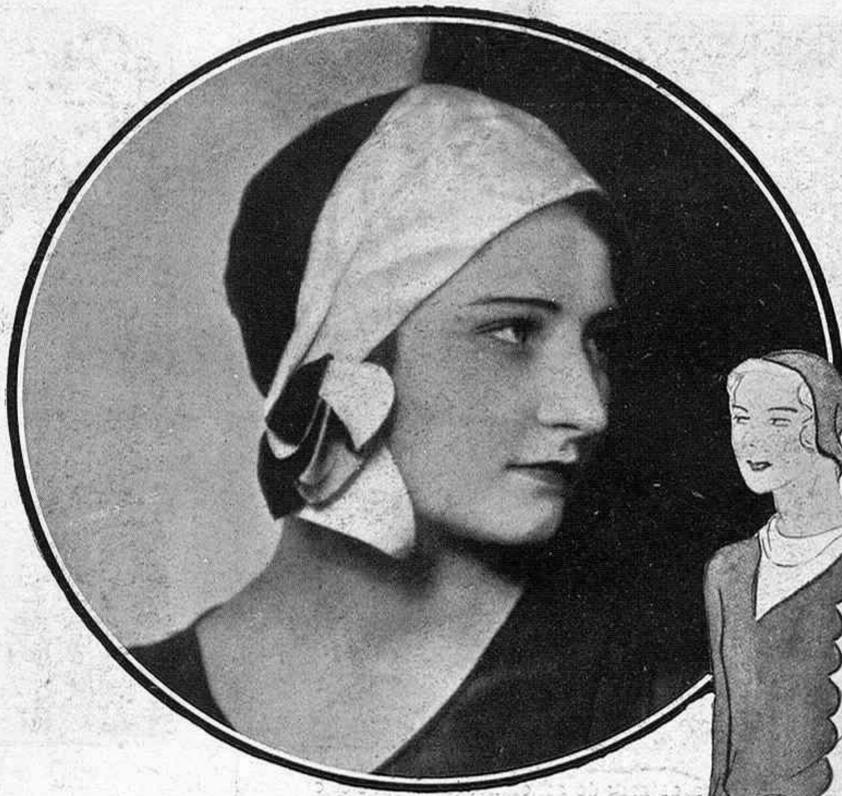
ALEJANDRO MIQUIS



ANA MARIA CUSTODIO

Bella y notable actriz, que está obteniendo muchos éxitos en la brillante temporada que realiza actualmente la Compañía del Teatro Lara (Fot. Walken)

Elegancias



Sombrero de terciopelo negro y cinta de seda azul
(Modelo Delion.—Fot. Llopis)

Tricot rojo y blanco y falda en lanilla azul marino



Abrigo de seda negro, guarnecido de astracán gris
(Modelo Rosseu.—Fot. Llopis)



Linda stailettes en vuela blanca, estampada en colores
(Modelo Gorin.—Fot. Manuel Frères)

EN los comienzos de una estación, la mujer realmente *chic* no puede dar crédito a todo lo que oye y ve de la moda naciente, pues muchos modelos que parece que han de tener éxito son precisamente los que menos aceptación tienen, y viceversa. Esto es precisamente lo que ha sucedido este invierno con los abrigos. Se inició la boga de la lana y la seda enguatada, y parecía la piel absolutamente en decadencia; y ahora se ve que es precisamente todo lo contrario: que el triunfo de la piel es algo definitivo y maravilloso. Porque, en realidad, ¿quién puede resistirse a los encantos de un abrigo de *breitschwantz*, con su línea espiritual y ligera?

En la moda actual se ha depurado el arte de la peletería, prescindiendo de todas aquellas calidades que se han empleado hasta ahora, poco suaves y rizadas, que daban a la mujer el aspecto de un oso. Las pieles de ahora son, ante todo, de una gran flexibilidad; su tacto nos da la sensación de un terciopelo *chiffon* finísimo...

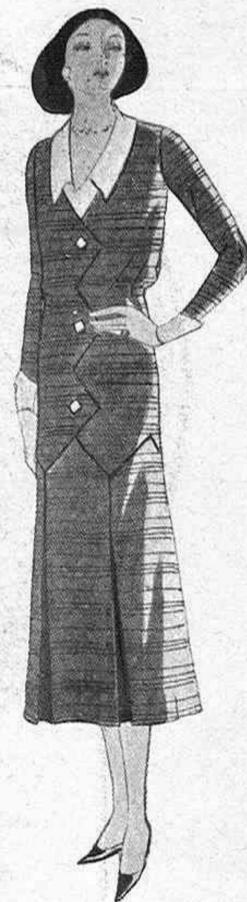
Los modistos se convierten hoy en peleteros, porque sólo de sus manos, acostumbradas al corte, pueden salir estos abrigos de piel cuya hechura es una sabia disposición de piezas que sólo una tijera maestra puede concebir y realizar.



Vestido de «crêpe» marocain azul marino



Vestido en tul bordado, color crema
(Modelo Chane. — Fot. Manuel Frères)



Vestido de lanilla inglesa a rayas horizontales



Vestido de popelín de lana, con airosa chaquetita
(Modelo Louise Boulanger)



Vestido de crespón azul con esclavina
(Modelo Louise Boulanger)

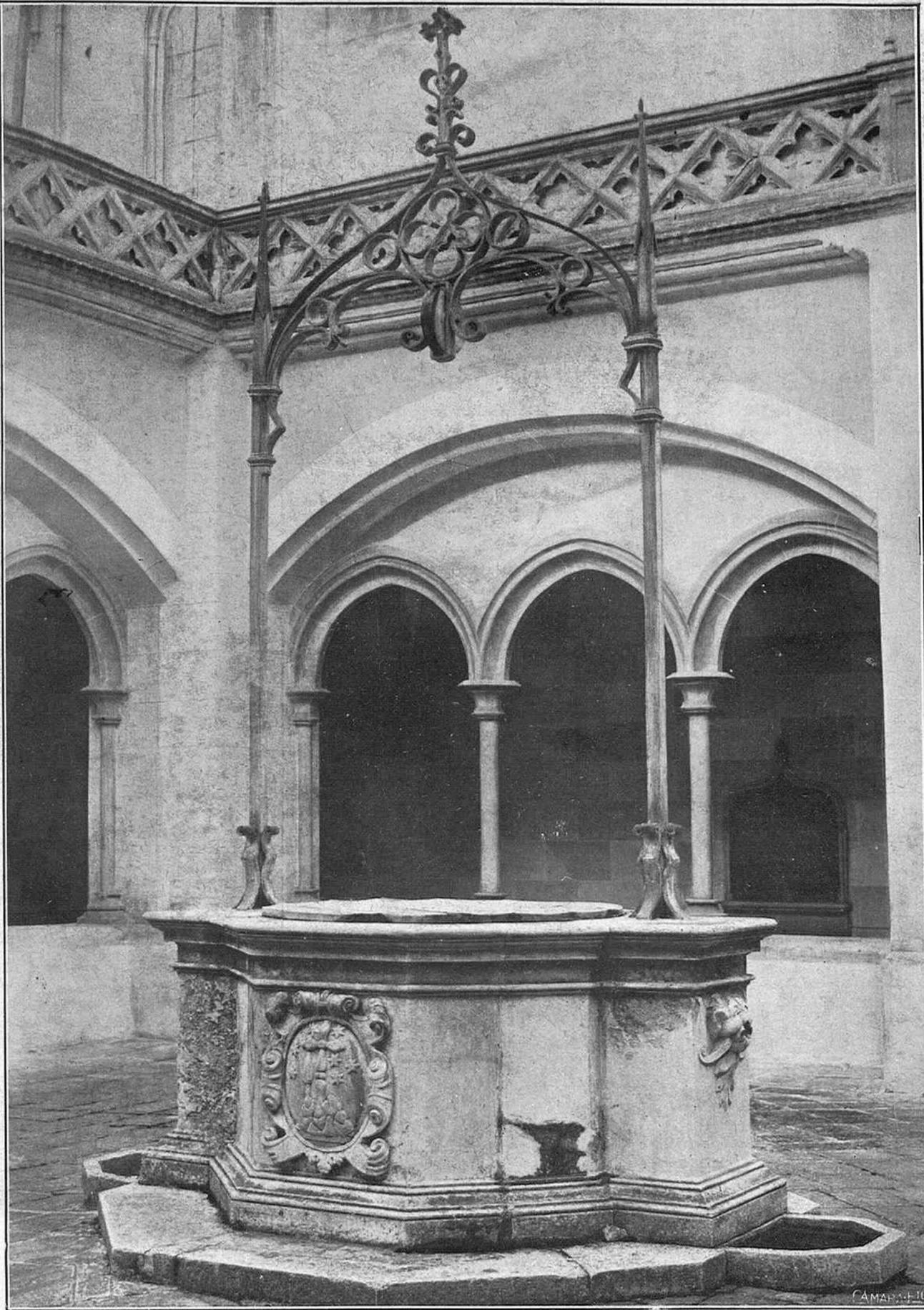
Para la noche, sobre todo, el refinamiento llega a un grado sorprendente. Son dignas de admirar unas capas de armíño de mediano tamaño, en las que la piel va entrelazada de manera que el fondo semeja un artístico mosaico.

En capas y en abrigos, también, se emplean la mártá cibelina y el *petit-gris*, en su color y en marrón; el bisón claro, el *skung* y todasaquellas pieles de pelo corto y adaptables. Hay unos abrigos sin mangas que son como una especie de capa, cuyo triunfo está fuera de duda.

En general, son abrigos cortos. Algunos, rectos; otros, en forma de bolera, cinturados con una tira de antílope con broche de pedrería fina; otros, recogidos en las caderas. Este tipo de abrigo corto de piel comienza a imperar, especialmente, en el terreno deportivo, porque su comodidad lo hace insustituible en estos dominios de la moda. Para estas prendas, las calidades de piel son distintas. Se prefieren las de espeso pelo: el castor, el caracul, el astracán muy rizado y el bisón de pelo largo y de un tono lo más oscuro posible.

ANGELITA NARDI

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



Claustro menor del Monasterio de Montealegre (Barcelona), con el artístico bocal de piedra
(Fot. Cano Barranco)

MUCHAS GRACIAS A TODOS

Nuevamente sentimos deseo apremiante de enviar a nuestros colegas un ferviente testimonio de gratitud: el número extraordinario de LA ESFERA nos ha valido este año, como en los años anteriores, elogios cálidos y entusiásticos, que sobre obligarnos y hacer cada vez más firme nuestro propósito de mejorar diariamente nuestra Revista para mantenerla en su nivel igual al de las mejores extranjeras, nos hace sentir el calor de una activa colaboración de entusiasmo que con toda cordialidad hemos de agradecer y con todo fervor agradecemos.

No hemos de citar nombres ni hemos de reproducir párrafos encomiadores de nuestra obra, que aceptamos con todo entusiasmo y como máximo estímulo; nuestro deseo de hacer cada día más y mejor está excitado y sostenido por cuanto esos elogios nos hacen deber de aliento y estímulo a la simpática acogida que a nuestros números reservan siempre nuestros colegas.

Para LA ESFERA es esa acogida, que de todo corazón y lo más efusivamente posible agradecemos, el mayor timbre de gloria y el más íntimo motivo de satisfacción.

TAPAS

PARA

LA ENCUADERNACION DE

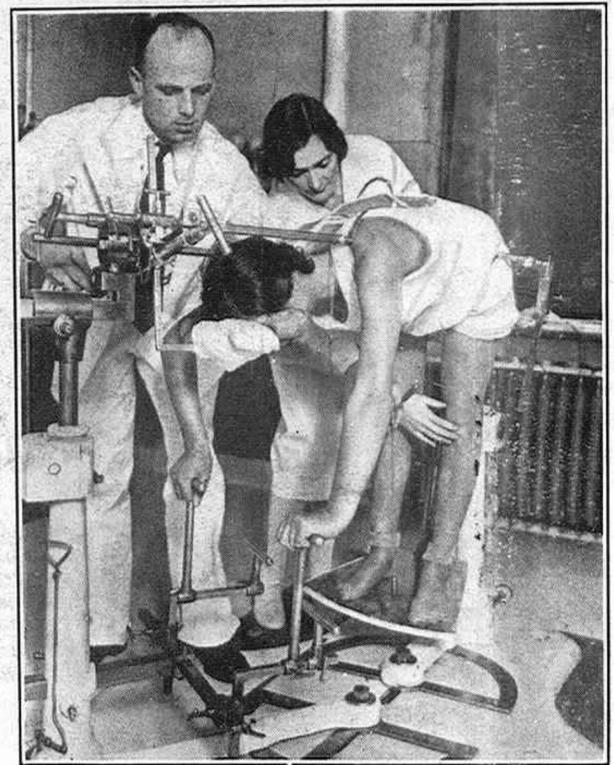
La Esfera

confeccionadas con gran lujo

Se han puesto a la venta las correspondientes a los trimestres tercero y cuarto de 1930.

De venta en la Administración de
PRENSA GRÁFICA (S. A.)
HERMOSILLA, 57

La máquina de corregir la escoliosis



Diversos son los procedimientos empleados para la curación de las desviaciones de la columna vertebral, o escoliosis, figurando entre los principales la gimnasia general y especial, la movilización del raquis, los aparatos de sostén y las camas mecánicas. Entre los más modernos aparatos del enderezamiento pueden recordarse los de Beclay y Lorenz, y entre los de suspensión, los de Wagner y Hoffa. De los aparatos de sostén (corsés y sus similares), los más empleados son los de Mikulicz, Nyrop y Husing. Pero todos esos sistemas parecen haber quedado oscurecidos por la novísima máquina Galeazzi, que sin grandes molestias para el paciente corrige en pocas sesiones las curvaturas de la columna vertebral. En nuestra fotografía puede verse una de las aplicaciones del aparato en un hospital de Chicago.

Platería D. García (Fábrica)

ORFEBRE DE LA CASA REAL

Príncipe, 10-Sal, 2 al 8-Esparteros, 16 y 18



MONTE-CARLO

LA JOYA DE LA "CÔTE D'AZUR"

Fiesta de las Flores. Fiestas nocturnas. Los más bellos espectáculos de Opera, Comedia y Danzas. Grandes conciertos clásicos. «Tennis» en el Country-Club. «Golf» en Mont-Agel. Grandes pruebas de automóviles. Nada se ha descuidado para crear en MONTE-CARLO esa atmósfera de lujo y elegancias que atrae, durante todas las estaciones, a la clientela internacional más refinada.

En verano: MONTE-CARLO BEACH.
Su piscina, su hotel, su restaurant.

Informes en la Sté. des Bains de Mer. Service B. P.
MONTE-CARLO

GRATUITAMENTE



ofrecemos a elección de los afortunados
1.000 FONOGRAFOS
 a título de propaganda, a los mil primeros lectores que encuentren la solución exacta al jeroglífico que va a continuación y se conformen a nuestras condiciones.

CONCURSO

Reemplazar los puntos por las letras que faltan y hallar el nombre de tres Ciudades:

B...C....A M....D S.V.L.A

Enviad este anuncio completado a los

Establecimientos VIVAPHONE (Servicio E 120), 116, rue de Vaugirard, PARIS-6^e (France)

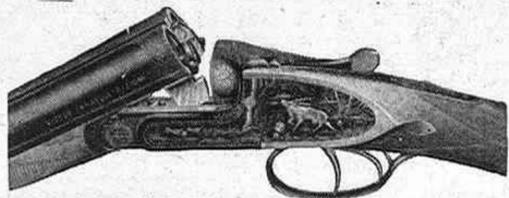
Adjuntar un sobre, poniendo claramente el nombre y la dirección.

NOTA.—La correspondencia para el Extranjero debe franquearse con un sello de cuarenta céntimos.



Escopetas finas de caza y tiro de pichón.

VICTOR SARASQUETA EIBAR
 SOLICITEN CATALOGO GRATUITO



ALBERT'S BRASSERIE
 Restaurant.—54, Rue Vacon
MARSELLA SE HABLA ESPAÑOL

TINTAS LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS DE **PEDRO CLOSAS**

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES GRAFICAS
 Fábrica: Carretas, 66 al 70
 Despacho: Unión, 21 **BARCELONA**

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista.
 Dirigirse a Hermosilla, número 57.

CANA



Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha ni la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera. La caspa desaparece rápidamente. Cuidado con las imitaciones. De venta en todas partes.

LABORATORIO
 CASPE 32
 BARCELONA

ANUNCIO: V. PEREZ.

CCC



**ROGAMOS
 UNA PESETA**

AL MES, PARA LA



FERNANDO-VI-6-MADRID

CONCERTADO

APARTADO

Teléfonos de Prensa Gráfica
 REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN:

50.009 51.017

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

Lea usted todos los viernes la Revista
NUEVO MUNDO
 50 cénts. ejemplar en toda España

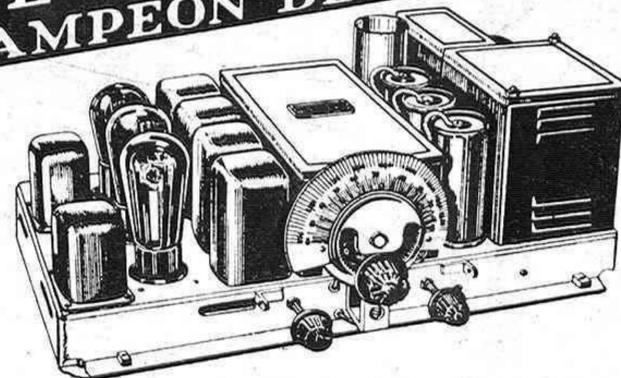
CONSERVAS TREVIJANO
 LOGROÑO

EL NUEVO RADIO **STEWART WARNER**
 "CAMPEON DEL AIRE"

Tiene ocho lámparas

Tres doble rejilla.....	224
Una detectora.....	227
Una a resistencia.....	227
Dos push pull.....	245
Una rectificadora.....	280

Chasis todo metálico y fácil de montar



Funciona con altavoces dinámicos y magnéticos.
 Tiene amplificación fonográfica y televisión.
 Dispone de regulador automático de voltaje.

Todos los modelos los suministramos en corriente continua o corriente alterna.—El catálogo español STEWART-WARNER contiene precios y características de estos maravillosos aparatos

Pídaos a los

Representantes exclusivos para España:

VIVO, VIDAL Y BALASCH

Cortes, 602 (frente a la Universidad)
 BARCELONA

(INGENIEROS)

Paseo Recoletos, 16 (Nuevo domicilio)
 MADRID

CARMEN DE PABLO

PROVEEDORA DE



SS. MM. Y AA. RR.

MODAS

Alfonso XII, núm. 18
Teléfono 16954
MADRID

PELUQUERÍA DE SEÑORAS RAMOS



Artísticos postizos para señora y bisoños de caballero
Tintes * Perfumería * Adornos * Manicura - Masagista

CASA PERFECCIONADA EN
Ondulación Marcel y Permanente

Huertas, 7 duplicado. — Teléfono 10667

SUCURSALES:

Plaza del Rey, 5
Teléfono 10839
MADRID

Duque de la Victoria, 4
Teléfono 512
VALLADOLID

WALKEN □ Estudio de arte fotográfico □ 16, Sevilla, 16
MADRID

HOTEL ANSONIA NUEVA YORK



En la conjunción del famoso Broadway y Avenida de Amsterdam, frente al Verdi Square, está situado el Hotel Ansonia, en donde se hallan instaladas las oficinas de Prensa Gráfica, de Madrid, ocupando las habitaciones 1.502 y 1.503, una de las cuales queda convertida en salón de lectura de LA ESFERA, "Nuevo Mundo", "Mundo Gráfico" y "Crónica". El Hotel Ansonia tiene tres fachadas: la principal, que da a Broadway, y las laterales, a las calles 73 y 74.

PRENSA GRÁFICA

(S. A.)

EDITORA DE

LOS SÁBADOS

LA ESFERA

Una peseta-ejemplar

LOS MIÉRCOLES

MUNDO GRÁFICO

30 céntimos ejemplar

LOS VIERNES

NUEVO MUNDO

50 céntimos ejemplar

LOS DOMINGOS

CRÓNICA

20 céntimos ejemplar

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Hermosilla, 57. — MADRID

Apartado de Correos 571 — Teléfonos 50009 y 51017

PRENSA GRAFICA

(S. A.)

Hermosilla, 57. - Madrid

Apartado de Correos 571. - Teléfonos 50009 y 51017



EDITORA DE
Mundo Gráfico * Nuevo Mundo
La Esfera * Crónica
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN (Pago anticipado)

Mundo Gráfico

(APARECE TODOS LOS MIÉRCOLES)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas: Ptas.

Un año..... 15
Seis meses..... 8
Trimestre..... 5

América, Filipinas y Portugal:

Un año..... 18
Seis meses..... 10
Trimestre..... 6

Francia y Alemania:

Un año..... 24
Seis meses..... 13
Trimestre..... 7

Para los demás Países:

Un año..... 32
Seis meses..... 18
Trimestre..... 10

Nuevo Mundo

(APARECE TODOS LOS VIERNES)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas: Ptas.

Un año..... 25
Seis meses..... 15
Trimestre..... 8

América, Filipinas y Portugal:

Un año..... 28
Seis meses..... 16
Trimestre..... 9

Francia y Alemania:

Un año..... 49
Seis meses..... 25
Trimestre..... 13

Para los demás Países:

Un año..... 50
Seis meses..... 30
Trimestre..... 16

La Esfera

(APARECE TODOS LOS SÁBADOS)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas: Ptas.

Un año..... 50
Seis meses..... 30
Trimestre..... 16

América, Filipinas y Portugal:

Un año..... 55
Seis meses..... 35
Trimestre..... 18

Francia y Alemania:

Un año..... 70
Seis meses..... 40
Trimestre..... 21

Para los demás Países:

Un año..... 85
Seis meses..... 45
Trimestre..... 23

Crónica

(APARECE TODOS LOS DOMINGOS)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas: Ptas.

Un año..... 10
Seis meses..... 6
Trimestre..... 3

América, Filipinas y Portugal:

Un año..... 11
Seis meses..... 6,50
Trimestre..... 3,25

Francia y Alemania:

Un año..... 15
Seis meses..... 8,50
Trimestre..... 4,25

Para los demás Países:

Un año..... 21
Seis meses..... 11
Trimestre..... 5,50

Oficinas y salón de lectura de Prensa Gráfica en New-York:
HOTEL ANSONIA, Dep. 1.502. - BROADWAY

NOTA

La tarifa especial para Francia y Alemania es aplicable también para los Países siguientes:

Argelia, Marruecos (zona francesa), Austria, Etiopia, Costa de Marfil, Mauritania, Niger, Reunión, Senegal, Suíza, Grecia, Letonia, Luxemburgo, Persia, Polonia, Colonias Portuguesas, Rumania, Terranova, Yugoslavia, Checoslovaquia, Túnez y Rusia.

ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de Inglés, Francés, Alemán e Italiano
CLASES GENERALES E INDIVIDUALES * TRADUCCIONES

ALFONSO FOTÓGRAFO

Fuencarral, 6 MADRID

CASA VILCHES

GRABADOS
MARCOS
LIBRERÍA DE ARTE
OBJETOS PARA
REGALOS

Avenida del Conde de Peñalver, 5
(Gran Vía) MADRID

Cooperativa de la Asociación de la Prensa

MADRID

Grandes establecimientos de ultramarinos en la calle de la Libertad, núm. 13, y Goya, núm. 9 (esquina á Serrano)

GÉNEROS DEL PAÍS Y DEL EXTRANJERO

EMBUTIDOS - CONSERVAS - QUESOS - MANTECAS - POSTRES
VINOS DE LAS PRINCIPALES MARCAS

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Todo comprador tiene un descuento de cuatro por ciento